elipsis

2015-2016

Autores

Lilian Astorquiza
Rachel Bernal
María Fernanda Fitzgerald
Estefanía León
María Paula Maldonado
Omaira Sastoque
Gleiber Sepúlveda
Luis Alberto Vega

Editores

Jhon Fredy Guecha
Jimena Martínez
Santiago Ospina
Miguel Pineda
Marcel Camilo Roa

BRITISH COUNCIL

elipsis

elipsis

2015-2016

Autores

Lilian Astorquiza
Rachel Bernal
María Fernanda Fitzgerald
Estefanía León
María Paula Maldonado
Omaira Sastoque
Gleiber Sepúlveda
Luis Alberto Vega

Editores

Jhon Fredy Guecha
Jimena Martínez
Santiago Ospina
Miguel Pineda
Marcel Camilo Roa

BRITISH COUNCIL

elipsis

elipsis
2015-2016

BRITISH COUNCIL

elipsis

.Puntoaparte
bookvertising

BRITISH COUNCIL COLOMBIA
www.britishcouncil.co

Director British Council Colombia
Tom Miscioscia

Directora de Artes
Sylvia Ospina

Gerente Artes
e Industrias Creativas
Paula Silva

Escritores – Convocatoria 2015
Lilian Astorquiza
Rachel Bernal
María Fernanda Fitzgerald
Estefanía León
María Paula Maldonado
Omaira Sastoque
Gleiber Sepúlveda
Luis Alberto Vega

Editores – Convocatoria 2016
Jhon Fredy Guecha
Jimena Martínez
Santiago Ospina
Miguel Pineda
Marcel Camilo Roa

Coordinadoras Académicas
Alejandra Jaramillo - Escritura
Marta Orrantia - Edición

Padrinos
Amalia Andrade
Juan Esteban Constaín
Jorge Franco
Ricardo Silva Romero
Juan Gabriel Vásquez

Director de arte
Mateo L. Zúñiga

Diseñador de marca
Andrés Álvarez

Coordinación editorial
Andrés Barragán

Producción editorial

.PUNTOAPARTE BOOKVERTISING
www.puntoaparte.com.co

Impresión
Allen Impresores

ISBN
978-958-8575-86-5

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial, dentro o fuera del territorio de Colombia, del material escrito y/o gráfico sin autorización expresa de British Council Colombia.

Índice

Prólogo
Juan Esteban Constaín ..... p. 5

Presentación
Tom Miscioscia ..... p. 7

Editorial
Marta Orrantia ..... p. 9

Cartagena o la escritura obstinada
Alejandra Jaramillo Morales ..... p. 12

Elipsis
Nell Leyshon ..... p. 16

Decisión
Lilian Astorquiza ..... p. 19

El rostro del sol
Rachel Bernal ..... p. 33

Humo
María Fernanda Fitzgerald ..... p. 45

Reglas para no escribir
Estefanía León ..... p. 61

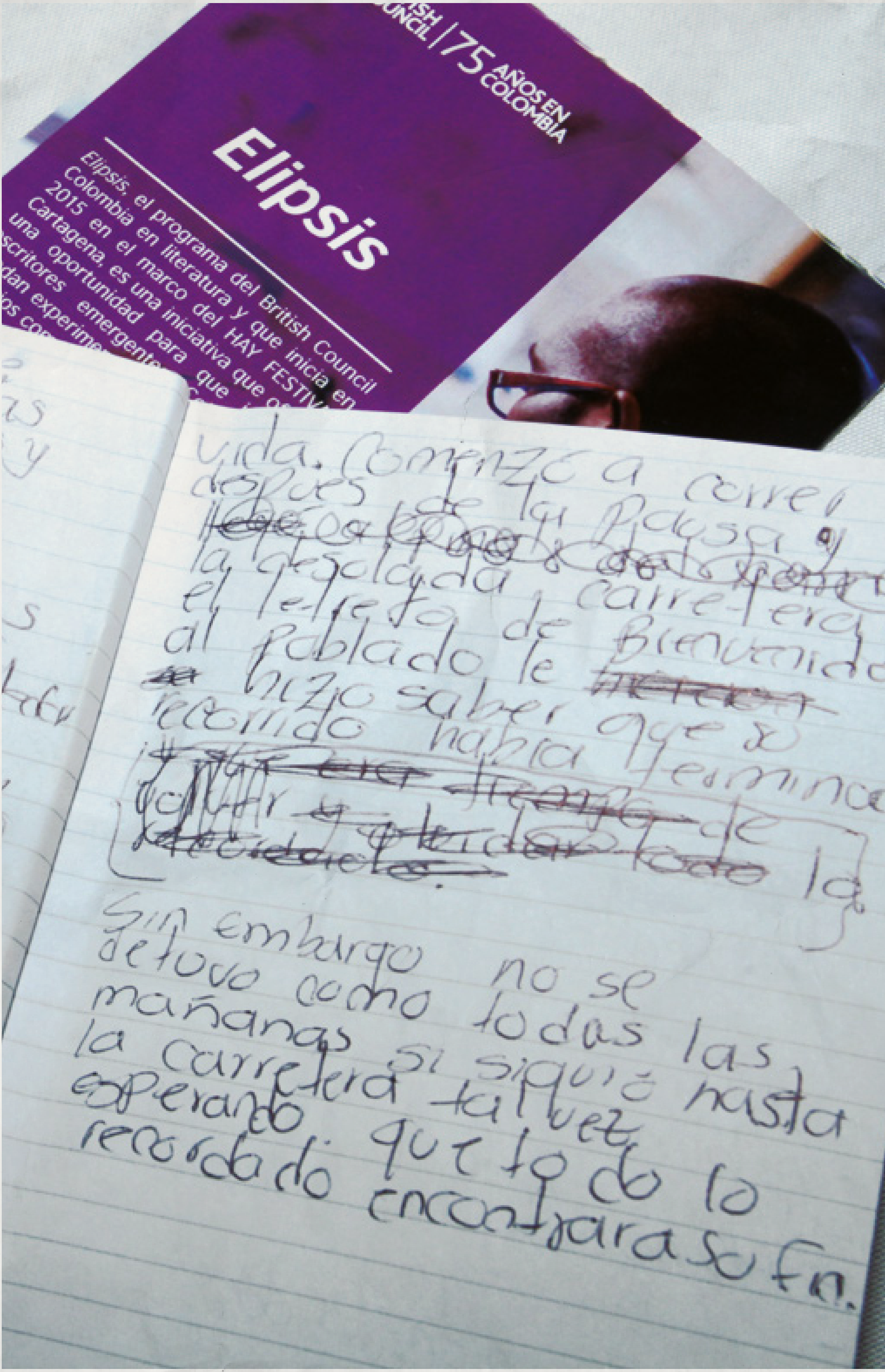
Retorno
María Paula Maldonado ..... p. 77

Viaje sobre la piel
Omaira Sastoque ..... p. 91

Ella y José
Gleiber Sepúlveda ..... p. 99

Juan de la Costa
Luis Alberto Vega ..... p. 119

Perfiles ..... p. 130


75 AÑOS EN COLOMBIA
Elipsis
Elipsis, el programa del British Council
Colombia en literatura y que inicia en
2015 en el marco del HAY
Cartagena, es una iniciativa que
una oportunidad para que
emergentes
vida. Comenzó a correr
después de la pausa y
la desolada carretera
el letrero de Bienvenida
al poblado le
hizo saber que
recorrido había termina
la.
Sin embargo no se
detuvo como todas las
mañanas si siguió hasta
la carretera talvez
esperando que todo lo
recordado encontrara su fin.

Prólogo

Juan Esteban Constaín

Cuenta Plinio el Viejo en su Historia Natural que el pintor griego Apeles nunca dejó un día de su vida, por ocupado que estuviera en otras cosas, sin pintar al menos algo, lo que fuera. Por eso los humanistas del Renacimiento le atribuyeron una frase en latín que quizás nunca dijo —porque además Apeles hablaba en griego, no en latín— pero que desde entonces ha sido la consigna obsesiva de todo artista que está en el aprendizaje de su arte, de su oficio: "Nulla dies sine linea". Que no pase un día sin pintar. Sin pintar o sin escribir o sin cantar, cada quien según su vocación y su talento y su gusto y sus sueños. Lo importante es empezar y no parar, darle todos los días, practicar.

Eso tiene de milagroso el aprendizaje del arte, de cualquier arte: que quien lo emprende ya lleva dentro de sí todas las claves y todas las enseñanzas que va a necesitar en la vida. En otras palabras, no hay artista que no sea maestro de sí mismo, porque el aprendizaje del arte es el camino que cada artista encuentra para decir lo que tiene que decir y como lo quiere decir; su voz, su estilo, su técnica. Y eso se logra por la vía liberadora de la imitación, la admiración y la comprensión de los maestros (aunque sea solo para negarlos luego), y se logra también con la ejecución paciente y cotidiana, todos los días, del arte mismo. Con la práctica. Y eso, que sin duda es así para el bailarín o para el violinista, para el dibujante o para el actor, lo es también, por supuesto, para el escritor.

La literatura se aprende leyendo, escogiendo influencias, simpatías y diferencias. Y se aprende escribiendo sin descanso hasta que quien lo hace encuentra su propia voz y sus propias palabras. Solo así se atiza la hoguera en la que puede llegar a surgir o no (también para el arte se necesita de la suerte, o del milagro) una obra perdurable, o una obra siquiera. Pero es imposible que arda el fuego si no nos esmeramos en soplarlo; en prenderlo frotando un palo contra el otro.

Quienes participan en este programa de Elipsis lo hacen porque tienen la intuición de que acaso en la escritura, en el arte, esté su vida entera. Eso se llama también la vocación. Y están aprendiendo, como todos, y cada uno está encontrando su voz y su camino, sus certezas y sus dudas.

Para quienes tuvimos el privilegio de acompañarlos un poco en este descubrimiento que cuando lo es de verdad nunca habrá de agotarse —y yo creo que sí lo es—, Elipsis ha sido también una oportunidad maravillosa para encontrar a manos llenas toda clase de talentos e historias e inquietudes y obsesiones. Gente muy diferente pero toda admirable. En realidad, como suele ocurrir siempre, nosotros hemos aprendido más de ellos que ellos de nosotros.

Así que muchas gracias, que no pasen los días sin decirlo.

Presentación

Tom Miscioscia
Director – British Council Colombia

El libro que sostiene en sus manos en este momento no solamente es el resultado de dos años de incansable trabajo; es también la primera materialización de una intención que surgió hace dos años, motivada por el deseo de involucrar a jóvenes estudiantes de literatura de todos los rincones del país con algunos de los escritores más sobresalientes del Reino Unido y de Colombia.

Elipsis es un programa que nace de la consciencia del enorme beneficio que representaría un contacto directo con grandes escritores y una participación directa en los más importantes eventos literarios de Colombia para quienes aman las letras y aspiran a convertirse en escritores o en editores. Así, Elipsis se inscribe en el marco del Hay Festival Cartagena y la Feria Internacional del Libro de Bogotá (FILBO) y se concentra en hallar a un pequeño grupo de sobresalientes estudiantes de literatura con un marcado interés en la escritura o en procesos editoriales con la meta de acompañarlos durante todo un año en un ejercicio de escritura y edición que culmina con la impresión del presente volumen. Ese largo proceso es liderado por dos jóvenes escritoras que gozan ya de un lugar privilegiado en las filas de la literatura colombiana: Alejandra Jaramillo acompaña a los escritores en un arduo ejercicio de creación y corrección, y Marta Orrantia guía al grupo de editores en la publicación de los textos incluidos en este libro.

Si bien la espina dorsal de Elipsis está articulada sobre la base de la interacción entre el grupo de escritores y editores con sus tutoras, el corazón de Elipsis está en el encuentro entre los estudiantes y los escritores Británicos que les dictan clases magistrales,

por un lado, y los escritores Colombianos que leen y retroalimentan su trabajo, por otro. Los estudiantes cuyo trabajo aparece publicado en este volumen tuvieron la oportunidad de encontrarse personalmente con escritores de la talla de Nell Leyshon, Debora Levy, Rhidian Brook y Ed Vulliamy; y recibieron el apoyo y comentarios de Juan Gabriel Vásquez, Jorge Franco, Ricardo Silva Romero, Juan Esteban Constaín y Amalia Andrade.

Para nosotros es un honor contar con el voto de confianza y la generosidad de todos estos grandes escritores; pero es un honor aún más grande haber tenido la oportunidad de conocer a los 13 jóvenes talentos que quisieron hacer parte de nuestro programa y aceptaron dejarse llevar lejos de sus zonas de confort, presionar y criticar para que hoy tengamos la oportunidad de leer el resultado de su trabajo.

Con la impresión de este libro celebramos el cierre del primer ciclo de Elipsis e iniciamos, felices, nuestro trabajo con un nuevo grupo de escritores y editores.

Editorial

Marta Orrantia

Es raro que alguien quiera ser editor. No es un oficio gratificante ni económicamente atractivo. Requiere mucho respeto, enorme comprensión y una gigantesca paciencia. El editor no es quien brilla cuando la obra es premiada, pero en cambio es sobre quien recaen las críticas cuando al autor le va mal. Un editor es un ratón de biblioteca, dispuesto a pasar su vida en las sombras. Es el Sancho Panza de los destellantes Quijotes que cosechan premios y pasan a la historia. A pesar de que algunos han sido entrañables amigos, confidentes y hasta mecenas de los autores que editan, son pocos los que se conocen y, en general, están condenados al olvido y la pobreza.

¿Por qué entonces alguien quiere ser editor?

Esa pregunta se la hice a cinco estudiantes de literatura que querían especializarse en edición de libros. Nos encontrábamos en Cartagena, en el desarrollo del programa Elipsis, y los cinco muchachos me miraban entre confundidos y asustados.

Cuando por fin se atrevieron a hablar, unos me dijeron que querían ser editores porque creían que editar un libro era igual a publicarlo, es decir, hacer las plantillas, diseñar las tapas, coserlo e imprimirlo. Otros pensaban que era una forma entretenida de ejercer su verdadera pasión: la lectura. Uno dijo que le gustaba la arquitectura de los textos.

Todos tenían algo de razón, pero la edición va más allá de eso. Este un oficio que no sigue reglas, sino que se guía por la intuición, por las lecturas previas, por un ritmo interno y una capacidad casi

mágica de escuchar lo que nos dice la palabra escrita. ¿Cómo se aprende a ser editor? No lo sé con certeza.

Se aprende leyendo. Se aprende jugando con los textos. Y sobre todo, se aprende dudando.

Porque un editor no es quien tiene las respuestas, sino quien formula las preguntas. ¿Funcionaría mejor el texto con otro narrador? ¿Qué tal si cambiara el tiempo verbal? ¿Qué quiso decir el autor aquí? ¿Qué faltó allá?

El editor debe identificar las fallas, pero también los aciertos de los textos. Debe ser capaz de analizar la estructura y examinarla, con un ojo casi arquitectónico, para asegurarse de que no se caiga como un castillo de naipes.

Un editor debe ser quien pruebe la verosimilitud de la historia, la solidez de los personajes, la filigrana del lenguaje, la claridad de las acciones, y que al final dude, se inquiete, aplauda o, en el mejor de los casos, tímidamente sugiera.

No se cómo aprende uno a editar. A fuerza de ensayos, de terquedad, de una búsqueda obsesiva por la perfección. Porque un editor es un perfeccionista, un ser meticuloso hasta el paroxismo, que no descansa hasta que no encuentra el tono ideal, el ritmo único, de cada texto.

¿Qué les podía decir entonces a estos chicos? Nada, realmente. O nada muy útil. Cada editor encuentra su propio camino, y cada camino varía dependiendo del texto que edite. El editor es, entonces, como el recipiente a través del cual se ve más pura el agua de la escritura. Cada texto exige una edición diferente. Cada línea demanda un cuestionamiento distinto. Cada autor es un mundo aparte, y el editor debe saber identificar todo eso.

Al comienzo, los muchachos del programa no comprendían bien qué tenían en sus manos. Dos textos cada uno, diamantes en bruto que les correspondía pulir. Unos comenzaron a hacer preguntas, otros exigencias, otros más a cambiar comas y puntos. En ese ir y venir, a través de ese diálogo que entablaron durante un año con sus compañeros, los autores, comenzaron a descubrir cosas. Al comienzo fueron pequeños hallazgos, como

errores en el desplazamiento de un personaje o incoherencias en la descripción de su pasado. Luego, como si les hubieran quitado un velo de los ojos, vieron dónde faltaba más trabajo, dónde sobraba una descripción, dónde se enriquecía la historia y dónde parecía muy recargada.

Opinaban, intuían, proponían y leían el texto como un todo, pero también como una seguidilla de frases que debían ser perfectas y, más aún, una sucesión de palabras únicas que los llevaría a un cuento maravilloso.

Trabajaban y casi parecía que escucharan la sinfonía interna de cada cuento. Aprendieron, se saciaron, se saturaron y al final terminaron agotados, sabiendo que su producto no era perfecto pero que había sido un magnífico primer intento.

Esa, al final, debe ser la satisfacción que les queda a todos. Que aprendieron a editar, o que por lo menos caminaron un rato con el texto que editaban. Y, como en todo lo bueno de la vida, lo importante no es la meta sino el trayecto.

Cartagena o la escritura obstinada

La aventura del programa Elipsis

Alejandra Jaramillo

Lugar: Cartagena, año: 2015, evento: Hay Festival, tarea: escribir un cuento. De todas las direcciones de este país habían llegado los participantes del programa Elípsis en su primera edición. Nos encontramos temprano en la mañana, cuando el calor apenas empieza a asomarse y promete acompañar la jornada. Era un café donde nos sentamos a desayunar antes de empezar la primera sesión de taller. Ahora recuerdo que en las miradas de los estudiantes, jóvenes de todo el país, que habían sido seleccionados para hacer el programa de formación de escritores del British Council, relucían preguntas que no se borrarían en los cuatro días que pasaríamos en

Cartagena, y quizás nunca en todo el año que trabajaríamos juntos. ¿Podría la escritura aprenderse? ¿Serían capaces de encontrar en los aprendizajes técnicos respuesta a los deseos de escribir? ¿Sería la cercanía con otros escritores un motor o más bien un impedimento para escribir? ¿Lograrían en esos pocos días componer una historia, o siquiera encontrar una historia que valga la pena escribir? Muchas preguntas más daban vueltas por esa mesa y nadie, por supuesto, se animaría a hacerlas. Por demás, las respuestas las iríamos obteniendo en el proceso de escritura de los cuentos.

Después de una primera conversación sobre las diversas decisiones que toma quien escribe antes de empezar un texto, o en el camino de su escritura: el tiempo, el narrador, los personajes, la estructura, la tensión, el lenguaje, el tono y demás elementos simultáneos que se van dilucidando en la escritura de un cuento, nos lanzamos a la calle. Cada uno de ellos y ellas debía encontrar una imagen, una situación que les llamara la atención de la ciudad. Debían mirar con extremo detalle el entorno, el clima, los colores del cielo, los sonidos que nos rodeaban, porque de esta primera observación, este primer deambular por la ciudad debía surgir la anécdota con la que cada uno iba a trabajar.

Luego pasamos horas hablando sobre la imagen de cada uno, intentando rememorar cada detalle, como les había pedido, y buscando cuál podía ser la tensión que derivaba de esa imagen. Antes de separarnos en Cartagena, después de haberse encontrado con las palabras de un número grande de escritores y escritoras, después de haberse enfrentado a variedad de versiones de cómo ejercer el oficio de la escritura, después de la conversación cercanísima que tuvieron con Ed Sullivan y Rhidian Brook, llegaron a descubrir cómo la imagen que habíamos moldeado por horas, podría tomar forma de cuento. Nos despedimos sabiendo medianamente cómo sería la tensión de cada cuento y ahí si cada uno, luego de las largas conversaciones sobre literatura que habíamos tenido y de los ensayos de inicio del cuento, debían ir a casa a escribir ese cuento que sucedería en Cartagena y que habría salido de la observación conjunta y de una motivación muy personal para observar y contar

la ciudad, el mismo clima, el mismo tiempo. Íbamos a construir un libro de cuentos que sucedían todos en la Heroica y que sin embargo nos darían muchas caras de la misma ciudad.

Vivimos unos meses de silencio hasta que retomamos el trabajo via Skype. Trabajamos sobre la materia que iba constituyendo cada cuento, hicimos ejercicios para mejorar la estructura, para mejorar la construcción de los personajes, seguimos de cerca el devenir de las emociones de cada personaje dentro del cuento, construimos el mundo previo que sostenía la existencia de esa historia que se estaba contando. Hasta que por fin volvimos a reunirnos en Bogotá a deshacer cuento por cuento. Las preguntas regresaron y esta vez con un dolor que antes no imaginábamos. Llevaban meses de trabajo y los cuentos seguían sin estar terminados, sin estar siquiera estructurados por completo. Fueron largas sesiones de trabajo, que por momentos nos desalentaron mucho, pero que en las siguientes entregas mostraron mucho provecho. En esos días se encontraron también con cinco escritores que dieron una nueva opinión sobre lo que venía lográndose en cada cuento. De esta visita a Bogotá, salieron los jóvenes escritores en formación apaleados, y se fueron a rehacer las historias.

Varios meses más de trabajo hasta que volvimos a encontrarnos en Cartagena, ya en el año 2016, con los cuentos muy avanzados, muchos temas resueltos. Con unos personajes que ya todos conocíamos, y un material decantado para empezar el encuentro con el grupo de editores en formación que en ese momento se nos unían. Una nueva jornada interesante, ser leídos desde los ojos de quien editarían el libro, un aprendizaje común desde el saber de la escritora y el de la edición de textos.

Y cómo se había planeado desde el inicio, los cuentos llegaron a su fin último, la publicación de ese libro que nos estábamos imaginando desde hacía meses. Recibe pues el lector este libro donde están trazados muchos días de trabajo, muchas dudas y muchas conversaciones. Un libro que le hace honor a la escritura, ese hecho solitario donde nos enfrentamos a nuestras historias, al sueño de lograr contarlas como quisiéramos leerlas. Y también a la condición

más compartida que la escritura pueda vivir, un libro donde cada uno de sus escritores y escritoras ha vivido el proceso de escritura de los cuentos. Un libro en el que editores y escritores, incluidas las maestras, hicimos parte, fuimos protagonistas y soñamos con que cada texto encontrara la voz más adecuada, el lenguaje más preciso, una visión del mundo que nos dejará entrever una veta humana, por pequeña que fuera, que antes no sospechábamos.

Como todo ser que escribe, cada uno de los jóvenes que participaron en este libro, tendrán que seguir aprendiendo. Porque en la escritura se aprende con cada libro, con cada cuento. Podrá el lector encontrar aún errores, descubrir imprecisiones, o erratas, pero podrá también estar seguro de que el trabajo fue arduo y que quienes les cuentan estas historias hicieron su mayor esfuerzo para llegar hasta ese destino delicadísimo que es el cuento.

Elipsis

Nell Leyshon

Writing is a lonely, tough journey. The craft of writing takes a long time to learn and a writer needs to practice for years, in the same way that a pianist will play day after day in an empty room for no audience.

There are some things that make learning to write easier and I think the Elipsis programme is one of these.

I met the participants in Hay Festival, Cartagena, in January 2016. They were lucky enough to be immersed in a world of words and writers and editors: I was lucky enough to be immersed in their world of fresh minds, new inquiries and hatching ideas. We ate breakfast in the sun, under the arches of a cloister in beautiful Cartagena, then workshopped in a white building, in an empty room we filled with words.

We talked of the things we had to say, and the words we would use to express them. We exchanged ideas: I talked from experience; they talked from excitement and discovery. We inspired each other.

We talked of the writer's voice, of sensibility, of confidence and self-belief. We talked of being true to our writer's voices, of speaking out from the times and places in which we find ourselves.

The programme was carefully designed to be inclusive, and the participants were emerging writers and editors, from all of Colombia. The excitement was palpable: no one took what they were offered for granted.

Colombia is at a moment of enormous change and we need to hear voices from this new generation, from every part of society. Elipsis is making this happen. I am proud to have been involved with Elipsis and the British Council and thrilled to introduce you to these incredible voices from the new world of modern Colombia.

Decisión

Lilian Astorquiza

Para recibir el día, debo cortarme el pelo. No sé si siento miedo por el diagnóstico o más bien piedra por el hecho de que algo así me ocurra. Aquí sentada en mi habitación mirándome al espejo veo lo extraterrestre que empezaré a ser. Más delgada de lo normal, mis orejas tendrán forma de elfo y el tono de piel será cada día más transparente.

Mis vestidos, mis zapatos y mi maquillaje se irán al carajo. Ya nada es importante, de ahí el dicho de mamá: Lo que por agua viene por agua se va. Y así está mi vida, en cualquier momento me despojan de ella.

Antonia tan linda, tan amable, el registro en cámara, las medidas perfectas. ¿Cómo serán los comentarios ahora? La triste historia de la ex reina de belleza que representó a Cartagena hace tres años en el certamen, enfrenta una terrible enfermedad. Ahora entiendo cuando se habla de la prensa amarillista. Quisiera llegar a la playa, poner mis pies sobre la arena y que las olas me lleven a lo más profundo para no darle explicaciones a nadie, pero lo único que verdaderamente me detiene a hacerlo es mi familia. No es porque vayan a ser de gran ayuda en este proceso de mierda, sino porque a lo mejor después les haré falta.

Al parecer tendré que empezar a someterme a algunas dosis de inyecciones porque estas masas en mi seno izquierdo son igual de grandes que el mismo pezón, o así creo que están. Esa cirugía tan cara en Rada, para saber que ahorita llega cualquier médico y me la quita.

Hoy separé turno en la peluquería en Bocagrande. La decisión está tomada. Sé que han pasado tan solo algunas semanas desde que el doctor leyó los resultados de la biopsia, pero sería bueno adelantarse un poco a la enfermedad misma y quitarle la molestia de arrebatarme lo más lindo que he tenido desde niña: mi cabello. Además no desearía levantarme cada mañana y ver la almohada llena de cabellos rubios y huecos en mi cabeza.

Mientras llego al lugar, todavía en estas calles amuralladas de Cartagena seguiré siendo por última vez la que todos conocen, admiran, desean y hasta critican. Después no tendré más remedio que dirigirme a la boutique hindú no solo para comprar sino al mismo tiempo para que me enseñen a utilizar los turbantes. No me veo poniéndome gorros de diversos tamaños, los odio.

Llegar a un sitio que la mayoría de mujeres disfruta y tener que hablar de algo que materialmente no se me da la gana porque ni yo misma todavía comprendo será una pesadilla. En verdad no se me ocurren las palabras precisas para ese momento. Hoy no voy por una tintura, una depilación ni mucho menos por un peinado, me dirijo por última vez a sentarme en una silla y grabar mi belleza. Esa imagen inmortal que puede atrapar mi memoria como un objeto valioso dentro de un baúl.

No es solo el hecho de cortarme el pelo, es saber que por mi cabeza pasará una cuchilla que me dejará como el señor de los aguacates que suele pararse en la esquina de la casa, ese que cuando hace un sol muy fuerte saca de su mochila imitación wayúu, un tarro pequeño de bloqueador para aplicarse en su calva. ¿Será que ahora el Sundown empezará a ser mi nueva cosmetiquera?

Al mirarme en el espejo, no puedo dejar de pensar en mi hermana Claudia. Algún día estaré igual de enferma que ella. Casi al final de su vida, parecía que a su cuerpo se lo llevara el viento por la debilidad, tenía el rostro diferente porque los ojos oscurecidos se hundían en unas cuencas cada vez más profundas. Los labios eran secos y cuarteados y tenía los dientes manchados. Esa imagen hace en mí un eco constante frente a lo que me ha dicho el médico. Además no es sencillo manejar el nuevo tema que

me propone la vida frente a la vanidad y a la fama, las apariencias y la envidia que muchas me han tenido. Y como si fuera poco, debo enfrentar el hecho de que mamá puede tener que pasar por otro velorio igual al de su otra hija y por la misma razón.

Cuando estaba frente al doctor nunca oí decir cuánto tiempo me quedaba de vida, pero en verdad no me interesa conocer eso. De ahora en adelante cada día podría ser el último. Él solo se remitió a explicarme qué procedimientos debía empezar a tener, por cuánto tiempo, y algunas sugerencias frente al tratamiento que empiezo la próxima semana. Explicó que hoy día la enfermedad se ha vuelto viral y que muchos pacientes se han curado de ella, pero ¿por qué plantean resultados así cuando Claudia se fue en dos meses, en tan solo ocho semanas?

A nadie le he contado lo que me pasa. ¿Para qué ensillar las bestias antes de montarlas? No quiere decir que esto tenga marcha atrás, pero no quiero empezar a recibir flores antes de tiempo ¡Siempre las he odiado! Y no falta el oportuno que se adelante en el envío. Les dejo mejor ese gasto durante el tiempo de velación, porque ya después ni llegarán a mi tumba.

Podré estar enferma, pero hasta último momento debo sentirme mujer antes de que emane de mi cuerpo un olor putrefacto, primero muerta que fea.

Abro el gabinete de la pared y saco la crema depilatoria. Me siento en la cama y la esparzo en ambas piernas para luego retirarla con una pequeña espátula de plástico. Luego caliento la cera para depilarme el bigote.

Ha pasado media hora y estoy sin un pelo. En las axilas no necesito, soy de esas pocas mujeres a las que no le crece vello en esta parte. Frente a la tina, verifico que haya espuma suficiente antes de entrar. Me pongo el gorro de baño porque necesito mi cabello perfecto, y me sumerjo. Saco mis piernas delgadas y las acaricio con mis dedos largos admirándolas para extrañar mi propia perfección.

Me pongo de pie cuando mis dedos están arrugados y me envuelvo en una toalla azul. Me calzo las pantuflas. Camino hasta el armario, ese lugar que ha sido mi castillo, el lugar mágico que toda mujer desea tener. Este no es como cualquier otro. Se lo mandé a hacer a un amigo de mi padre que es arquitecto y lo diseñó tal cual como quise. El armario es una habitación más porque tiene divisiones a cada lado y un espejo grande en la mitad donde siempre he podido mirarme con cada prenda que uso.

Hoy quiero usar el vestido de la colección de primavera que me regalaron el año pasado en Italia. El estampado de flores y su corte hasta la mitad de la rodilla me hace sentir cómoda, sencilla. No tiene mangas y ese detalle hace que pueda disfrutar del sol de mi ciudad, la que representé con honor en el reinado, y en la que seguro moriré sola como mi hermana Claudia. También quiero ponerme el cinturón estrecho que pueda marcarme la cintura y unas sandalias de tacón pequeño que me hagan caminar cómoda.

Por última vez quiero hacerme el peinado que tanto disfruté en Europa en una de las pasarelas en las que estuve. Iniciaba con un recogido en trenza para finalizarlo en un corbatín. No quiero llegar con el cabello mojado y desarreglada como para hacerme un alisado. Esto en verdad debe verse único. Llegar por primera vez más arreglada a la peluquería de lo que se va a salir de ella.

Aquí estoy lista para salir con mi bolso Prada que papá me trajo de Nueva York rumbo a mi destino. Deseo caminar un poco por la avenida Santander para que la brisa que golpea y trae el mar me libere de los pensamientos que me han atormentado toda esta semana. Tomar un taxi puede que sea algo que me permita salir rápido de esta situación, pero darle un poco de espera también me servirá para ordenar mis ideas y calmarme un rato.

Separé cita con Alfredo para la una de la tarde. Él siempre me ha ayudado, incluso cuando necesitaba desahogarme con alguien de mis relaciones sentimentales o sobre problemas con las agencias. Aunque no solo eso, también hablaba de Claudia, de su matrimonio, de su enfermedad y hasta de Beatriz. Ella también suele venir a buscarlo a él porque ha querido parecerse a mí. Sé que hoy él no hará un interrogatorio tan fuerte o pueda que ni pregunte nada en el momento. Hasta podría darme opciones de calvicie. ¡Esa palabra me eriza la piel! Ninguna mujer piensa que debe quitarse el cabello porque sí o porque una máquina llegará hacerlo. Esto es más una terapia de dolor que de consuelo.

He caminado una hora por la playa en busca de tranquilidad, pero qué va. Mientras más pasa el tiempo, más cerca siento la hora de afrontarlo. El corazón me late con fuerza y las manos me sudan más de lo normal. Si este es el inicio de la enfermedad no me imagino cómo transcurrirán las otras partes. Cómo será sentir el calor que corre por el cuerpo en cada una de las quimio y los deseos incontrolables de vómito en las radioterapias. Siempre, maldita sea, estará la pregunta de por qué a mí, qué error cometí, y lo peor es que nunca tendré una respuesta concreta y clara frente a esto que empieza a sucederme. Cuando siento que me flaquean las fuerzas, me subo al primer taxi que pasa. No quiero perder el impulso, tengo que llegar lo antes posible.

Hago que el taxista me deje una cuadra antes de llegar a la peluquería. Pago la carrera y camino despacio. Frente al lugar veo una fila de carros parqueados sobre la acera, obstaculizando la entrada. Observo a un hombre que utiliza un pequeño chaleco reflectivo.

–¿No se supone que el parqueadero queda en toda la esquina?

– Señorita, no se preocupe, para eso estoy. Le puedo cuidar su carro.

–¿No se da cuenta de que llegué a pie? –le grito–. Porque tienen plata piensan que son dueños del terreno.

El señor del chaleco me mira y no pronuncia palabra. Me alejo de él hablando duro para que escuchen además quienes van llegando al lugar. La entrada de la peluquería tiene tres escalones. Sobresalen

dos columnas de mármol y entre ellas se despliegan dos puertas de vidrio. El suelo es habano y las baldosas son grandes y brillantes. En la mitad hay una mesa negra de madera con un enorme jarrón de porcelana china, supongo, porque nunca antes había visto algo así, ni siquiera en mis viajes. Al lado izquierdo, en una vitrina empotrada en la pared, se exhiben varios productos de belleza.

Después de pasar esta parte de la peluquería debo bajar nuevamente dos escalones. Aquí parada veo tres pasillos, dos a cada lado y uno en la mitad.

El pasillo del lado derecho tiene muchos tocadores, nunca los he contado pero ocupan todo el pasillo. En el lado izquierdo está la zona donde decoran manos y pies, tienen esas sillas graciosas que por cierto son bastante incómodas porque mientras uno sube los pies, la cola se le duerme, pero bueno, la belleza tiene su costo.

Las paredes son blancas y todos los muebles son negros, mientras que el uniforme de las estilistas es rosado, incluyendo a Alfredo.

De pie sobre el tapete que tiene el nombre de la peluquería veo al lado derecho dos sofás en forma de ele. Sobre ellos están sentados algunos hombres con sus hijos esperando ser atendidos o que las esposas salgan. Al lado izquierdo está la recepción. Es una mesa larga de vidrio donde hay un jarrón con un ramo de flores horrible que no permite ver con claridad quién está hablando. Al fondo se ven los tocadores donde peinan y alisan, los muebles para lavar las cabezas.

Espero que el primero en verme sea Alfredo, porque no me interesa darle la cara a nadie. Siento que todas las miradas se dirigen hacia mí, como si no tuvieran otra cosa que observar. Como si en verdad reconocieran que algo no está bien.

– Señorita Antonia, bienvenida ¿En qué le podemos ayudar?

– Había separado turno con Alfredo pero no lo veo.

– Él no pudo venir hoy porque se le presentó un inconveniente

– ¡Cómo se le ocurre, faltar justo hoy! ¡Yo lo necesito aquí!

– No está, pero podemos…

– ¡Podemos nada!

– Entonces tendrá que regresar mañana.

BEAUTY SALON
UNISEX
"WARNING"
YOU ARE ON 24 HRS.
SURVEILLANCE CAMERA
ADVERTENCIA
USTED ES VIGILADO CON
CAMARA LAS 24 HRS.
5251

– ¿Usted cree que tengo mucho tiempo?

– Supongo que no, pero la única manera que tengo de ayudarla es que le colabore Maryaris.

– ¿Quién?

– Ella es una de nuestras mejores estilistas y ha trabajado con nosotros desde hace mucho, lo que sucede es que a usted siempre la ha atendido Alfredo, pero ella es muy buena.

Giro y veo a una morena alta, con sus dreads bien tejidas, y un cuerpo hermoso y delgado. Su rostro afilado está adornado con un par de aretes largos de colores, que acentúan el largo cuello. Usa una blusa larga verde de estampados de colores que hace notar su figura en lugar del uniforme rosado.

Como si despertara de un sueño, escucho por primera vez la música de fondo. Un "Eres hierba mala porque no nació en mí", que me suena horrible y estridente. Miro a las clientas y veo peinados horripilantes, bisutería barata y trajes de mala calidad. Todo ha cambiado, hasta este lugar, que siempre ha sido un santuario para mí, a donde vengo desde que era una adolescente y comenzaba mi carrera como modelo. Una mujer grita desde el fondo que le suban a la música y yo no puedo más. A pesar del aire acondicionado, el calor me incendia la cara, siento que me ahogo y digo:

– Vea pues, muy titino el lugar, mucha apariencia y ¡súbale a semejante canción tan fea! La gente de verdad no sabe de nada y menos de música. ¿Entre más dinero más brutas? Espero que no.

La mujer me mira mal, pero no me importa. Sé que sabe quién soy, pero lo único que hace es secarse rápido el cabello y caminar a una silla frente al tocador. Yo mientras tanto desvío mi atención a joven de la entrada.

– Pues esperaré a que Alfredo llegue. Si tiene que llamarlo ¡Hágalo! Para eso le pagan.

Mientras la niña de la recepción levanta el auricular con un gesto de miedo, me quedo viendo a la morena de las dreads, que a su vez está concentrada con una mujer que me resulta conocida. A medida que me acerco, veo que su pelo es similar al mío, y siento una punzada de ira. Debo constatar si es quien yo creo, y sigo

aproximándome. Es ella. Tiene la cara cubierta por una mascarilla verde y dos rodajas de pepino en los ojos, pero no hay duda. Es Beatriz. Maryaris quiere preguntarme algo, pero me pongo un dedo sobre la boca para que no diga nada.

–Le quiero dar una sorpresa –le digo en secreto.

– Entiendo, claro que sí –susurra la estilista.

Tomo con suavidad el brazo de Maryaris y la corro al lado del ruido de los secadores, para hablarle sin que Beatriz se de cuenta.

– Maryaris, yo creo que esta mascarilla necesita mucho tiempo. Si quieres yo me quedo con ella el rato que le hace falta y tan pronto esté lista te aviso.

–Está bien, mientras tanto puedo ir haciendo tres depilaciones que están pendientes.

Cuando Maryaris se ha ido, me acerco despacio al lugar de la mujer que sigue recostada y callada en la silla. Beatriz siempre ha sido fea y así parece un gusano. Pongo mi bolso Prada sobre la mesa del tocador y me ubico de tal manera que pueda tomar el papel de la estilista.

No pronuncio palabra. Observo que quienes están a nuestro alrededor están concentradas en lo que les están haciendo. Algunas leen o hablan por celular. Después de mirarla por varios minutos, paso mis dedos por el cabello de Beatriz. Estar frente a ella en un momento como este, en verdad es algo único. Siento que tengo poder sobre ella, que está literalmente en mis manos.

Habíamos sido compañeras de la universidad y también compartimos algunas pasarelas juntas. Siempre ha sido una mujer

competitiva, pero Beatriz no pudo alcanzar la fama que tengo. A decir verdad, a esto no le llamo amistad sino rivalidad.

–Maryaris, te dije que no hagas nada todavía en el cabello. Eso lo podemos dejar para más tarde –dice Beatriz.

– ¿Para qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy?

Al escuchar mi voz, Beatriz se endereza y hace caer las rodajas de pepino sobre sus manos. Gira la silla y me mira fijamente. Sin dejar de sonreír, yo tomo unas tijeras filosas entre mis dedos índice y corazón de la mano derecha.

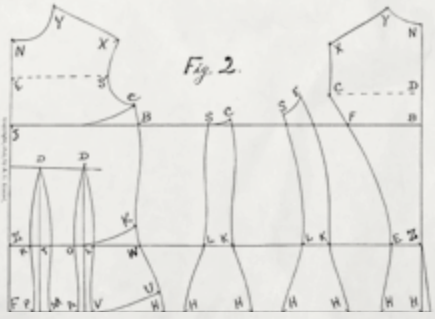
–¿Qué haces con esas tijeras? ¿Dónde está Maryaris? ¿Qué haces aquí?

–¿Desde cuando eres la única que puede entrar a Sara's? Además no entiendo tu preocupación, Beatriz, solo quise hacerte una sugerencia, porque no creo que esto pueda llamarse saludo. Beatriz toma una toalla que encuentra sobre la mesa y se limpia la cara.

– ¿Qué buscas? –pregunta sin quitarme la mirada de encima.

–¿Acaso no puedo venir a arreglarme? Veo que tu cara necesita ahora muchos tratamientos…. Y saber que eras la que mejor piel tenía. Dicen que los años no vienen solos. ¿Recuerdas cómo sufría Claudia con la dermatitis? Ella debía hacerse tratamientos seguidos.

Beatriz no se ha parado de la silla, pero su rostro se va tornando rojo, sus labios no pronuncian palabra y los ojos no se mueven para ningún lado. De pronto se escucha "Cariñito, esposa mía" en la radio. Beatriz se tensiona con los primeros acordes de la canción de Otto Serge y Rafael Ricardo. "No me des nunca un motivo", sigue sonando, y no resisto la tentación de hablar de nuevo.



– ¿Y ya no te acompañan a la peluquería?

– Eran otros tiempos… Está en la oficina.

– ¿Ahora le llaman oficina?

– ¿Qué quieres Antonia? –dice Beatriz, mientras se pone de pie.

–¿Te acuerdas que esa canción se la dedicó Jaime a Claudia en su aniversario, un año antes de que ella falleciera?

– Lo raro es que no trajeras ese recuerdo a la conversación.

–Es una mierda saber que te vas a morir y que tu supuesta amiga se acuesta con tu marido.

Maryaris se acerca nuevamente con un recipiente de plástico rojo que contiene una mezcla viscosa, de color amarillo y una brocha pequeña.

–Señora Beatriz, le traje listo el tinte para tener el tiempo preciso para retirarlo.

Al escuchar las palabras de la estilista, Beatriz vuelve acomodarse en la silla, pero esta vez se ubica de tal manera que pueda mirarme todo el tiempo.

Maryaris le pone una bata de color metalizado y se la amarra con unos delgados cordones alrededor de su cuello. Sobre los hombros pone pequeñas toallas de color negro. Con los dedos abre el cabello castaño y ubica la tintura sobre la mesa.

–Señorita Beatriz, recuerde que primero es esta parte y luego sí empezaremos con la raíz. Además la carta de colores asemeja el tono que puede dar pero no es exacto.

– Me interesa que sea rápido Marya –dice Beatriz.

–Maryaris, ¿no te parece que Beatriz es una mujer hermosa? –le pregunto.

– Sí señorita, ella sabe que siempre la he atendido porque cualquier estilo le queda bien. ¿Sí supo que Alfredo no pudo venir hoy?

–Sí, me enteré, y me dejó sorprendida, pero encontrarme con Beatriz es una sorpresa más grande.

–Tranquila Antonia, pronto Marya termina conmigo y sigues tú, porque de verdad te veo muy desocupada, en cambio yo tengo muchas cosas que hacer.

–Señorita Beatriz, pero recuerde que su tintura debe durar mínimo cuarenta y cinco minutos, y más por el cabello largo.

Al escuchar esas palabras camino despacio mirando el cabello de Beatriz, que intenta seguirme con los ojos. Paso detrás de Maryaris, que comenzó ya su tarea de ponerle la tintura. Beatriz no se

mueve. Sabe que si queda mal, se demoraría más tiempo. Maryaris deja caer un poco de tintura al suelo y busca con los ojos un trapo o una servilleta para limpiar la mancha, pero no ve nada.

–Señorita Antonia, ¿podría tenerme un momento aquí? –me dice Maryaris mientras abre de uno de los cajones para buscar con qué limpiar.

–¡Eso te lo puedo sostener yo Marya! –grita Beatriz–. ¿Qué necesidad tienes de entregarle eso a ella?

– Solo que no puedo tener ambas cosas en la mano.

–¡Tranquila! –respondo–. ¿Qué puede pasar? A mí me encanta tener la oportunidad de ayudarte.

Al escuchar la molestia de Beatriz, Maryaris se apresura a volver a su lugar.

–En mis años maravillosos de la belleza tenía entendido que si se corta primero el cabello la tintura queda mejor, porque el color se compacta más rápido. ¿No te parece que sería una buena táctica, Beatriz? Yo podría darte una opción, aunque pensándolo bien te tengo otra mejor. La utilizó Claudia. A ti siempre te ha gustado que te den recomendaciones de belleza y esta es una muy buena.

Beatriz palidece cuando ve que tomo la rasuradora número cero que tenía Maryaris sobre el tocador y la conecto.

–¡¿Qué te pasa Antonia?! ¡Estás loca!

– ¿Loca? Yo solo quiero hacer lo que tanto te encanta, trucos de belleza. Raparse es una buena idea. Además escuchaste lo que dijo Maryaris, a ti todo te queda muy bien.

– ¡Yo no acostumbro a venir a que me rapen!

– ¡Cállate! –le grito–. Es cierto. Tú no venías aquí para hacerte peinados, venías a coquetearle al marido de mi hermana Claudia mientras ella se moría. Mientras se la llevaba ese maldito desamor que la destruía tan rápido.

– ¡Mentira!

Tomo del brazo a Beatriz y hago que se siente de nuevo en la silla

– ¡Aprende, cómo se hace!

Con la rasuradora en la mano, la paso por mi cabeza mientras me miro al espejo. Beatriz hace una mueca de terror. Los mechones de

cabello van quedando sobre mis hombros y los otros llegan directamente al suelo. En la peluquería ya no suena música, el silencio acompaña a todos los que están en ella y las cabezas se van asomando de a pocos. Los gritos hacen que la atención se centre, de nuevo y tal vez por última vez, en mí. Maryaris tiene la servilleta en una mano y el recipiente en la otra. Aún no ha limpiado la mancha, y se ha quedado como paralizada.

Por mi cabeza no pasan muchos pensamientos, me agacho y recojo lo que quedó de mi hermoso cabello, ese que finalmente me arrebataron. Pongo los mechones dentro una bolsa plástica y la anudo.

– Maryaris, ¿Tienes un marcador?

La estilista deja lo que tiene en las manos, corre a la recepción y me entrega, despacio, un marcador negro. Sobre la bolsa escribo: De Claudia y Antonia Para nuestra bella amiga Beatriz.

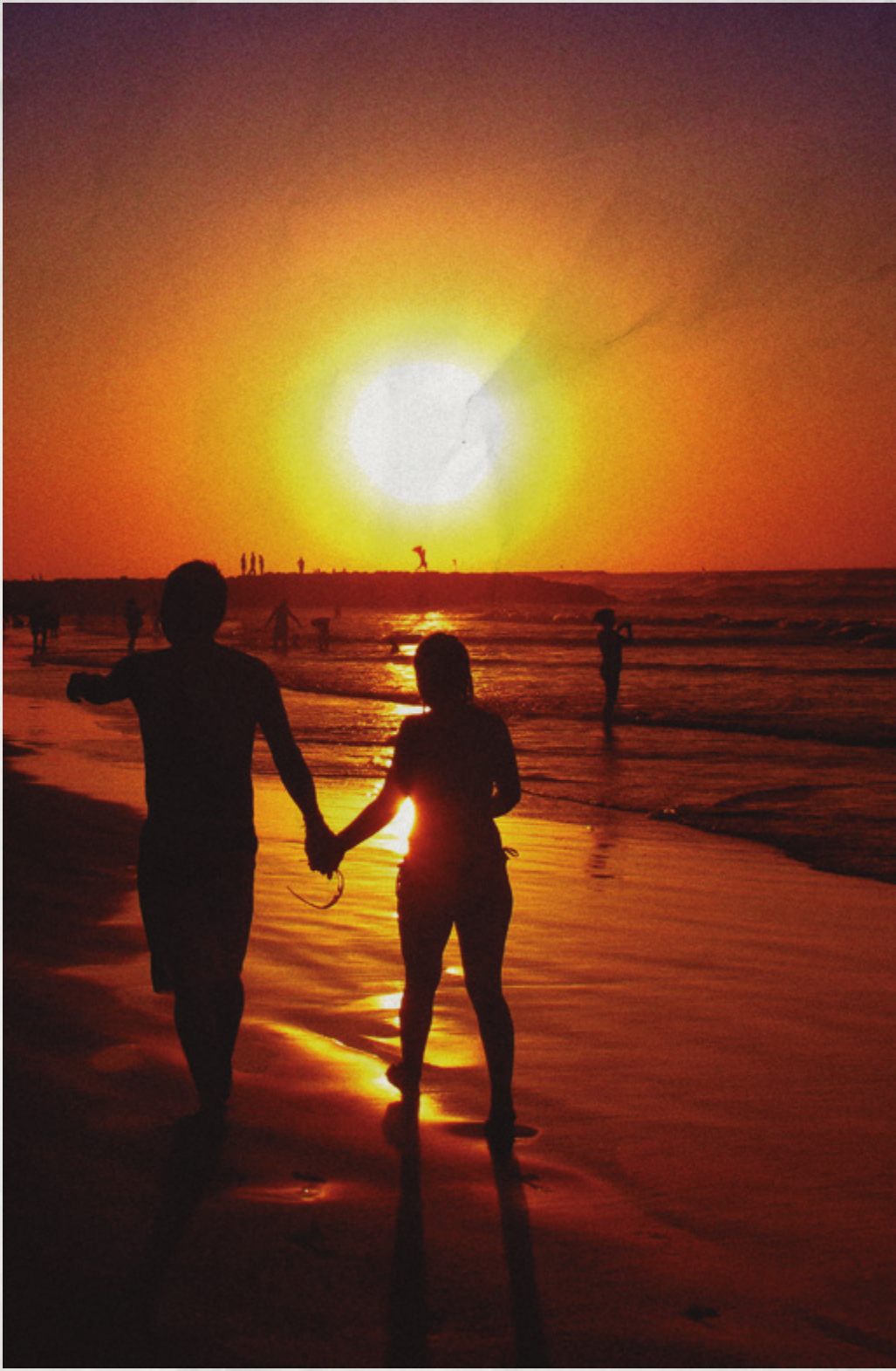
Después de tanto mierdero, saber que me ayudaste a raparme no tiene precio. Esto es un detalle de nosotras, con mucho cariño.

Beatriz sostiene la bolsa y baja su mirada. Tomo mi bolso y camino hacia la puerta principal sin decir palabra y con muchas miradas encima. De repente, escucho cómo Beatriz se para de la silla y viene detrás de mí mientras grita:

–¿Qué buscas con esto?

– Mientras tú morías de amor y de ganas por Jaime, nosotras nos morimos de cáncer. Ya se llevó a Claudia y ahora sigo yo. Esto es un bello recuerdo de las dos. ¡Nunca nos olvides!

Le doy la espalda y veo cómo se abren y se cierran las puertas de la peluquería.



El rostro del sol

Rachel Bernal

Temperatura: 35°

Cielo: despejado

Imagino nuevamente la bocanada de aire caliente que me aguarda cuando salga de la comodidad del aire acondicionado y hago un gesto desconsolado.

Repaso en el cuarto del hotel las hojas con la programación del festival de literatura y las letras del papel se balancean, intento apretarlas para poder leer sin necesidad de mis lentes, pero me doy cuenta de que mis manos tiemblan.

Me paro frente al espejo e intento realizar mi discurso. Esto es ridículo, no sé cómo pueden recomendar estas técnicas si no puedo concentrarme viendo mi asustado rostro.

Tiro las hojas a la cama y salgo del cuarto.

Soporto el sol de la tarde mientras camino por las estrechas calles de la ciudad amurallada, paso sin enterarme lo que sucede

alrededor. Pienso en lo que sigue, las entrevistas, las invitaciones, las conferencias, un mundo al que no he pertenecido, pero son pretextos, siempre deseé que mi escritura fuera reconocida.

Sin darme cuenta, llego a la avenida principal. En la esquina de una casa antigua leo la placa "Calle del torno de santa clara" y espero no olvidarla para el regreso.

Observo la fortaleza de piedra que recorre gran parte de la ciudad. Me acerco y subo la explanada, donde varios turistas toman fotografías y uno que otro vendedor ofrece helados.

Cuando me dispongo a recorrer el sitio, escucho un inquietante lamento que me paraliza.

Miro en varias direcciones y no logro saber de dónde proviene. El sollozo ahogado se prolonga y veo a una mujer en un rincón de la explanada, donde la muralla dobla, albergada en una sombra.

Solo está a unos metros de distancia y veo su melena rizada que baja hasta sus hombros y un vestido negro que deja ver sus piernas morenas.

Camino hacia ella y observo a su lado, sobre un pedazo de tela, varios collares con piedras, manillas hechas con hilos de diferentes colores y pendientes con la forma de una concha.

Se percata de mi presencia una vez estoy allí parado, mirando la bisutería. Limpia su rostro con las manos e intenta disimular su congestionada voz.

Se disculpa y se apresura a enseñarme sus artesanías sin mirarme a los ojos.

Yo no puedo dejar de ver la incomodidad que le causo y trato de interesarme por las manillas sin que se de cuenta de que observo su manera de comportarse.

–Estos son hechos con guadua.

Pone unos pendientes cuadrados sobre mi mano y observo sus ojos negros y grandes observándome, aun con las pestañas mojadas y una tímida sonrisa que, deduzco, es por puro compromiso.

Saco un billete de mi bolsillo, cuesta menos, pero le pido que deje el cambio. Ella lo toma y agradece con una sonrisa más abierta y me pide que vuelva pronto.

De vuelta al hotel veo las carretas de madera con libros usados y el temor vuelve a atormentar mi estadía en la ciudad. Veo a los turistas; ellos no tienen una imagen que cuidar y se ríen a carcajadas sin que nada pueda turbarles, entonces pienso en aquella mujer para distraerme.

Escucho el sonido de mi teléfono. Es Ana. Siento sosiego al escuchar su voz, su tono sereno.

Le hablo sobre lo harto que estoy del clima y ella, que siempre trata de hacerme ver el lado bueno de las situaciones, me tranquiliza y paso el resto del día recordando sus palabras cuando me asalta la ansiedad.

Al día siguiente, después de una conferencia en la tarde, paso nuevamente por la explanada de la muralla y allí está ella, tejiendo una manilla con los hilos enredados en sus dedos.

Mi sombra la alerta, alza la mirada y me recibe con una sonrisa.

Le digo que necesito unos collares y algunos pendientes para llevar de regalo. Ella se apresura a buscar, quizá los mejores. Un olor dulce me llega, su cabello se ondea por la brisa, y siento un impulso por sumergir mi nariz en él.

Me pregunta cuántos días me quedaré en la ciudad y parece que los dos días de los cinco que debo quedarme, ya han transcurrido velozmente .

Son las cinco de la tarde y ella está haciendo un collar, mientras yo le hablo sobre mi oficio. Parece haberse sorprendido cuando le digo que he sido invitado a presentar mi libro en el evento literario que se celebra estos días. Ella conoce el evento pero es completamente ajena a ese tipo de situaciones. Me pregunta sobre el festival y las actividades que se llevan a cabo allí. Pienso que es una buena oportunidad para impresionarla, así que no le digo que es

mi primer libro y le hablo como si fuese un hombre con bastante trayectoria en las letras, aunque no miento del todo porque he escrito varios artículos y cosas que, aunque no salen de mi computador, creo que igual cuentan.

Su nombre es Giselle y estoy cautivado con la agilidad de sus manos al trenzar el collar, agacha la cabeza, frunce el ceño, se concentra, es hermosa.

No dejo de hablarle sobre la importancia de la literatura en la sociedad y todos los discursos en defensa del arte y la humanidad para rescatar el mundo, un panorama heroico para quienes asistimos a estos eventos. Mientras hablo, veo hacia otros lugares y me doy cuenta cuando vuelvo a mirarla que ha dejado de trenzar para verme.

Empieza a oscurecer. Giselle recoge las joyas dentro de la tela y las guarda en un bolso. Me entrega el collar terminado e intento maravillarme por aquella creación pero –en realidad no sé si se deba a mi genética masculina– lo veo igual a muchos, y pienso si alguna vez he observado con detalle algún collar. Creo que es la primera vez. Yo solo estuve impresionado por sus gestos, por el tacto de sus dedos, por su piel tersa y oscura, su dulce y abundante melena.

Al salir de la muralla la acompaño por una calle y voy hablando de mis impresiones de la ciudad. Ella ríe de mis comentarios irónicos y presta atención a mis palabras. Le agrado.

Después de compartirle mis pensamientos acerca de las casas y las calles antiguas y relacionarlas con textos e historias de la época de la colonia, la invito a comer. Alza la mirada y veo que sus ojos se iluminan. Me siento, por primera vez, seguro ante una mujer. Vamos a un restaurante italiano, pero ella no entiende la carta, así que le recomiendo algunos platos que, creo que pueden gustarle. Todo es nuevo para ella, así que acepta mis sugerencias.

Parece animada cuando salimos de restaurante, balancea sus caderas y camina con paso firme elevando su pecho. Me doy cuenta de que la he venido observando con deseo.

En ese momento suena mi teléfono.

Le contesto a Ana y su voz dulce me incomoda. Observo a Giselle mirando los aparadores de ropa de un almacén y hablo con Ana sobre el duro clima y las extensas jornadas, aunque no sean cierto, y sobre la posibilidad de extender unos días más mi estadía en la ciudad, debido a algunas entrevistas en revistas y canales locales. Ella me responde entusiasmada que desea ver las entrevistas. "Qué imbécil", golpeo silenciosamente mi cabeza con la mano y pienso en lo tonto que parece un hombre al que le publican un libro de ficciones y el modo en que le cuesta fingir en una aparente realidad.

Cuelgo y voy hacia Giselle. Ella me da su mano y se despide con un beso en la mejilla. Siento el calor de su piel y el sudor en su cabello. Me quedo con una enorme ansiedad porque no quiero que se vaya, pero ella desaparece en el camino. Sé que me desea también, aunque no conozco sus expectativas conmigo; temo ilusionarla, pero parece una mujer madura y sabrá que los hombres que pasan delante suyo se fijan más en su esbelto cuerpo que en sus artesanías.

Es el tercer día en la ciudad del sol y esta vez las conferencias se prolongan con entrevistas. Es de noche y deseo ver a Giselle.

Me despido apresuradamente de otros escritores y salgo del teatro a paso largo por toda la calle hasta llegar a la explanada, pero ella ya se ha ido.

Me molesto, las olas de aire caliente parecen asfixiarme. Regreso al hotel y me tumbo en la cama hasta el otro día. Temo haber perdido mi tiempo y dinero, pero no, Giselle es una mujer ingenua, algo pasó y seguramente la veré mañana. No deseo prolongar más el tiempo, creo que ha sido suficiente. "Niñata", pienso, mientras me voy quedando dormido.

En la mañana, antes de ir a la primera conferencia, me acerco a la muralla y veo a Giselle sentada sobre un pañuelo. No puedo quitar mi mirada de sus pantalones cortos mientras me acerco, ella se levanta y me sonríe.

Me entrega los dos collares y me dice que los terminó ayer en la tarde. Se apresuró a terminarlos porque tenía un compromiso, no pregunté cuál, solo le digo lo feliz que me hace el verla.

Le pago más dinero de lo que cuestan. Ella se niega al comienzo, pero ante mi insistencia se encoge de hombros y guarda el dinero en su bolso.

Le doy las gracias con un beso lento en su mejilla y me alejo, no sin antes percatarme de un ligero rubor y una tímida sonrisa. Satisfecho con el encuentro, regreso a mis ocupaciones. Luego presentar mi libro, a las cinco de la tarde, vuelvo y la encuentro sentada en la muralla, con sus joyas envueltas en la tela, balanceando sus piernas. Se pone de pie cuando me ve llegar.

Me saluda con un beso en la mejilla y la tomo de la cintura. No hace falta decirle nada. Caminamos hasta que llegamos al mismo restaurante del primer día.

–¿Busca historias o las inventa?

–Ambas.

Ella termina de comer la pasta y me observa.

– Y si una persona acompaña a morir a otra ¿es una buena historia?

Al comienzo su pregunta me parece macabra, pero luego pienso que es el cuestionamiento de una joven ingenua que quiere comprender mi mundo.En ese momento suena mi teléfono.

Es Ana y siento aburrimiento. Me impacientan las interrupciones y me doy cuenta de que no quiero que Ana esté en medio cuando estoy con Giselle.

Ella no me repite la pregunta y yo no tengo deseos de contestar. Solo me desvío por los temas acerca de la muerte que abundan en la literatura.

Caminamos por las estrechas calles, no sé mucho sobre ella y en realidad no sé si deba importar. Estoy saliendo con una mujer muy joven que no refuta, que ríe de mis malos chistes y se impresiona ante mi profesión en una época en donde ser escritor resulta un mal chiste. Aunque le he mentido –no tengo tanto dinero como le he hecho creer, me he saltado la parte de las deudas, el hogar y los pasajes de transporte público que debo pagar en la ciudad– siento que no hace falta que le hable de mi cotidianidad.

Llegamos al final de una calle y ella se vuelve hacia a mí y me abraza. Rodeo con mis manos su cintura. Le digo lo hermosa que es

y que quisiera tener la oportunidad de verla al otro día. Ella asiente con la cabeza.

–En el mismo lugar –dice.

Me da un beso en la mejilla y se despide. Yo me quedo pensando en su cuerpo cuando se desprende de mí. Regreso al hotel con aire triunfal y extrañado, parece que haber llegado a esta ciudad me hubiese transformado, llego incluso a pensar que la calidez del clima me hace sentir menos cobarde.

Ya en mi habitación, una sensación de fastidio me incomoda. Camino de un lado a otro, el sofoco continúa pese a haber tomado una ducha. El aire acondicionado parece averiado pero no me animo a llamar a la recepción. No le devulevo la llamada a Ana. No quiero recordarla, hay una necesidad imperante en ver a Giselle… estoy nervioso, pero ella no debe notarlo.

Es el último día en la ciudad y he pasado una noche inquieta. Por suerte solo tengo un encuentro en la mañana y un almuerzo. Intento zafarme rápidamente de aquel encuentro social, que hasta hace unos días hubiese disfrutado, pero el afán por verla me ha desconectado completamente de las reuniones.

Voy hacia la muralla y la veo allí sentada. Se levanta al verme y no dejo de mirar su vestido corto color rosado… sus muslos. Pero ya no hay collares ni manillas, no hay tela ni el bolso aquel donde la guarda. Está esperándome y yo sonrío.

Me acerco y su boca luce reseca, su cuerpo tiembla levemente y se acerca a mí y me abraza, siento sus pechos contra mi cuerpo, rodeo con mis brazos su cintura y huelo su cabello. Me alejo y veo su mirada desviándose hacia mi pecho. Se moja los labios y los muerde.

– ¿Me quiere?

Respiro su aliento. Trago saliva y pienso en Ana. Y asiento con la cabeza, sí. “La quiero. La deseo”. Siento pena por dejarla.

– ¿Y su esposa?

– Ahora no hablemos de ella.

Entramos a un pequeño hotel cerca de allí. Sus espacios están medianamente cuidados, con baldosas agrietadas pero brillantes.

Caminamos en silencio por el pasillo, ella cuidando de no acercarse a mí. Veo sus manos empuñadas y concluyo que está nerviosa. Pienso que pronto se tranquilizará. Al llegar a la habitación cierro la puerta y me acerco por su espalda. Hundo mi nariz en su cabellera. Le beso el cuello y siento su cuerpo tenso, veo que sus manos aún están apretadas. En el momento en que deslizo mis manos a su vientre, me aparta con su codo y se para frente a mí. Me mira con fastidio.

–Qué pendejo es usted. Lo quiere todo sin problemas.

Antes de que pueda reaccionar, saca un papel del costado de su vestido. Desconcertado, veo cómo desenvuelve el papel y toma una pastilla entre sus dedos. La lanza al interior de su boca.

La interrogo con mi ceño fruncido.

–Le voy a dar una historia. Me va acompañar a morir– dice, mientras sonríe, con una mirada desviada.

Un escalofrío me recorre la espalda. "Esta mujer está enferma", pienso. Preso del pánico me dirijo a la puerta y justo antes de abrir la perilla, siento un movimiento. Vuelvo la mirada hacia Giselle y está tumbada en la cama, su cuerpo salta en espasmos y tiene la mirada perdida en el techo.

Me acerco a ella e intento posar mis manos sobre su cuerpo, pero sus convulsiones cada vez son más frecuentes, se retuerce y su cara refleja dolor. Corro hacia la puerta pero me detengo y pienso en que no es un buen momento para salir. A lo mejor alguien puede pasar y ver la escena.

Me devuelvo hacia ella y la alzo por los hombros, la pongo boca abajo y le doy palmadas en la espalda, pero sus movimientos histéricos me producen temor y mis manos parecen huir de su piel. La dejo en la cama y me levanto de un salto. Miro a todos lados esperando que algo ocurra.

– ¡Maldita sea!

Vuelvo a su lado y su piel ha perdido algo de color. Me saltan las lágrimas y empiezo a llorar como un niño.

Tengo en mis manos mi teléfono, pero soy incapaz de llamar una ambulancia, el cuerpo me tiembla desmesuradamente y ella,

allí tirada con espasmos menos frecuentes y sus ojos desorbitados, parece ahogarse con la saliva espesa que emana de su boca.

Doy golpes a la pared y camino por toda la habitación, preso de angustia e ira... Ya no se mueve y una cólera se apodera de mí, me acerco a su cuerpo inerte y le doy dos bofetadas. Me siento ridículo cacheteando a una muerta, pero es la furia que me produce verla, así mis golpes sean indoloros y sea inútil. Luego cobro conciencia de que se trata de un cuerpo y me levanto despavorido, como quien no quiere tocar la muerte, y me sacudo los brazos como si contagiara.

Me siento en un rincón, ya es de noche y mi corazón salta cada vez que imagino cómo voy a salir de allí. Ya no me atrevo a verla, allí con su color perdido y sus ojos vidriosos mirando el techo.

Abro la puerta y no veo a nadie en el pasillo, solo escucho unos gemidos en la habitación de al lado. Me peino el escaso cabello con los dedos y respiro hondo, me acomodo la camisa y la miro por última vez. Es inevitable mirarla, así esté muerta. Cubro mi boca con la mano porque temo dejar escapar un grito, y cierro la puerta.

Me dirijo a la salida del hotel, bajo la mirada, mi camisa está empapada y mis labios temblorosos. No tengo idea si alguien se encontraba cerca o habrá visto mi sudoroso y pálido rostro. La ansiedad parece mover mis piernas, que quieren correr en lugar de caminar.

Voy al hotel por mi maleta, empaco todo, o eso creo, la imagen mental de su cuerpo tendido en la cama no me deja concentrar. Me sostengo la cabeza como si se me fuera a caer y maldigo una y otra vez el momento en que se me ocurrió coquetearle a una loca. A los cobardes no se nos permite un momento de gloria y, por el contrario, parece que el mundo se empeña en hacernos la vida más miserable. Me siento ridículo y engañado. "Qué imbécil", me grito, pensando en las preguntas de Giselle hace un par de días. Era una enferma y no me había dado cuenta, qué estúpido he sido.

Me dirijo al aeropuerto, miro a la gente y siento que me señalan, me justifico mentalmente. “No fue mi culpa”. Debo esperar mucho a que salga el avión pero no deseo estar ni un minuto más en esta ciudad.

De regreso, el frío clima me golpea, aún siento mi camisa mojada y sigo sudando a mares. Una falsa expectativa de transformar mi vida se ha convertido en aliciente para seguir siendo el mismo perdedor que he sido, he salido de mi rutina por primera vez y me doy cuenta de que el mundo está loco. Encuentro a Ana esperándome en el aeropuerto y un espasmo me frena. Nunca antes nos habíamos separado y el viaje resultaba toda una experiencia para ambos. “Ana, no fue mi culpa”, le digo con la mirada. Ana no sonríe. Presiente algo. Tal vez una separación que nos va a durar toda la vida.

Humo

María Fernanda Fitzgerald

> “Aléjate por el sueño, hijo
> y no vuelvas la mirada
> a esta tierra maldita.”
>
> Conversaciones a oscuras. Horacio Benavides.

Lo vi ahí, de pie, en la esquina en la que siempre lo había visto, pero esa mañana todo fue diferente. Algo le estaba pasando.

Todas las tardes, cuando salía del colegio, iba a verlo. Tenía que desviarme dos cuadras del camino a mi casa para poder encontrarlo. Pero a mí no me importaba eso siempre que pudiera verlo y que el payaso me hiciera reír.

Él era muy chistoso. Me hacía recordar esas tardes, en las fiestas de Cartagena, en las que jugábamos a hacer guerras de maicena y agua con mi hermana y los demás niños en la cuadra –cuando tenía yo seis años y ella diez– mientras que mi mamá le vendía bolis de tamarindo y corozo a los carros que pasaban por ahí. Nosotras terminábamos llenas de polvo y empapadas, con el pelo tieso y la ropa dañada. Mi mamá nos regañaba, lo mismo mi papá, pero no nos importaba. Nosotras nos dejábamos cambiar a las pijamas mientras nos mirábamos y nos burlábamos la una de la otra, y nos volvíamos a reír acordándonos de cómo le habíamos llenado la boca de maicena a Marcos, el niño que le gustaba a mi hermana y que la molestaba todo el tiempo.

El payaso nunca fue como las demás personas que pedían plata en la calle. No. Él no acosaba a la gente para que le dieran dinero, ni se enojaba si le daban poquito; tampoco se ponía a perseguirlos entre las cuadras, ni ponía cara de hambre o de que algo le doliera. Siempre agradecía con una sonrisa gigante que le hacía alargar los labios, arrugando los ojos hasta que le quedaban chiquiticos y mostrando una muela negra que tenía en el fondo de la boca.

Esa sonrisa me hacía sonreír de la misma forma en la que él lo hacía. Incluso empecé a practicar frente al espejo para lograr que mis ojos se arrugaran tanto como los de él, pero la verdad es que lo único que lograba era que mi nariz se recogiera haciendo una mueca como de que algo me olía feo.

Era gigantesco. Es posible que fuera el hombre más grande de toda Cartagena. No solo por lo alto, sino que además era muy gordo. Lo vi muchas veces, cuando al estirar un brazo y pararse en las puntas de los pies, lograba alcanzar los balcones de las casas desde los que le entregaban propinas. Y también tenía que evitar poner cosas muy abajo en el suelo porque su barriga era tan grande que no conseguía agacharse. Seguro era porque todas las tardes, a eso de la una, se sentaba a almorzar una olla entera de arroz con verduras y yuca sancochada con suero. Se veía rico eso.

Siempre se ponía un traje de paño negro y grueso que ya tenía algunas costuras abiertas y la tela estaba llena de pequeñas motas blancas y grises. También usaba una camisa blanca de algodón, abotonada hasta la mitad del cuello, esa sí siempre muy blanca, o al menos la parte que se podía ver por debajo de la chaqueta. Usaba unos zapatos que parecían de cuero brillante que le quedaban ajustados y que ya tenían las suelas delgadísimas; por eso, cada vez que se echaba de para atrás riéndose, se abrían formando una carcajada como la de él. Y se ponía un corbatín rojo que le apretaba el cuello, y por eso tenía que moverlo cada minuto para no asfixiarse.

En la cara se echaba un maquillaje que parecía grueso y que se la empastaba con blanco, verde oscuro, amarillo y naranja. El punto final era una nariz de color azul oscuro, que le hacía ver los ojos muy amarillos y con partes grises. Siempre me pareció que cuando

los veías por mucho tiempo, los colores se movían como el agua de la ciénaga que pasaba al frente de mi casa. Debajo de ellos se le formaban unas bolsas, seguro porque estaba cansado. Esas bolsas se parecían mucho a las que tenía mi hermana todo el tiempo.

Su acto me gustaba mucho. Él jugaba con todos los niños y los ponía a bailar haciendo coreografías con tres o cuatro de ellos. A mí nunca me eligió, seguramente porque una vez se me acercó y yo me puse a llorar.

También hacía malabares con unos palos a los que les había pegado unas pelotas verdes brillantes en las puntas. A veces se montaba en una bicicleta vieja que tenía solo una llanta, y cada vez que se subía yo apretaba la mandíbula, porque me daba miedo de que en cualquier momento se fuera a caer; pero se movía tan bien–apoyando su barriga gigantesca sobre sus muslos, con la espalda muy recta y la mirada hacia el cielo–, que jamás le había pasado un accidente. Donde se hubiera caído seguro que habría temblado toda Cartagena o, al menos habría quedado un hueco muy grande en la calle.

Él se lucía para nosotros con lo que hacía. Mi hermana me decía que yo ya estaba muy grande para seguir yendo a verlo, que en vez de gastarme ese tiempo desviándome debería llegar más temprano a la casa para hacer el aseo. Ella permanecía ocupada con sus amigos extranjeros, por eso no me podía obligar a hacer nada. Pero eso sí, le encantaba regañarme, así era ella.

Él era famoso por su alegría. Por eso la gente lo quería y ni siquiera la policía lo sacaba de su esquina. Esa esquina, además de ser muy buena por tener la sombra de los edificios y la brisa del mar que se metía por una de las entradas de la muralla, se la pasaba muy llena porque estaba cerca al Heredia.

Ahí hacía su acto, desde que el sol salía, hasta la tarde, casi la noche. Yo siempre lo veía al medio día, que era cuando estaba haciendo la mejor parte del espectáculo. Parecía que brillaba con su sonrisa y sus millones de sonidos que iban desde voces muy agudas hasta rugidos de león, pasando por aullidos de mono aullador y cantos de papagayo, junto con muchos otros que yo no sabía qué

eran. Sus flores de papel periódico y sus globos de colores amarillo, verde y morado, que a veces se le enredaban entre las flores de los balcones y se confundían con los colores de las casas y las puertas, hacían que todo se viera muy lindo.

La gente se reía y entre todos le entregábamos monedas, esas que mis compañeros y yo guardábamos después de comprar nuestras onces en el colegio, o billetes que los más adultos le daban de vez en cuando.

Esa esquina se cargó de risas gracias a él. Una vez nos dijeron en el colegio que antes era por ahí que caminaban los esclavos para llevar el oro a los barcos. A mí siempre me ha parecido que cuando uno se para un rato ahí, puede oírlos llorando. Bueno, yo no me acuerdo muy bien de qué fue lo que nos dijo la profesora, pero creo que era ahí mismo. Yo creo que tanta alegría cambió ese lugar. Es que era tan chistoso que muchas veces ni siquiera él se aguantaba las carcajadas por sus propios chistes.

Se había hecho tan famoso que incluso la gente de otras ciudades venía a verlo. Bueno, de pronto no viajaban a la ciudad solo para eso, pero sí sé que casi todos los taxistas le recomendaban a los cachacos que fueran a la esquina del Heredia a verlo.

Uno podía verlos caminando cansados por el sol, con la piel roja, así como se ponen cuando les da por quedarse al medio día en la playa. Con sus cámaras colgadas en el cuello y sus sombreros que les cubrían hasta la punta de la nariz, dejándolos sin poder ver bien, intentando ignorar a los vendedores que los acosaban por varias cuadras vendiéndoles cosas de la China. Y de repente se quedaban quietos, sonriendo, junto con las demás personas que veían el gran espectáculo del payaso de la esquina. Y entonces también se reían.

El día en el que sentí que algo raro pasaba, lo vi en la misma esquina, pero esa vez el sol no le estaba dando descanso a nadie. Desde que me desperté, noté que el agua del mar casi ni se meneaba. Se movía tan poquito que tenía que quedarme quieta y mirando fijo para lograr percibirlo. Uno ni siquiera podía ver gaviotas consiguiendo su comida porque no había viento con el que pudieran volar.

CERIA Y NOVEDADES
GUA Casa Be

El sudor cubría la piel sin resbalarse, sin secarse. Eso hacía que todo se quedara pegado. En el bus, sentí como si me hubiera arrancado la piel de un jalón cuando intenté despegar los muslos de la silla. Los ojos se me aguaron un poquito por el dolor. Luego, me quedé pegada al brazo de una señora que se me sentó al lado. Yo la vi con cara de brava, seguro porque pensó que la iba a robar, pero yo no hago eso.

Cada vez que respiraba sentía el calor quemándome por dentro y cuando sacaba el aire me chamuscaba el labio de arriba. Parecía como si el aire estuviera hecho del aliento de todos nosotros, caminando por ahí y llenando la ciudad de aire usado.

No entendía por qué el clima estaba así. Nadie sabía. Nadie quería salir a la calle. En el descanso del colegio ninguno de mis compañeros fue al patio a jugar fútbol. Todos nos estábamos quemando; por eso nos peleábamos por la sombra dentro de los salones y por el siguiente turno para el bebedero, que además se quedó sin agua a las diez de la mañana.

Hizo tanto calor que a los niños les dejaron remangarse las mangas de la camisa del uniforme y a las niñas nos dejaron escurrirnos las medias hasta los tobillos. Las pocas personas que todavía tenían agua en los potes empezaron a negociarla pidiendo quinientos pesos por sorbo. Incluso a los profesores les cobraron.

-Yo iba de camino a mi casa, más temprano de lo normal, porque habían decidido mandarnos antes ya que se había acabado el agua en el colegio. Nos pidieron que recogiéramos rápido nuestras cosas y que nos fuéramos a seguir estudiando. Mis

compañeros y yo nos reímos porque a ninguno de nosotros nos gustaba estudiar, sobre todo matemáticas, que era la tarea que teníamos para el día siguiente.

Pero a mí no me gustaba llegar temprano. A esa hora mi mamá seguía en su trabajo haciendo trenzas en la playa, aunque yo no podía creer que ese día alguien se atreviera a tocar la arena. Y como mi hermana se reunía todo el día con sus amigos en la Torre del Reloj o en las playas frente al Dann, tenía que quedarme sola y encerrada hasta la noche. Por eso, cuando iba ya casi llegando a coger el bus, decidí desviarme como lo hacía todos los días para ir a ver la última parte alegre de mi día. Y allí estaba el único ser humano capaz de pararse en la mitad de la calle debajo de ese sol.

Se veía muy cansado y muy acalorado. Las sombras de los edificios, que siempre fueron una ventaja, habían decidido no extenderse ese día. Se habían quedado trancadas, como queriendo protegerse ellas mismas para no terminar quemadas. Los pocos niños que corrían a darle algunas monedas aprovechaban para esconderse unos segundos detrás de su sombra y sentir fresco un momento. Yo me quedé lejos viendo lo que pasaba. El sol venía y le caía encima, le golpeaba muy fuerte la cabeza y, desde donde yo estaba, pude ver un humo que se levantaba de ella. También pude ver que su maquillaje se estaba mezclando, haciendo que una pasta de colores empezara a escurrirse hacia sus ojos, su boca y su camisa blanca. Esa tarde sus ojos no brillaban y tuve miedo de que se desmayara. Pero no ocurrió.

Decidí irme rápido, porque me dolía mucho verlo sufriendo debajo de toda esa ropa y ese maquillaje. Él estaba siendo fotografiado por muchas personas, que tampoco querían acercársele pero que lo animaban para que siguiera, por eso pensé que iba a estar bien si yo me iba.

Caminé rápido hacia el paradero del bus que me llevaba hasta el barrio. Mi casa quedaba a una media hora desde allí, eso si lograba conseguir algo que me llevara. Si no, tenía que caminar y me demoraba unas dos horas en llegar, porque vivíamos en el Olaya Herrera y muy pocos buses llegan hasta allá.

Cuando llegué a mi casa intenté distraerme con las tareas del colegio para no pensar en el calor, que también en la sombra parecía quemar. No podía abrir las ventanas, ni correr las cortinas, porque a mi mamá le daba miedo que se dieran cuenta de que yo ya había crecido. "Es mejor que no las abras mucho, mi amor, porque te pueden venir a coger", me decía. Tampoco podía conectar por mucho tiempo el ventilador, porque las últimas cuentas de la luz habían llegado demasiado costosas y eso le daba dolores de cabeza muy fuertes a mi mamá, que luego se sentaba en la silla de mimbre que teníamos al lado de la puerta a llorar. Lloraba tanto que ya le decían "Yuranillantos".

Todo el aire entraba caliente por los huecos entre las tablas de las paredes y del techo y luego no encontraba por dónde salir. Entonces se tenía que quedar dentro de la casa, conmigo, apretando todo tanto que yo creía que no iba a poder respirar más.

A pesar de todo, no me preocupé tanto ese día por hacer el oficio ni por los recibos ni por los vecinos ni por mi mamá llorando ni por los regaños de mi hermana. La verdad mi cabeza estuvo pensando todo el tiempo en el payaso. No sabía qué le había pasado, no tuve cómo saberlo en ese momento. Solo supe que mi corazón me dolía por él y no entendía por qué.

El día en que mi papá se fue también hizo mucho calor. Me acuerdo de que las lágrimas de mi mamá se confundían con su sudor. Mi papá era un hombre muy grande y gordo, pero parecía un niño y le encantaban los payasos. Cuando todavía vivía con nosotras, los muros estaban repletos de cuadros de payasos. Todavía, en las paredes, se puede ver dónde se cayó la pintura cuando clavó las puntillas para colgarlos. Además, tenía una repisa llena con miles, o millones, de muñecos de payasos que se reían, o que lloraban, jugando entre ellos mientras invadían nuestra casa.

Cada rincón tenía un payaso. Incluso había uno que hacía una risa muy fuerte cuando se le hundía un botón que tenía en el ombligo. Me acuerdo de que a mi papá le gustaba hacerlo sonar por las noches, antes de que nos fuéramos a dormir, porque según él eso hacía que nuestros sueños se llenaran de risas. La verdad era que

me daba pesadillas. Pesadillas horribles que me hacían despertar llorando o con mucho dolor en los dientes.

Cuando se fue, unos días después de que descubrimos que tenía otra familia, recogió todas las figuras y los cuadros y nunca volvió. Lo único que me dejó fue el payaso que se reía. Todavía lo mantengo escondido debajo de mi cama.

Ya tarde, en la noche, como a las nueve, mi mamá me pidió que fuera a comprar las cosas del desayuno de la mañana siguiente, pues ese día se sentía muy cansada como para ir ella. "Ve tú, nena, que a mí me duelen las manos. Las tengo todas encalambradas. Y dile a tu hermana que te dé lo del desayuno de ella", me dijo.

Cuando fui a pedirle la plata a mi hermana, me dijo que fuéramos a mi cama un momento. Esa noche había llegado de buen humor y con regalos para mí. Me llevó hebillas de corazones, tres camisetas de tiras, dos faldas con boleros, un par de baletas con tacón bajito y muchas pulseras. "Chiquita, es que ya deberías de salirte de ese colegio", me dijo. "Si quieres te puedes venir conmigo a ver a mis amigos y ellos nos compran cosas bien lindas y nos llevan a unos restaurantes bien buenos, de esos del centro, y luego nos vamos a jugar a la playa y a tomarnos fotos, ¿sí me entiendes?". Incluso me dijo que uno de ellos estaba muy emocionado por conocerme. Me dijo que era un italiano muy lindo, alto, mono, con ojos gateados y con mucha plata. Que yo solo tenía que ponerme bien bonita con lo que me había traído y listo. Pero mi mamá nos escuchó hablando y se puso furiosa con mi hermana. Las dos pelearon y mi hermana terminó yéndose otra vez. "Yo vuelvo hasta mañana en la tarde, si acaso. Voy a estar por la medialuna, por si acaso", nos dijo mientras abría la puerta de la casa a patadas para salir.

No me gustaba que ellas pelearan, mucho menos que lo hicieran por mi culpa, porque mi hermana rara vez llegaba a la casa y mi mamá ya lloraba demasiado. Me sentía culpable, me sentía cansada, me dolían los huesos, la cabeza. Me dolía la vida, nuestra vida. Quería salir a correr y perderme, al menos por un rato. Olvidarme de ellas, de sus peleas, de sus llantos. Mi mamá se volvió a sentar

en la silla y empezó a hablar muy bajito, como queriendo que nadie la escuchara, pero decía "qué bien que te largaste, qué bien que te largaste, qué bien que te largaste". Mirando hacia el agua lo repetía y lo repetía con unas lágrimas gordas que le rodaban por las arrugas que se le formaban a los lados de la boca. Salí rápido hacia la tienda, esperando calmarme en el camino.

Para llegar a comprar las cosas tenía que caminar mucho, porque la tienda que quedaba cerca de nuestra casa se había inundado en la última vez que llovió harto y toda la mercancía se les había dañado, cosa que trajo ratas y otros animales, y terminaron perdiendo la tienda. Uno podía ver las familias de ratas que caminaban por toda la casa donde antes vendían paletas. La ciudad se daña cuando llueve porque se crece el mar y el agua de las ciénagas. Bueno, es que esos ríos que se forman en las calles son muy feos porque todo empieza a oler mal. Y entonces lo que uno tiene se le daña. Pero es peor cuando no llueve, eso sí, porque entonces mi mamá dice que la plata no alcanza y uno piensa todos los días que ojalá y volvieran los ríos.

Esa noche el calor todavía podía sentirse rondando, sin que la brisa llegara a aliviar la ciudad. A mí ya me dolía el pecho y me sentía como si me hubiera secado por dentro. En un momento creí que si seguía respirando ese aire, seguro se me caerían los pulmones.

Mientras iba caminando, sin poder dejar de pensar en la pelea, se cruzó por mi cabeza una vez más el payaso. Me entró la urgencia por verlo. No podía esperar hasta el día siguiente para ir a visitarlo, entonces cogí un bus para irme al centro, gastándome la mitad de la plata del mercado.

Estando en el bus, los gritos de mi hermana no se me salían de la cabeza. "¡Es que la boba esa ya tiene que empezar a producir, mamá!", le decía. "¡Es que ella ya está grande y ya puede!", repetía varias veces. Los ojos casi se le salían y mostraba los dientes de abajo como una fiera. Además, desde que le salieron esas manchas rojas en la piel tuvo que empezar a echarse más maquillaje, y por eso, cada vez que movía la boca, la cara se le quebraba en unas delgadas grietas que la hacían ver como una serpiente cambiando

de piel. Y mi mamá solo llantos, hablando entre babas y mocos, diciendo "no la jodas que ella solo tiene diez años".

Entonces se me ocurrió que el payaso podría recibirme. Muy seguramente él me podría tratar mejor que mi hermana. Muy seguramente él me cuidaría y yo podría ayudarlo a maquillarse en las mañanas y, luego después del colegio, podría ir a ayudarle recogiendo monedas entre la gente haciendo pasar una bolsa que cargaba. Igual yo no comía mucho, entonces de pronto podía darme un poquito de arroz de su olla. Él y yo podríamos montar un buen espectáculo juntos, aunque él tendría que enseñarme cosas porque yo no me había encontrado ningún talento.

Cuando llegué al centro caminé muy rápido entre las calles, intentando llegar a su esquina lo más pronto posible. A esa hora ya solo quedaba gente borracha y que olía muy feo; las camisas se les veían mojadas y el pelo también; las casas se veían oscuras y la música estaba muy fuerte. Los gringos se ponían a pelear en las tiendas y gritaban y yo casi no podía oír ni mis propios pasos. Lo bonito fue que el cielo estaba muy despejado, no tenía ni una sola nube, y por eso pude ver dos o tres estrellas que parecían que cambiaban de color cuando las miraba.

Caminé un buen rato hasta que llegué y, cuando estuve cerca, pude ver algo muy raro que estaba entre las casas. Había como un bulto en medio de la calle. Creí que era un saco de arena que habían dejado botado ahí, porque a una cuadra estaban arreglando la calle. Entonces seguí acercándome.

Casi me caigo porque las piernas dejaron de funcionarme. Se sentían débiles, al punto que me hacían caminar yendo de un lado para el otro, como pidiéndome que me fuera de ahí. Pero no les hice caso.

Cuando estuve ya a unos metros de distancia, pude ver que venía moviéndose, como intentando caminar pero sin lograrlo, y entonces entendí qué era. Sin nariz, sin corbatín y con el maquillaje tan derretido que le había manchado gran parte de su camisa. Las partes de su cara que habían quedado descubiertas se veían grises y muy sucias. Su pelo estaba desordenado y parecía humedecido, como lleno de aceite. Con el traje desabotonado, mostrando

la mitad de la inmensa barriga que también tenía manchas del maquillaje. Con los pantalones rotos por irse arrastrando y sin zapatos.

No podía creerlo. No entendía, la verdad. Él estaba allí solo, en medio de la calle, rodeado por casas viejas y calles rotas, mirando hacia el suelo, haciendo un sonido de estarse ahogando en medio de mucha agua. Hacía como si su lengua se estuviera pegando muy rápido contra su paladar.

Mientras lo miraba, sin saber muy bien qué debía hacer para ayudarle, él levantó lentamente su rostro hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Sentí como si un viento helado hubiera entrado en mi interior abriendo un hueco gigante entre mi estómago y mi corazón. El hueco empezó a crecer dentro de mí, desbaratándome lo que tenía por dentro, convirtiéndolo todo en líquidos sucios que me recorrían por debajo de la piel y la levantaban a su paso.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Quise gritar, pero no pude. Salí a correr. Corrí por mucho tiempo, entre muchas calles que no tenían nada de gente, esperando que ese vacío se me saliera. No lo lograba. Y a medida que me iba moviendo, sin poder ver muy bien por las lágrimas, me fui dando cuenta de que las calles se repetían. Las murallas se doblaban, se torcían, se contorsionaban creando un remolino de laberintos que no me permitía llegar a ningún lugar.

Traté de alejarme pero no pude. Quise no volver, pero no pude.

Su cara burbujeaba cuando me detuve otra vez. Se miraba las manos, como buscando una respuesta a su dolor y luego me miraba a mí. Su tronco caía lento, entre sonidos de ahogado y olor como a carne molida siendo cocinada.

Levantó otra vez sus ojos para mirarme y lo hizo como si algo se le hubiera perdido y yo lo tuviera. Como si no pudiera encontrar algo que él quería mucho. Como cuando uno ni siquiera sabe qué fue lo que se le perdió pero siente que es importante. Así como mi mamá se quedaba mirando la pintura caída en las paredes donde antes teníamos cuadros. Así me miraba. Así, exactamente, era como me miraba.

Finalmente, después de estar con él por horas, sintiéndome agotada, caí a su lado. En el lugar del payaso solo quedaba un charco

de colores que se extendía hacia la mitad de la calle y se escurría, lento, entre los relieves de las baldosas que decoraban las calles. Lloré toda la noche, hasta que el amanecer se decidió a venir. Un amanecer cargado de nubes blancas.

Fui capaz de moverme una vez más cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a mojar la calle. Sentí cómo caían en mi cabeza y desde allí rodaban por mis brazos y mi espalda, hasta que llegaban a mis pies. Algunas gotas gruesas, rápidas, y otras pequeñas y lentas. Se repartieron por mi cuerpo, llegándome a los labios, a la punta de la nariz, a las manos, a los ojos, mojándome de vida. Yo quería irme con la lluvia, pero cuando comprendí que ella no me quería llevar, me levanté. Caminé hasta la acera. Ahí me quedé viendo cómo el charco de colores, que bajo las luces de la mañana brillaba como el reflejo de un arcoíris sobre un vidrio mojado, se iba rodando en medio del agua de la lluvia, buscando llegar al mar.

2 3 4 5 6 7 8
E R T Y U I
D F G H J K
X C V B N M

Reglas para no escribir

Estefanía León

Debo escribir un cuento. El anterior que envié como requisito de la convocatoria no me gustó o yo no le gusté a él o quizá solo necesitemos un tiempo para que él experimente con otros autores y yo con otros cuentos. Me ha pasado desde que se me ocurrió la rara, por no decir pretenciosa idea de ser escritora, o mejor, de escribir: medio pienso que he escrito algo, lo dejo en remojo un buen tiempo, lo releo y lo abandono de la vergüenza que me da. Así ha sido desde los quince y empeora ahora, nueve años después, sentada junto a la ventana del avión que está por aterrizar en Cartagena. No es cualquier vergüenza, sino de esas que quieren convencerme de a poquitos de estudiar otra cosa más rentable y menos complicada, porque el texto más trabajado resulta ser un chiste a fin de cuentas.

Por eso me sorprende todavía la petición de mis profesores de la U de representar a la carrera de Estudios Literarios y prácticamente

a la institución entera en la primera convocatoria de este programa de jóvenes escritores en el que soy partícipe. Que por qué me escogieron a mí si hay otros que escriben más bonito y hasta mejor, con buenos personajes, buenas historias, buenas descripciones, pues yo diría que me ayudó haber ganado hace tres años el Concurso Nacional de Cuento. Que por qué me lo gané, sabrá Dios, yo no. Aquel cuento sin muchas expectativas le terminó gustando a mi mamá, quien, tras leerlo a escondidas, insistió en que lo mandara a ver qué pasaba, y pasó que gané sin saber la razón, y cuando lo publicaron les gustó a mis amigos y a mis profesores, quienes por reconocimiento me postularon a esta convocatoria. Cómo decirles que no, escojan a otro, vean que los hay más duchos, si me lo pidieron con esas sonrisas llenas de dientes y esos ojos casi al borde de las lágrimas. Cómo negarme, si hasta me prometieron un almuerzo bien elegante con los directivos de la facultad al regreso de mi viaje para que les cuente cada detalle de mi gran experiencia, y peor, digo, mejor, que les lea el cuentazo que seguramente escribiré en el taller.

A uno le pica la vanidad en estas situaciones, pero la vanidad no tiene que ver con la buena escritura. De pronto ese es el motivo por el que rechacé el cuento que presenté para la convocatoria y la razón por la que ahora permanezco en blanco, como vegetal, al tener que escribir otro. Lo que ya no deja dormir es el aguijonazo de saber que uno escribe sin mover los cimientos de la realidad, como lo dijo algún escritor cuyo nombre no recuerdo. Y aquí es cuando me digo que en literatura nada se puede dar por sentado porque su misma naturaleza es incierta.

Llego a la Heroica con la cabeza revuelta pero lista para absorberlo todo como una esponja y el corazón a la espera de alguna historia que me lo robe. Pero la historia debe ser valiosa, porque cualquiera escribe cualquier cosa y el escritor escribe lo vital, o esas fueron las palabras de ánimo que uno de mis profesores me envió por correo hace una semana. Esta noche, en el aeropuerto Rafael Núñez se respira un aire salino, ardiente, que me tapona los pulmones. De repente imagino en mi lugar a un bogotano de pura cepa, uno de esos

ejecutivos bien vestidos al que le disguste el calor pero deba quedarse por su trabajo y conozca a una costeña de la cual después se enamore y, un momento, eso ya es una telenovela, para colmo muy famosa, ni modos, ni vital que fuera. No me imagino leyéndoles eso a los directivos después del almuerzo en mi honor.

Mejor me dedico a observar la ciudad silenciosa mientras el taxi llega al hotel. El mar, las murallas, los callejones empedrados, bien, todo puede servir como paisaje, aquella atmósfera nocturna salpicada de festividad, de aromas ácidos, de fantasmas y música que se ha apagado. Tengo que anotarlo, no sea que se me olvide, aunque es imposible mientras siga apretujada entre los cuerpos de los otros aspirantes. Por fin llegamos. Cada quien se registra, cada quien se encierra en su habitación. El vuelo, el trayecto y el aire pegajoso me han dejado molida, solo con la fuerza necesaria para cambiarme, llamar a mi mamá, asegurarle que me fue divinamente en el vuelo, recibir sus ánimos por enésima vez, darnos las buenas noches y tumbarme sobre el cubrelecho de estampado de rosas.

Ya es mañana y no puedo anotar ni una letra porque, según el programa, debemos asistir a un café. Nada más salir rumbo al restaurante, el sol me da en plena cara. Otra vez me cuesta respirar. Quizá la historia del bogotano asfixiado de calor no sea tan mala idea, pero qué, qué va a decir de importante, qué le va a interesar a nadie, a todos nos ha pasado. El restaurante es bonito, "con clase" en palabras de mamá. De pronto sirve de lugar ideal para dos personajes que se reencuentren luego de mucho tiempo, pero nada más pensarlo me aburro con la escena. Cuántos no se han cruzado, cuántos no han vivido reencuentros emotivos y cuántos no estamos fastidiados de tales situaciones. Nada nuevo.

Qué pasa, no consigo imaginar nada, menuda vergüenza. Si no me aparezco con el cuentazo del siglo XXI que eleve más allá de las nubes la reputación de mi carrera y de mi universidad, bien puedo olvidarme del almuerzo elegante. Lo raro es que no veo a nadie demostrar la menor pizca de preocupación.

Antes bien, el resto de los participantes mantiene un aire de frescura mientras salimos del restaurante y nos dirigimos a la sede

donde se realizarán las sesiones de escritura. Algunos andan a paso lento, observando las calles empedradas y los muros de colores; otros incluso hablan de cómo se postularon a la convocatoria. ¿Por qué están tranquilos? ¿Será que tienen pensada una excelente historia y solo esperan el momento de presentarla a los demás? ¿O es que confían tanto en su talento como para escribir un buen cuento en pocos días? En el transcurso de la primera sesión, el nudo de mi estómago se afloja y aprieta a intervalos. ¿Y si me preguntan sobre qué he pensado escribir? No soportaría las miradas de mis compañeros ni mucho menos quedar grabada en el video de la sesión. Pero nadie me pregunta nada, sino que nos dejan de tarea para mañana "encontrar una historia y pensar cómo escribirla", sea lo que sea que signifique eso. Mientras almuerzo con unos compañeros que charlan animadamente, el aguijonazo escala a un nivel plus. ¿Qué tal que los decepcione a todos por no encontrar la historia? ¿No que soy la supuesta representante de la U, de la carrera? ¿Es esto lo que represento?

Vale, tranquila, es el primer día, seguro encuentro a la susodicha durante los que faltan o incluso esta misma tarde mientras asistimos a las charlas del Hay Festival, donde se presentan Petros Márkaris con Juan Esteban Constaín a las tres y media en el Teatro Adolfo Mejía, y luego Laurent Binet con Felipe Restrepo Pombo a las cinco y media en la UNIBAC, supongo que correremos hacia allá bajo el sol picante, y por último Juan Villoro con Héctor Abad Faciolince a las siete y media. Qué va, tampoco me sonríe la suerte al escucharlos ni mucho menos he encontrado ninguna historia. He entendido lo que han dicho en las charlas, pero no me sorprendieron con nada nuevo. Debe ser que la musa me castiga con su silencio, con la nula inspiración. O tal vez yo no encuentro las historias sino ellas son las que deberían encontrarme a mí, y con tanto corre-corre no lo han logrado. Aunque claro, es inútil explicárselo a mi mamá o a los amigos que me llaman como las diez de la noche a preguntarme qué tal estuvo el día, cuántas páginas llevo escritas e insistirme en que debo esforzarme mucho más, por supuesto sin olvidarme de tomar fotos con todos los famosos con los que me cruce.

Medio parecido transcurre el segundo día. En lugar del café, asistimos a un desayuno junto con otras personalidades en un hotel lujoso que solo tiene siete habitaciones. Tremendo escenario con los manteles inmaculados, los uniformes impecables de los empleados, el sonido relajante de la cascada de la piscina, las risas de los que hablan inglés y los que hablamos español, los panes de hojaldre, los que vienen rellenos de chocolate, los tres tipos de jugos que nos sirven a nuestro capricho. Qué buen ambiente para inspirarse, pero sigo sin ver la historia, en parte, lo confieso, me llama más la atención comer que encontrarla. Aparte tampoco hay mucho qué contar sobre los lujos del hotel, a nadie le es de vida o muerte conocerlos. Claro que eso no lo diría mi mamá, a quien le encantan los ambientes refinados y estaría más que orgullosa de verme aquí sentada. Al observar a mis compañeros mientras terminan sus platos y charlan entre ellos o con algún escritor invitado, me pregunto si sus familiares o amigos les han dicho lo mismo que a mí: que el cuento, que las fotos, que los contactos, que aproveche. ¿Se sentirán tan cómodos en este desayuno tal y como lo aparentan? ¿Será porque de verdad tienen preparadas sus historias? De ser así, ¿en qué momento, con tanto corre-corre y conferencias, fueron capaces de encontrarla y, aun peor, saber cómo escribirla? ¿Cuándo y cuántas páginas habrán escrito? ¿De qué calidad serán? Mordisqueo un pan relleno de chocolate sin saborearlo en absoluto, recordándome que el único tiempo libre del cual hemos dispuesto es desde que salimos de la última conferencia anoche, alrededor de las nueve, y que invertimos en cenar comida rápida de los puestos ambulantes además de dar un pequeño paseo por la ciudad

histórica. ¿Acaso trasnocharon escribiendo, cosa que yo no pude debido al cansancio?

Terminado el desayuno, con el estómago lleno al límite de reventar, vamos a la segunda sesión de escritura con el escritor invitado: Rhidian Brook. Creo que a estas alturas el calor me ha rostizado la parte del cerebro que me permite entender el inglés, por lo que prefiero preguntarme cómo hace esa señora que oigo en el audífono para traducir tan rápido y tan correcto todo lo que dice el escritor, hasta las muletillas, qué mujer fascinante. Rhidian nos presenta su guion sobre la película basada en su libro El día que vendrá, el cual nos lo regaló el Consejo Británico para que lo leyéramos antes de este viaje, y también de otro proyecto titulado Africa United con sus respectivos videoclips. Los leemos y revisamos en equipo, nos pide opiniones de su trabajo y nos cuenta cómo llegó a escribir el libro y la dificultad de trasladar la palabra al cine. Cuando nos hemos tomado fotos con Rhidian y obtenido su autógrafo, nos vamos de excursión por las calles coloniales y las murallas para facilitarnos la búsqueda del escenario y de los personajes.

Empiezo a ver verde de lo llorosos que están mis ojos por la luz y el aire estático, pero anoto lo poco que veo: Plaza Constitución, árboles, niebla, lejano, irreal, mañana siguiente, solo esperan, viajan pocos, valla de madera, andén. Lo tacho. Qué diablos es esto que escribí. Lo súper tacho. Mis compañeros toman más y más notas, sin tacharlas. Algunos se quedan mirando una casa de estilo colonial, otros giran la cabeza en distintas direcciones, pero todos, a la larga, terminan escribiendo algo en sus libretas. Hay quienes rellenan páginas enteras. ¿Por qué? Trato de acercarme y echar disimuladamente un vistazo a sus apuntes para darme una idea de las cosas en las cuáles se han fijado, aunque me resulta difícil porque escriben deprisa, con letra ilegible, y se mantienen en movimiento. Cuánto me gustaría detener a cualquiera y preguntarle qué ha anotado, pero ¿qué tal que se dé cuenta de lo que he tachado y me lance una mirada de lástima? No, mejor continúo con el siguiente punto de la tarea: los personajes que deben ser creados a partir de gente con la que me cruzo. Garabateo: mujer de piel blanca, cráteres de

acné, belfa, ojos negros, gafas de plástico, chiquita, saco morado de lana con rayas verdes y blancas –en serio es un saco de lana en plena Cartagena–, más jeans y sandalias a punto de romperse.

De pronto funciona. ¿Qué habrán descrito mis compañeros? Los veo tomar tantos apuntes con sus expresiones concentradas que no me cabe duda de que han perfilado personajes geniales, mucho más complejos y sugerentes de los que yo podría crear en este pequeño rato de excursión. ¿Tendrán más de dos? Debo apresurarme a encontrar el segundo. Sigo anotando: hombre por ahí de cincuenta, piel oscura, medias azules, flaco que se le perfilan los huesos, camiseta con el tricolor de la bandera, gorra rosa pastel, y tengo la sensación de que mis descripciones no apuntan a ningún personaje. No tengo la menor idea de qué más hacer, y el ver que los demás guardan sus libretas, seguramente porque ya habrán anotado todo lo necesario, mientras charlan entre ellos de temas al azar, como si la tarea les hubiera resultado sencilla, me hace saborear la bilis en la boca de la garganta. Aguijonazo *intensifies*. Lo que sea que hayan escrito será mejor. Cualquier cosa es mejor. La perspectiva de decepcionar a todos se acerca a medida que transcurren las horas sin escribir. Bueno, qué más da, tarea de recopilar datos cumplida, supongo.

Por la tarde se repite el ciclo del día anterior, aunque con el sol y el aguijonazo más despiadados: charlas con intervalos de una hora, las cuales no sé si pasan lentas o rápidas entre el calor y la búsqueda incesante de alguna escena, algún personaje que sí sea interesante, no quiero conformarme con los otros, cómo quedaré ante mis compañeros, los del programa estarán filmando mi fracaso, la reputación de la universidad caerá en picado, mamá, perdóname. Pero a ver, cómo voy a escribir si tengo que ir para allá, venir para acá, correr a comer, correr a dormir, correr, correr, correr, cómo voy a pensar en una historia y dejar que me posea como debe poseerme. Se añade al aguijonazo el ingrediente explosivo de la noche: migraña. Y qué importa el dolor, toca encontrar la historia. Entre tanto busque y busque me quedo dormida, casi en coma, por allá a las nueve de la noche, no en el hotel, sino al comenzar la obra de teatro que debemos ver, una

última actividad añadida como para no desaprovechar el Hay Festival. Los aplausos me despiertan. Qué mal, medio alcancé a escuchar que el actor mencionaba al magnífico Pessoa, pero por muy joven que mi cuerpo sea, también se agota. Empiezo a sospechar que quienes organizaron el programa no pensaron en ese detalle.

En el hotel casi me duermo sin cepillarme los dientes. No reviso el celular, de hecho prefiero no saber si alguien me ha llamado en el transcurso del día, ni siquiera si se trata de mamá. Todo me pesa, el cerebro rostizado, el gigantesco dedo acusador de mis futuros decepcionados, el aguijón que me talla las letras del fracaso en el estómago y la ausencia de alguna historia. ¿O será que exagero? Pensándolo bien, es más probable que mis compañeros también estén buscándola en lugar de tenerla preparada, pues ellos tampoco han dispuesto de mucho tiempo en estos dos días del taller. Al fin y al cabo se han mostrado muy tranquilos y felices, como si estuvieran de vacaciones. ¿Se tomarán en serio el taller o será que yo me preocupo demasiado por algo que no lo merece? Prefiero no confiarme mucho, no vaya a ser que después aparezcan con no sé cuántas páginas perfectamente escritas y yo todavía no sepa por dónde empezar. Antes de quedarme profunda, a regañadientes me prometo relajarme lo más que pueda, como mis compañeros. Creo que es cuestión de salir a respirar, a observar, dejar que los sucesos se conecten entre sí naturalmente para tener una buena pista. Mañana será el día.

La tercera sesión de escritura con el otro escritor invitado, Ed Vulliamy, empieza más tarde, a las diez, tiempo que he invertido en recuperar energías. Entrevistas y fotos van y vienen, aunque lo chévere es el consejo acertado, muy acertado, de escribir sobre nuestro contexto, nuestras violencias, nuestro país. Ed se dedica a defender el humor como una estrategia de escritura, el atrevernos a reírnos de cualquier tema sin que implique la muerte de nadie, y a pesar de que yo tengo mis reparos, porque sí opino que existen límites en los que el humor no es humor sino burla, ay, Ed es tremendo. Nada enternece más que verlo con el mamotreto del diccionario de la RAE en las manos, el rostro y los ojos rojos, rojísimos

como se les ponen a los extranjeros blancos en Cartagena, mientras se frota las mejillas y habla con esa pasión que le impide decir ideas de corrido. Al final le escribimos dedicatorias en el diccionario, esa herramienta que él nos ha pedido tener a la mano y dormir con ella de ser posible.

La ternura no logra asfixiar el aguijón. Con cierto terror imagino la recepción que habrá en la noche. Tantos mimos finos que nos dedican y nada que consigo producir, digo, crear. Los otros, obvio que sí, fijo habrán escrito sus cuentos. Estoy segura. He visto de lejos sus cuadernos y, para ser realistas, han utilizado más hojas de las que hemos necesitado para los apuntes del taller. Debe ser por eso que hablan tan entusiasmados de la recepción de la noche, claro, porque cumplieron su trabajo. El aguijonazo me pincha tanto que vuelvo a saborear la bilis que sube y baja por mi pecho, a la par que un hormigueo doloroso me recorre las manos frías. Me retuerzo los dedos y trago saliva varias veces. Qué decepción de aspirante soy, de alumna, de amiga, de hija, de representante. Y antes del cóctel, asistir a más charlas inagotables. A correr del Adolfo Mejía hacia el Centro de Cooperación Española, y luego a la UNIBAC, y de ahí en taxi al hotel porque a pie no llegamos ni soñando, cambiarse, peinarse, ponerse medianamente bonito y al Palacio de la Inquisición. Escribir, para qué.

Tras una hora de jugos y pasabocas de pollo en el cóctel "de dedo parado", otra expresión de mamá, algunos nos vamos a caminar por las murallas. Por un lado, quisiera correr al hotel a sentarme a escribir lo primero que salga, solo por tener algo qué mostrar mañana; por el otro, me digo que debería aprovechar el paseo nocturno y fresco para relajarme tan siquiera un poco. Mi mentalidad bogotana me ha hecho llevar tacones, ya sé, me veo ridícula, me lo insinuaron mis compañeros, que se rían lo que quieran, pero no cambio por nada la sensación de libertad y descanso que me da al quitármelos y caminar descalza, como debería haber hecho y no pude los días anteriores. Pero hay algo más. ¿Luego no es un sueño, a veces un recurso romanticón, lo de andar descalzos por la playa? Quitándome los tacones, también me despojo

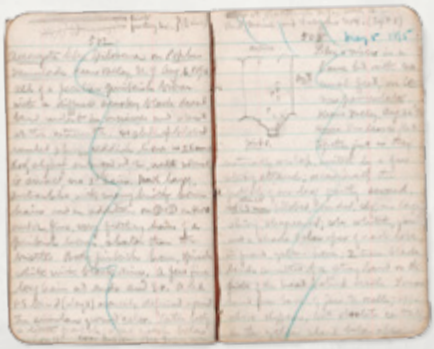
de la presión que he cargado en este viaje. Me dedico por entero a la experiencia, a los sentidos, al juego de siluetas humanas en las murallas y las fotos divertidas. Me detengo a respirar. No estoy escribiendo, pero hago algo muy parecido: vivir el momento. Estas pequeñas vivencias son los detalles en los que percibo atisbos de vitalidad y experiencias, si bien íntimas, también universales. De pronto, durante el paseo por lo alto de las murallas observo el mar, su superficie mezclada con la noche, y me doy cuenta de que no es el mar ni la noche lo que veo, sino la negrura sorda, absoluta, que me despierta la inquietud atávica a la oscuridad y a lo desconocido, que me recuerda de un chispazo la insignificante humana que soy, lo diminuta que es la ciudad iluminada.

Y es cuando la veo. Veo la historia. No solo la veo, la siento en cada fibra viva. Su revelación dura lo que un latido, suficiente para enmudecerme y experimentar una urgencia loca de escribirla enseguida, como si debiera exorcizarla. Es tan obvio, ahora lo comprendo: ha estado oculta durante todo el viaje, incluso durante toda mi vida, a la espera de su momento indicado para manifestarse con su propia forma, con sus propias palabras. No puedo ni quiero pensarla por temor de que me abandone, como les he escuchado a mis profesores poetas que les sucede cuando un poema se les revela de repente. A duras penas soy consciente de mis compañeros y nuestro rumbo al hotel, de la fecha que es hoy, de la ciudad en donde me encuentro, de la universidad donde estudio y del programa de escritores en el que participo. Soy mucho más consciente de lo irrelevante que es todo aquello, pues lo único realmente importante es escribir.

Amanezco el último día con la impresión de flotar. Sobre la mesa de noche está mi libreta con el bolígrafo metido entre las páginas medio arrugadas. Sé que no he dormido más de dos horas, aunque siento ligeros mi mente y mi cuerpo, como hechos de espuma y vapor. Vuelvo a ser una esponja, pero sin corazón. Me lo he extirpado sin darme cuenta al escribir, lo que significa que el texto es el que tiene vida propia, como debe tenerla la literatura, y es del todo superior a mí. He creado el verdadero cuento del siglo XXI tras

buscarlo encarnizadamente y ganarme el derecho de ser su autora. No me cabe ninguna duda, como no le cabrá a nadie cuando lo lean. Me abstengo por respeto, incluso miedo, de tocar el cuaderno, de modo que prefiero alistar maletas para el viaje de regreso y dejar todo ordenado en la habitación. Que no se quede nada. Reviso una última vez el bolsito de mano antes de bajar a desayunar: sí, celular, libreta, esfero, pañuelos, dinero. Cuando todos terminamos de comer, nos vamos con nuestras maletas a la sesión final de escritura, donde hay más fotos y tips narrativos.

En cada minuto espero la orden de mostrar los textos. Más bien, de mostrar el mío. ¿Será la actividad final? Espero, aunque solo hay una avalancha de tips y tips y tips, nunca los cuentos. Al fijarme más de cerca en los cuadernos de mis compañeros, noto que algunos los abren para dibujar. Son dibujos, no letras ni tampoco una historia. Disimuladamente, los miro uno a uno. No todos dibujan, pero sí lo han rellenado tan solo con las notas del taller. ¿Y sus cuentos? No sé. O quizá sí sé y no quiero admitir que no han escrito más que los tips y las tareas. Aun peor, lucen tan despreocupados como a lo largo de este viaje. ¿Qué pasa? Me concentro en la profesora como si con mirarla pudiera saber qué piensa. Ella se limita a hablar de la dosificación, de la estructura, del perfil de los personajes. Transcurren los minutos, mis manos se crispan sobre la libreta cerrada. ¿En verdad nos pedirán los cuentos o qué, qué es lo que vamos a hacer, qué planean? La profesora sigue hablando, los demás siguen dibujando o escribiendo. Cuando segundo lo siento en la palpitación de mis sienes, hasta que me parece oír el bombeo de la sangre detrás de las orejas. Se demoran demasiado en empezar a leer. ¿Por qué? No tiene sentido, vamos a perder el vuelo y no me atrevo a interrumpir la explicación de



la profesora, qué tal que por andar de metiche me pida ser la primera en leer y ser criticada, aunque dudo mucho que mi cuento tenga alguna falla. Algo me dice que su perfección va más allá de cualquier comprensión y que merece un mejor lugar y público para darse a conocer en todo su esplendor, pero debo conformarme con los actuales. Pensándolo mejor, sería bueno que yo iniciara el ciclo de lecturas, porque entonces mi cuento impondría el nivel de calidad por las nubes.

De pronto, la profesora pide la hora. Alguien se la dice y ella da un pequeño brinco que la endereza en el asiento. Listo. Ahora sí es cuando va a decir que socialicemos los cuentos, uno por uno, en voz alta, y escuchemos las críticas de los demás, que para el mío serán casi inexistentes. Lo sé, ha llegado la hora. La observo sin pestañear. Ella permanece silenciosa un instante y al siguiente manifiesta que fue un placer trabajar con nosotros y espera volver a vernos muy pronto en Bogotá. No entiendo de inmediato. "Fue un placer", "volver a vernos", ¿qué quiere insinuar? Ella habla tan rápido que, por tratar de seguirla, casi no le presto atención cuando asegura que compartir con nosotros fue maravilloso, que espera vernos desarrollando los cuentos en nuestras casas y que por lo pronto nos la hayamos pasado muy bien en el viaje, dado que era más para divertirnos y aprender que para escribir.

Mientras los demás asienten o sonríen, yo no puedo moverme. Claro que he entendido bien. Lo entiendo tan, tan bien que la sangre palpitante detrás de las orejas me ensordece con un ruido de tambores y mis manos, que tiemblan como arañas nerviosas, aferran la solapa de la libreta para no saltar descontroladas. Porque, claro, todo encaja. La agenda apretada no era tan apretada, las horas libres eran verdaderamente libres, mis compañeros relajados tenían completo derecho y deber de andar relajados, mi madre y mis amigos estaban en lo cierto al encomendarme las fotos con los famosos y dedicarme a cultivar contactos. Es tan obvio, como siempre lo fue, que jamás esperaron de nosotros, de mí, la creación de un cuento sino apenas las primeras intuiciones, los primeros atisbos, y que la presión de mis conocidos, tal vez, no

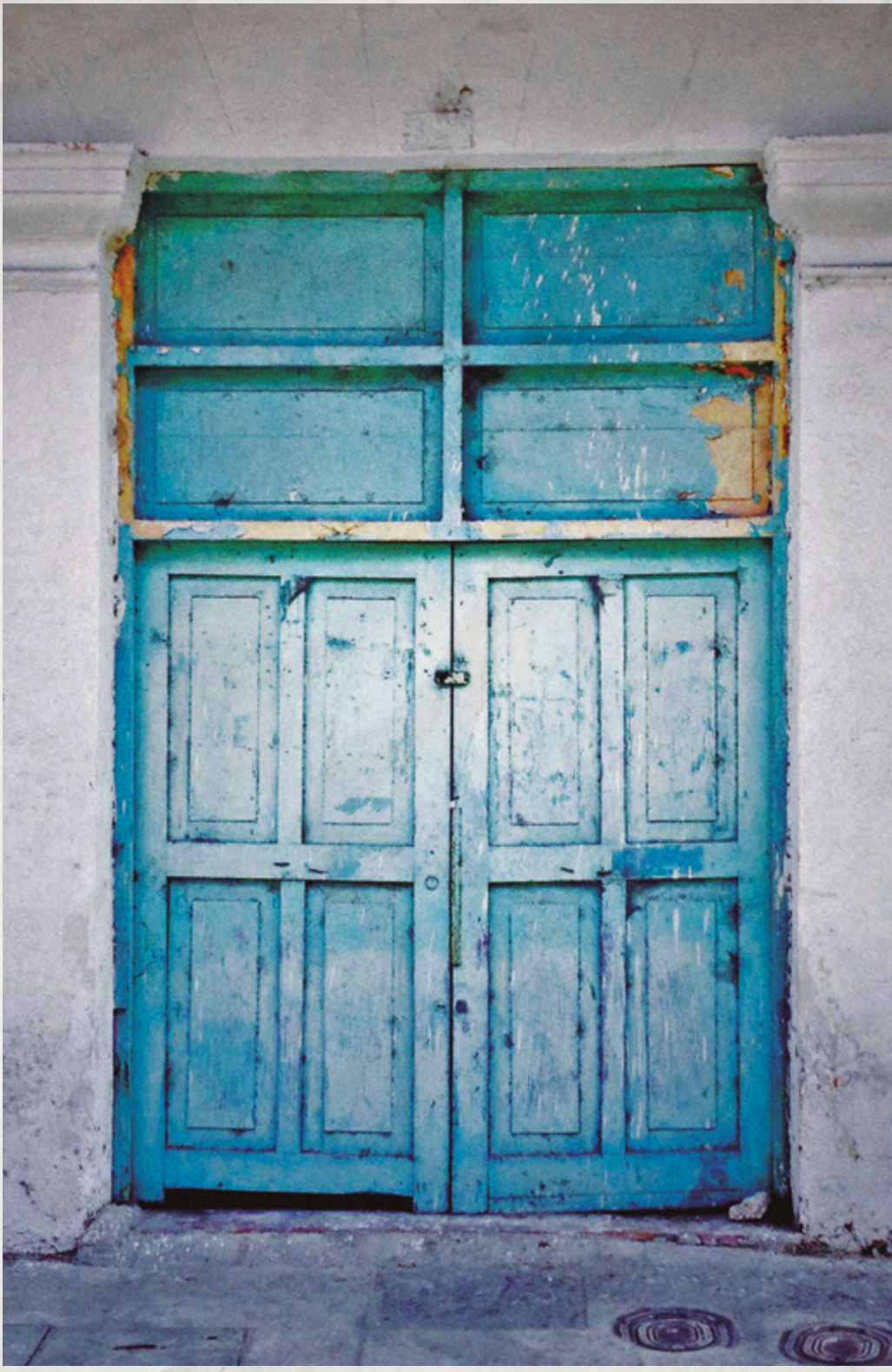
era presión sino ánimos, no tanto de escribir, sino de "pasarla muy bien" en medio de los cócteles y los famosos. Y resulta más que obvio, tanto que nunca lo vi, el hecho de que todos lo daban por sentado desde el principio.

Mis compañeros se levantan para coger sus maletas. Al parecer ha acabado la última sesión del taller. Ya me puedo mover, pero no lo hago por temor a que la rabia me descontrole y termine desquitándome en presencia de los demás. No se trata de haber desaprovechado el cóctel ni las risas ni las fotografías ni los panes de chocolate, sino de que nadie sabrá del cuento que me ha martirizado como el mismo infierno y que he escrito en esta libreta que mis manos retuercen, y de que tampoco le pondrán atención si me da por comentarlo, pues están saturados de recuerdos, de vínculos amistosos, de contactos, de selfies y fotos. A pesar de que mis allegados y conocidos me lo mostraron, me lo aconsejaron, me repitieron tantas y tantas y tantas veces cómo debía actuar, qué palabras decir, cómo sonreír para sacar la mayor ventaja posible, no para la escritura, sino para mí, solo pude comprender hasta ahora que les interesaba cualquier otra cosa excepto el cuento. Y así no se vale para mí. Ni para mi cuento. Los amigos, la familia, los conocidos, los del taller, ninguno le hará el debido reconocimiento al texto por el cual he empeñado mi vida y que he escrito en una libreta arrugada y medio rota, cuando debería estar exclusivamente publicado en una edición de lujo. Aquí no vamos a prosperar ni él ni yo y la única solución que veo al asunto es irme a buscar horizontes donde sí brillemos.

Las organizadoras del taller han llamado a los taxis para llevarnos al aeropuerto. No tardan en llegar, nos informan. Yo guardo la libreta en mi bolsito y alego que no me tardo, que voy un segundo a tomar las últimas fotos del mar, que me cuiden las maletas porque no me demoro nada. El sol, esta vez, me agrada con su luz cegadora y su calor pegajoso. Tan pronto llego a la playa me quito las sandalias igual que hice con los tacones e inicio mi caminata por el andén y el prado. No me creo que vuelva a sentir las rocas y la arena en las plantas de los pies, como tampoco me creo que esté

iniciando un paseo probablemente interminable, aunque un vuelo me esté esperando para encarcelarme en mi ciudad natal, en mi rutina, en la competencia y los chicaneos. Yo estoy muy por encima de todo aquello. Unos minutos después, mi celular timbra. Mamá insiste en llamarme, seguro porque está preocupada de que no le haya contestado anoche. Pues seguirá preocupada, como pronto lo estarán las organizadoras del taller, los profesores, los directivos, los amigos, qué le vamos a hacer.

De un impulso, arrojo el celular al mar. A cierta distancia de donde las olas espumosas se lo tragan, atracado en una pequeña zona arenosa de un espolón, atisbo un barco pesquero con un único pasajero trabajando inclinado en él.



Retorno

María Paula Maldonado

Levanté la bocina. Sagrario tenía la voz más débil de lo usual, como augurando lo temido.

–Joven Elías, es Sagrario, la muchacha de la seño Amalia.

Yo guardé silencio; ella repitió:

–¿Aló? Joven Elías, soy Sagrario la mu…

–Sí, Sagrario, la escuché.

–Ay, cada vez se le oye más diferente la voz. Ha de ser el frío –dijo, como por decir.

–Ha de ser, Sagrario –repetí.

Sagrario no podía tardarse en el teléfono, y al cabo de un intercambio de preguntas y respuestas, distintas a las de siempre, nos despedimos.

–Nos veremos mañana. Cuídese –le pedí.

Sabía qué debía hacer: empacar, buscar el primer vuelo a Cartagena, volver. Lo sabía, aunque mi cuerpo permaneciera sin reaccionar frente a la mesa del teléfono, hasta que algo como una gota helada apareció en la boca del estómago y se expandió hasta la coronilla y la punta de los pies, y una sensación indescriptible por lo esperanzadora me impulsó al armario de mi habitación para sacar la ropa. Sin embargo, la fuerza duró lo suficientemente poco y, temeroso de nuevo, como siempre, me detuve frente al computador con la lista de horarios de la aerolínea esperando mi elección, que no llegaba. Dejé todo sin ordenar y salí a dar un paseo, rogando que la noche llegara con rapidez y no tuviera que viajar tan pronto. Volví, organicé mi maleta, avisé en el edificio que me ausentaría, reservé

un hotel y compré el tiquete. Sentí náuseas, pero aun con el mundo asomándose por mi garganta tomé uno de los últimos vuelos, a las diez y cuarto de la noche.

Deseé incontables veces no llegar al destino. Una avería, un pasajero problemático, un repentino ataque al corazón o al avión, que eran lo mismo en ese instante, cualquier cosa que no pasaba. Fui preso del efluvio de innombrables sensaciones.

Me levanté impulsivamente y me encerré en el baño un par de minutos. A ratos temblaba, a ratos me costaba respirar. Sudaba todo el tiempo, pensar ni trataba. Empecé a incomodar a los pasajeros y me senté procurando calma. Intenté leer sin éxito, intenté vomitar sin éxito, intenté no llegar, sin éxito.

Fui el último en bajarme. Había apretado las manos contra las piernas y las piernas contra la silla, como queriéndome adherir, con tanta fuerza que, una vez aterrizó, me costó volver a tener movilidad y control de mí mismo. Disfruté volar tan poco como volver. Tomé un taxi que me llevó hasta Casa Venecia, un hotel percudido a una cuadra de las murallas. Agradecí haber llegado a la medianoche y a ese lugar, para no tener que cumplirme los impulsos nocivos de salir a recorrer lugares que no me esperaban. Quise dormirme y no lo logré. Un escalofrío me sacudió ante la idea de que se hiciera de día pronto; de volver a ver, como quien ha dejado de ser ciego, un mundo perdido. El esfuerzo de calmarme se derretía en el calor de la habitación. Me tendí en la cama resuelto a no entender nada y a desmoronarme, y con el sopor invadiendo mi cuerpo y la humedad por colchón, me fui quedando dormido hasta que amaneció.

Preso de la ansiedad, me alisté y salí. Caminé lento, con la intención de prolongar en lo posible el momento de mi llegada. Recorrí las calles, calentándose apenas. Subí por la avenida Venezuela para entrar por la Torre del reloj y entre calles llegué a la Gastelbondo. Todo tan desconocido para mi recuerdo juvenil y aun así tan familiar como si no me hubiera ido nunca. Fui hasta la muralla, la fortaleza de la niñez que hacía creernos dueños de toda la ciudad, y mientras lo hacía podía verme caminar mis pasos y oír mis risas. Las manos, al igual que el resto del cuerpo, me sudaban sin reparo. El

viento, tan distinto al de la capital, soplaba con fuerza y traía ese sonoro golpeteo de las olas a mi cabeza, como si se estrellaran en mí. Volví a sentir náuseas. Me alejé de la muralla y continué el camino, perdiéndome entre aceras que vi al crecer. Las calles y los vecinos, arrugados ambos, como las líneas sobre la arena húmeda recién abandonada por el mar, no me daban la bienvenida. No era que la esperara tampoco, pues volver después de casi treinta años no hacía las cosas más claras, a decir verdad; aun volviendo hecho un hombre, no el más maduro, ni el de mayor experiencia, pero un hombre, un adulto atravesado por la vida. Antes de salir del hotel me aferraba cual niño inocente a la idea de que mi regreso me traería un poco de claridad, un poco de tranquilidad, pero no era esa la manera como el Caribe recibía a su hijo perdido, más perdido cada vez. Seguí andando, fundido con el mareo que era volver y, arrastrado por esa intuición del pasado, llegué sin saber.

Respiré. Apreté los puños y respiré. Tomaba bocanadas de aire que me hacían hinchar el pecho y sentir presión en la cabeza, las soltaba, recuperaba el ritmo y volvía a aspirar el aire caliente. Estaba en la acera contraria y de frente a la angosta puerta de madera desvencijada de la escuela de música. La vieja escuela de música. Me quedé mirándola durante algunos minutos, absorto.

Esa antigua casa ubicada a una cuadra y media del mar, franqueada por las murallas, se detuvo en el tiempo hace más de treinta años. La puerta pequeña siempre abierta, que recibía en el día a todas las personas que tomaban sus clases, dejaba escapar infinitos sonidos que inundaban las calles cercanas y ante los cuales las personas detenían sus actividades para escuchar lo que, más que agradable, era como agua para los cuerpos áridos, como recordatorios de la vida a través de las notas. Pero ahora, a pesar de que el sol inauguraba la mañana sobre las calles, la luz parecía evitar posarse sobre esa casa en particular y se sentía, o sentía yo, un aire sombrío cubrir la fachada.

Estaba impávido ante la casa mientras veía los techos asolados por el abandono y el viento, los ventanales cerrados desde el interior y los balcones fracturados y heridos de gravedad. Y las bisagras oxidadas, la pintura desvistiendo la pared, la puerta resistiéndose,

no sé bien si a la vida o a la muerte. Imaginé el interior de la casa, de mi vieja casa, y una corriente de calor y frío en mi cuerpo recibió a la imagen y, acto seguido, un temblor me recorrió haciéndome mover hacia la puerta. Aguanté la respiración y el temblor me llevó hacia la entrada.

Golpeé dos veces la puerta con el pesado aldabón de un siglo. Las ligeras pisadas de Sagrario se escuchaban bajar por las escaleras y el gruñido de la puerta al abrirse me hizo retroceder. La luz chuzó la oscuridad y el rostro de Sagrario apareció a medias entre la puerta. Su cara me recibió con un gesto de sorpresa, alegría y alivio. Pase, joven, dijo mientras escondía su cabeza en la sombra y terminaba de abrir el portón. Suba las escaleras y ya le indico, joven Elías, me pidió. Las escaleras estaban cubiertas por sábanas de arena y polvo. Cuando recién nos mudamos yo tenía nueve años y esos peldaños me provocaban terror. Hoy estaban de la misma forma, crujientes y oscuros. Mi mamá me ponía a caminar frente a ella y hacía sonidos a mis espaldas, pa' que sea varoncito, como su padre, decía. Amalia, mi madre, se limitaba a tomarme fuerte de la mano o darme palmaditas en la espalda, pero evitaba mirarme a los ojos. Sus advertencias estaban siempre cargadas de violencia y sus palabras de ánimo eran, en el fondo, de reproche o resignación. Ambos habíamos perdido a mi padre a causa de nuestra existencia. Con mi nacimiento, la salud de mi madre había empezado a debilitarse al punto de serle imposible salir a trabajar. Mi padre, músico por pasión, era pescador en ese entonces; sin embargo, los esfuerzos que realizaba parecían ser insuficientes para atender los cuidados míos y de ella, y tuvo que conseguir trabajo como obrero en una construcción por Bocagrande. Mi madre, cuando se sentía mejor, intentaba tejer y vender piecitas entre sus conocidas sin que eso sirviera para mucho y sin poder hacer más. Las monedas que costaban días duraban un parpadeo y gastarlas era un acto crucial, porque cada peso invertido en mí era un peso que no iba a la salud de ella y viceversa. La mala pinta de la situación y la presión apretando el cuello de mi padre lo distrajeron de su trabajo al punto que un día, cuando mi madre estaba muy delicada y yo muy insoportable, según cuenta ella, mi padre salió con

la no tan falsa convicción de que encontraría la manera de acabar con sus problemas. Un anhelo desatento, un mal paso en el andamio y un golpe contundente nos privaron de su presencia. Yo cumpliría cuatro años en ese entonces, y mi madre, con el alma rota, empezaría a pensar en mi nacimiento como la fuente de sus problemas, como la causa de que mi padre muriera, y empezaría a olvidarse de ella como madre y de mí como hijo suyo.

A raíz de eso, lo poco que podía haber quedado en mí de mi padre fue condenado a la desaparición, puesto que ella, en medio de su incisivo resentimiento hacia mí por creerme culpable de su soledad, restringió y quitó de mi alcance cualquier acercamiento hacia él. Porque si ella no podía estar más con él yo tampoco podría, en ningún sentido. Y no pude crear para mí un recuerdo ni conservar una foto de mi padre ni preguntar a nadie por él, porque nunca recibía respuesta. Pero aquella tendencia a negar para mí las mismas cosas que le eran negadas a ella pareció disminuir con el tiempo, sobre todo cuando empezó a compartir su vida con otro hombre.

Dos años después del duelo mi madre entró a trabajar en casa de un lugarteniente que había llegado de Medellín. Simón, hombre ingenuo, de noble corazón (no muy inteligente para las mujeres, aunque sí para los negocios), le prestó atención desde su arribo, puesto que Amalia, aunque sin clase y sin dinero, era una mujer de naturaleza sensual, o eso decían. El hombre se enamoró de ella y al cabo de un año nos ofreció vivir en su casa y tener una señora a nuestro servicio: Sagrario, mujer robusta, siempre calmada y de voz suave. Ni mi madre ni yo habíamos vivido mejor y menos tristes. Simón se había encariñado con ambos y mi madre había empezado a apreciarlo, a pesar de que al comienzo era la necesidad lo que la movía a acercarse a él. Con el tiempo la confianza fue en aumento y ella aprendió a manejar algunas de sus cuentas y a ayudarle con algunas labores de la casa; a mí tampoco me dejaba aparte y me llevaba con él a los pueblos cercanos a enseñarme de negocios.

–Tu madre me dijo que tu padre soñaba con que fueras músico –comentó una tarde, mientras caminábamos solos bajo la sombra de los árboles de su finca.

–Ah...–sentí el hilo de voz tropezar camino hacia la boca. – ¿Sí? –logré preguntar sin saber qué más decir. Mi madre se había prohibido mencionar a mi padre desde que murió y la pregunta de Simón había sido un golpe certero al pecho que terminó pasmándome y que no tenía otra explicación más que un incómodo cosquilleo en el cuerpo; sin embargo, él parecía no haberlo notado porque continuó.

–Sí. Me lo contó hace poco. Que tu padre nunca pudo ser músico porque tenía que trabajar para ustedes, pero que esperaba enseñarte. Que soñaba con verte como él nunca se pudo ver, como un maestro de orquesta –hizo silencio un segundo antes de continuar– pero creo que a tu madre no le simpatizaban mucho esas ideas.

Y enseguida empezó a tararear una canción, una de un ruiseñor que oí cantar una única vez a mi padre. La sangre se albergó en mis talones y fui en vez de piel un retazo de tela rasgándose ante el sonido. Simón me traía a mi padre sin saberlo. Algo en las raíces de mis nervios palpitó con furia y me sobrecogí extrañado ante la sensación. Iba a cumplir ocho años y estaba viviendo por vez primera un verdadero recuerdo de él.

La conmoción cambió algo en mí, y movido por una necesidad incomprensible empecé a sentir interés por la música y por traer de nuevo a mi padre a través de ese deseo. Simón seguía de cerca mi búsqueda y mi madre permanecía indiferente. Un día nos sugirió, en honor a él, recuperar una casa abandonada de la calle Don Sancho y convertirla en una escuela de música. Ahora que lo pienso, yo empecé a considerar la idea quizás por una suerte de impulso, por un querer encontrarle gracia a una vida que me sucedía, que a duras penas comprendía. Accedí, inocente y soñador, y mi madre no se pronunció más que con un estrepitoso temblor de cuerpo que ignoré.

Simón logró estar con nosotros cuatro años más, lo suficiente para ver la escuela de música funcionando, hasta que murió en un viaje a Bogotá. Había ido a raíz de mi insistencia en querer aprender a tocar el oboe, aquella flauta enorme llena de llaves y huecos que había visto en algún libro de orquestas de mi padre, y que me gustaba por su aspecto laberíntico; pero más porque la página tenía letras fantasmas sobre la foto, posiblemente de él, lo que me hacía

imaginármelo tocando el instrumento. Pero el oboe era imposible de conseguir en Cartagena, y mi capricho fue tal que Simón accedió a conseguírmelo con el compromiso de mantenerme juicioso en el colegio y en la escuela. Tuvo que viajar entrada la noche y supe que, antes de llegar a la ciudad, unos hombres lo abordaron en la carretera para robarlo y su resistencia le costó la vida. Aquella pérdida fue devastadora para mi madre quien, como por asociación natural, volvió a adjudicarme la mala fortuna que cargaba con mi existencia. Sobre todo después de que, a pesar de los esfuerzos de Simón por levantar la escuela de música, yo perdiera con su ausencia todo interés y empezara a dedicar mi tiempo al ocio absoluto, abandonando el ánimo por el colegio y la escuela. Porque empezaba a descubrir y sentir que aquella vida era algo que no parecía pertenecerme, y porque el intento de usar a mi padre como recurso para hacerme sentir mejor, y haber usado a Simón para conseguirme algún tipo de felicidad había perdido (de haberlo tenido alguna vez) todo sentido. Yo seguía siendo un niño que solo quería cosas, aunque no supiera bien qué. Y a pesar de que mi madre lo intentara con todas sus fuerzas, no podía sino culparme de su propia vida.; y a pesar de que se esforzara en sobreponerse a la tragedia, un enorme muro construido por su rencor se erigía ante ella impidiéndole el avance. Con dolor, ambos intentábamos despertarnos del mal sueño que era cada uno para el otro.

Esto lo vine a entender un tiempo después. Hasta el momento de la muerte de Simón, mi relación con mi madre había sido un ir y venir de reproches que olvidábamos al rato. Ella me toleraba y yo prefería no molestarla, pero después de que nos quedamos solos, la culpa depositada sobre mí solo hizo más grande la distancia entre ella y yo. Mi madre no soportaba verme cerca, y si lo hacía, le era muy difícil aguantarse comentarios que me hicieran saber que yo había asesinado a Simón con mis caprichos infantiles. Yo crecía como una planta con muy poca agua, como podía. Intentó mantener la escuela de música pero me privó de recibir clases y me convirtió, en cambio, en el encargado de los servicios generales. Trabajaba para ella, hacía lo que me pedía sin posibilidad y sin interés de rechistar. El resentimiento de mi madre fue conocido por todos los vecinos y pronto dejaron

de llevar a sus hijos a las clases. Los maestros renunciaron poco a poco, debido a las crisis nerviosas que ella enfrentaba cada vez más seguido. El mundo la fue dejando sola y la escuela de música, que pasaba por su mejor momento, empezó a irse a pique, al igual que la poca paz que había en nuestra relación. Todo, incluso el fracaso con la escuela, era para mi madre consecuencia de mi existencia. Para empezar, yo ni siquiera quería vivir de esto, me decía en las noches, antes de dormirse. Yo veía a todos irse de su lado e iba comprendiendo que ese ser, en vez de doblegarse, reconocer el dolor y permitirse sanar, se hacía una mujer dura y reticente al aprecio, a la compasión. Su pena crecía con su orgullo y nadie estaba dispuesto a luchar contra eso. Ni siquiera yo, que durante los cuatro años siguientes la acompañé con el deseo cada vez más débil de ver en ella una sutil grieta por donde el dolor pudiera escaparse para liberarla.

Vivir no era posible en la aridez de su presencia. Ningún lazo permanecía tendido entre ella y yo, y movido por lo que creo fue un instinto de supervivencia, me escapé. Sin pensarlo demasiado y a pesar del terror que sentía, supe que convivir con otro ser perdido de sí era más de lo que estaba dispuesto a soportar y me fui. Tenía dieciséis años y tan pocas certezas en mi cabeza como cosas en mi mochila. Juré no regresar y cumplí. Hasta hoy.

Conseguí que Sagrario me informara de ella, me dijera al menos que seguía viva. Le enviaba cartas a la casa de la vecina, la seño Carmen; Sagrario me daba respuestas cortas. Durante ese tiempo realizaba trabajos esporádicos, acarreando bultos o vendiendo en librerías viejas en el centro de la capital, y pagaba una habitación en una casa de familia humilde. Cuando pude darle un número fijo para que la seño Sagrario me llamara, nos empezamos a comunicar cada par de meses. Durante todos esos años intenté darle un nuevo sentido a mi vida. Olvidar el conflicto con mi madre, trabajar, tener proyectos o sueños o esas cosas que se tienen cuando se sabe lo que se quiere. Quería una buena vida, una vida decente, aunque no supiera bien lo que eso significase. Por eso había partido a Bogotá, sin pensarlo demasiado pero con la idea de que aquella lejana ciudad, tan opuesta en tanto al caldero en el que había crecido, representaría

el cambio, el verdadero cambio que buscaba. En todo caso, la sola emoción de la huida parecía darme lo que necesitaba, un nuevo aire, un aire heladísimo que me obligué a soportar. Aprendí solo a sobrevivir ante nuevas hostilidades y rechazos. Supe conseguirme un lugar para vivir y un trabajo para mantenerme con ropa y comida, y a pesar de eso, nada cambiaba demasiado conmigo. Sufría como muestra de mi tesón ante mi madre, como luchando contra ella, aunque lo ignorara. Protestaba en contra de su abandono, de su descuido. Mi vida se movía por dos necesidades básicas: por un lado, hacerle ver que estaba mejor sin ella, aunque no fuera del todo cierto y así ella no lo supiera; y por el otro, demostrarme a mí mismo que podía dirigir a buen término mi vida. Pero simplemente no era capaz de soltarla y seguía queriendo saber de ella casi por masoquismo, porque en el fondo no podía odiarla aunque la supiese la principal causante de mi vida mediocre; después de todo era mi madre, aun con su desdén hacia mí y su necesidad irrefrenable de culparme por nuestras desgracias. Y treinta años después, con la lista de fracasos por alfombra roja y sin saber satisfechas mis necesidades, volví hasta esta casa que no era, y que quizás no había sido jamás, mía.

Seguí a Sagrario hacia la izquierda y luego hacia la derecha, rodeando el patio de abajo. Antes de llegar a la siguiente esquina, viramos de nuevo a la izquierda por el único pasillo de ese lado. Me causó un horror de muerte ver que la poca luz que entraba por el medio de la casa, donde no había tejado, se acercaba a todos los rincones un metro cuando mucho, pero no rozaba ni siquiera la entrada a ese pasillo en particular. Sagrario se devolvió hasta donde me había quedado como estatua y me haló, con la suavidad propia de ella, la camisa. No reaccioné y me quedé ahí sintiendo cómo, después de tantos años de no haber vuelto a pisar esas maderas, ellas seguían invadidas de la misma energía, del mismo sopor denso que brotaba de mi madre cuando la vi por última vez. Aquel desagrado mezclado con la resignación que ella expelía, y la decepción, el odio y el rencor, habían sido las razones de mi partida y paradójicamente los motores de mi vida en Bogotá. Y quieto en ese lugar, podía entenderlo, pues estaba a tres pasos de volver a ver a la mujer que eligió por castigo detenerme la vida.

— Bogotá —

Sagrario abrió con sigilo la puerta y dio paso al lugar más iluminado de la casa. A la izquierda, por la única ventana que daba al patio inferior de la casa contigua, entraba una luz contundente. En el lado contrario, una cama grande de varillas de hierro oxidadas yacía en una esquina de la pared; y en la otra, un ventilador agitaba el pesado mosquitero que cubría la cama. Las paredes también tenían la pintura caída y en toda la habitación solo había una poltrona cerca a la ventana, donde Sagrario, una vez adentro, se sentó con las manos sobre el pecho, como si fuera a orar. La señora Amalia, mi madre, acostada de medio lado, mirando hacia la pared, se veía tan grande que, por el ángulo, parecía una cordillera abrazada por una sábana de nieve tersa, aunque sucia.

Un estrépito colmó el cuarto. Yo apreté el puño izquierdo y estiré la mano derecha hacia ella.

–Ma… ¿madre? –alcancé a pronunciar, mientras mi mano casi rozaba la sábana.

Cerré los ojos antes de ver respuesta. Estaba abatido por el pánico y el aire me faltaba en el cuerpo.

–¿Qué? –dijo, al cabo de un largo rato en silencio.

Fui arrojado de repente, como un ancla, al fondo de mí mismo, y en medio del vértigo por la caída lo supe: nada había cambiado; yo era un adulto de dieciséis años.

El doloroso andamio de mi vida por el que me paseaba torpe llevaba por nombre Amalia. Desde que había escapado de mi madre había construido mi vida a partir de la imposibilidad del perdón. Porque ella no me perdonaba lo que nunca había cometido y yo no la perdonaba por no hacerlo; y porque yo era incapaz de perdonarme y rehacer mi presente. Había erigido mi huida en torno a nuestra herida y me había ocupado de mantenerla abierta. Si mi madre moría, moría con ella mi vida (o lo que tenía por tal). No veía hacia qué dirección habría que dirigirme si ella ya no regía mi existencia; y aunque sobre la idea de su muerte flotara una suerte de sensación consoladora, como de la liberación de una pena, mi ser entero se resistía a considerar esta propuesta. No tenía la fuerza, nunca la tuve, de tener vida propia. Necesitaba la vida de mi madre para seguir sin poder vivir la mía.

–¿Qué? –volvió a preguntar.

–No sé –respondí con los ojos cerrados todavía.

–Pues ya ves, no me mató tu ausencia, no me dará más vida tu regreso.

Abrí la boca para intentar decir algo que nunca salió. Sentí las gotas de sudor pintarme la frente y la impotencia sacudirme el estómago. Abrí los ojos. Ella no había abierto los suyos ni se había girado hacia mí, y su voz parecía resistirse con orgullo a la extinción, sobre todo ahora que yo estaba ahí. Inmóvil, seguía muerta en vida. Miré de reojo a Sagrario, que mantenía sus manos unidas y los ojos fijos en la pequeña escena que mi madre y yo protagonizábamos, con una expresión lastimera. Mi cuerpo quiso soltar un sonido y yo se lo impedí. Cerré la boca y di la vuelta. Intenté sin éxito mantener la calma mientras salía de la habitación y bajé las escaleras con una torpeza mayor a la de siempre. Arrastrando el polvo bajo mis pies conseguí llegar a la puerta que forcejeé para poder abrir antes de que llegara Sagrario. La luz me cortó el rostro. Salí sin cerrar la puerta con dirección a la playa, pero empecé a dudar y a cambiar el rumbo en cada esquina que llegaba. Me detuve para tomar un taxi hasta el hotel. A tropezones entré en el cuarto y saqué mi maleta para empacar, otra vez. El perdón no habría de llegar. La justicia tampoco. Mi vida, como la había conocido, debía continuar como era, con ella, así no estuviera más.

Viaje sobre la piel

Omaira Sastoque

Hace tres años le prometí que el último viernes de enero estaría frente al Teatro Heredia, esperándola. Faltaba poco para el medio día cuando llegué a Cartagena.

Llevaba conmigo un morral en el que guardaba unas cuantas prendas, unos zapatos, una cámara, un libro y algunos regalos para ella, en especial una pulsera tejida en cumare por las manos de mis abuelos. Las mismas manos que habían moldeado en mí la vida.

Al salir del aeropuerto tomé un taxi y me dirigí hacia el hotel en el que solía hospedarme, el lugar donde habitaban los momentos sin palabras compartidos con ella.

Después de hacer las firmas en la recepción agarré las llaves, fui al cuarto y lo recorrí como quien llegaba de nuevo a casa; abrí la puerta que daba a un balcón enmarcado por una cascada de buganvilias rosa, el soplo de la brisa se mezcló con mi piel, que recordó el sentir de sus manos hechas aire. ¿Estaría en el Teatro? ¿Qué vestido llevaría puesto?

La alegría de verla se convirtió en ansiedad. Aunque la distancia entre el hotel y el Heredia no superaba los quinientos metros, mi andar

fue un retroceder en cada paso, pues el sol y el deseo de encontrarla al cruzar las cuadras me provocaba un calor casi inhumano de soportar.

Todos parecían caminar con tranquilidad, menos yo que estaba a pocos pasos de ver el destello del sol en su piel, de ver la brisa enredada entre sus largos cabellos castaños, pero al llegar a la puerta principal del Teatro y merodear por los alrededores, no vi su piel, ni sus cabellos, ni su cuerpo; solo había desconocidos.

Políticos, empresarios, modelos, actores y escritores llevaban en sus rostros la pretensión intelectual que circulaba por aquellos días en Cartagena; algunos buscaban la sombra, mientras otros esperaban con quietud a que abrieran las puertas. Pero todos me eran indiferentes, porque a quien ansiaba ver era a Eliana.

***

La conocí en el palco dos, del lado derecho del escenario del teatro. Aquel día el conversatorio había atraído más público de lo esperado, y algunos murmuraban que era la primera vez que el Heredia estaba a reventar.

Dentro del lugar busqué un espacio para fotografiar algunas escenas de la charla y del auditorio. La revista en la que trabajaba por aquel entonces se dedicaba a cubrir eventos culturales a nivel nacional, y yo me encontraba como corresponsal, fotografiando las charlas más importantes del festival.

Los escritores se hicieron esperar, pero al salir, los aplausos retumbaron. Mi cámara no paraba de fotografiar la euforia del público. Mientras la charla se desarrollaba en medio de ese mundo diverso, recorrí todos los pisos en busca de imágenes pues, más allá del escenario, eran los asistentes a quienes quería inmortalizar a través del lente. Caminé hasta un palco, donde había espacio para hacer algunas fotos, preparé mi cámara y ajusté el foco; mientras oprimía el disparador para encontrar el ángulo ideal, alguien se atravesó por el frente, y se quedó inmóvil obstruyendo mi visión; parecía que ignoraba mi presencia, pues no se apartó. Tenía el cabello recogido, y un escote profundo en la espalda, que la dejaba a merced de quienes la veían. No intenté pedirle que se apartara, sino que aumenté el zoom de la cámara y me

olvidé de mi trabajo, de la charla, de las voces y de la gente; todo se desvaneció en aquel instante en que empecé a detallarla.

El tiempo desapareció. La poca luz del teatro parecía acariciarla, caía sobre su cuerpo en el ángulo perfecto en el que se crean las imágenes. La línea que enmarcaba su columna tenía un trazo fino que parecía señalar hacia el techo. Recorrí aquel camino hasta llegar a sus hombros, en los que descubrí una constelación de lunares, que le adornaban desde el hombro izquierdo hasta el derecho. Veintisiete en total fueron las estrellas color café que vi en ellos. Cada pequeño astro tenía una forma y un tono diferente; había recorrido su piel sin tan siquiera tocarla. Retiré la cámara de mi rostro, pero mis ojos permanecían inundados de ella.

Un estallido de aplausos me despertó de la impresión. Todos se fueron retirando del lugar, incluso ella, quien aligeró su paso y salió hacia la puerta principal. Guardé la cámara y me apresuré para alcanzarla. No sabía si iba a hablarle, pues no podía articular lo que estaba pensando. Sin medir la distancia entre sus pasos y los míos, sentí que había pisado el talón de sus alpargatas. Ella me miró con enojo.

"Discúlpeme, por favor", le dije. Se agachó para evaluar el daño que yo había hecho, y me agaché igual que ella, mientras le ofrecía nuevamente disculpas, pero solo sonrió. Se descalzó y las guardó en su bolso. Se enderezó, se acomodó los quiebres de su largo vestido y siguió como si nada.

Corrí tras ella, la tomé del brazo y me ofrecí a arreglar sus alpargatas. Pareció sorprendida y me agradeció con sequedad antes de continuar su camino. Subió por la muralla dándome la espalda.

Aquella parte de su cuerpo era una ventana que provocaba ser abierta, explorada, acariciada.

Saqué nuevamente la cámara y caminé detrás de ella fotografiándola, sintiendo un éxtasis cada vez que apretaba el disparador y enfocaba su piel, su pelo, era un juego de viento y luz.

Se giró hasta enfrentarme, pero no parecía estar molesta por lo que estaba haciendo. "¿Por qué quiere ayudarme?", preguntó, y le comenté que sabía tejer a mano, que mis abuelos eran artesanos y que la suela de sus alpargatas podía durar un tiempo más si le hacía un punteo con un hilo resistente. Creí que iba a seguir con su desinterés, pero en cambio sacó las alpargatas de su bolso y me las dio. "Enséñame", dijo con una voz tímida.

Nos sentamos en uno de los boquetillos de la muralla, y mientras sacaba el hilo de cáñamo y una aguja, se presentó. "Mi nombre es Eliana". Estreché su mano. "Mi nombre es Alba", respondí. "Como el amanecer", dijo ella.

Ajusté la suela que estaba despegada de su tejido original, y con una puntada en doble cruz para hacerla resistente, le explique cómo debía tomar la aguja e hilar el hilo en ella, introducir la aguja en la suela y hacer presión para que el nudo no se soltara. Intentó introducir la aguja en la suela, pero le fue difícil, trató una y otra vez, pero pinchó uno de sus dedos, no quiso mostrar dolor y continuó hasta que lo logró. Puso sus manos en las mejillas y las dejó ahí, como sosteniendo su rostro mientras sonreía. Calcé sus pies y la invité a caminar, con la excusa de poner a prueba las puntadas que habíamos hecho. Ella aceptó.

Mientras hablábamos sobre las trivialidades que íbamos viendo en el camino, mencioné las estrellas color café que había visto en su piel. Le confesé que sus lunares me recordaban una historia que una vez mi abuela me había contado. La historia trataba de una mujer que había sido arrojada al río Orteguaza como castigo a su infidelidad matrimonial, y se había convertido en una estrella que brillaba desde el río hasta el cielo.

Yo pensaba que mi abuela estaba equivocada al creer que las estrellas podían nacer del río, pero una vez, entre los muchos recorridos nocturnos que hacíamos en el campo, llegamos a la orilla

del río, y señalando con su dedo índice hacia las aguas, me mostró una pequeña luz que emergía del fondo. Aunque busqué en el cielo aquella luz, no la pude encontrar.

Esa estrella habitaba en el río y se movía al son de las aguas. Mi abuela decía que aquella mujer se había convertido en un lunar de luz, y que los lunares que habitaban en nuestra piel eran las historias que hacíamos morir con el olvido y con el tiempo.

Nos detuvimos frente a la Plaza Santo Domingo. Me tomó de las manos y me dio un beso en la mejilla. Luego me dijo que nos sentáramos en una mesa junto a un farol. Ella pidió una piña colada y yo un té helado; el resto del día se nos fue entre historias y risas.

Durante una semana, sus besos trazaron caminos en mi cuerpo.

Hilamos en cada espacio de nuestra piel una memoria para la vida. Encontré en ella los exquisitos sabores del amor. Hilamos en cada espacio del cuerpo una memoria para la vida. Se tomaba el tiempo para crear las caricias perfectas. Su boca agarraba mis labios en un letal juego de movimientos. Sus manos parecían entrar más allá del cuerpo y la piel. Cuando besaba sus lunares, ella se hacía más protuberante y tentadora; era como una ola hecha de placer.

Los agitados vaivenes de su cadera plantaban semillas que bañaba en saliva para hacerlas vivir. Durante la estancia compartida no tuvimos tiempo para nombrar lo que vivimos. Las caminatas, las noches en el hotel, los tragos, las historias nos habían hecho olvidar la realidad. Pero la fecha en el calendario anunciaba el regreso de cada una a sus vidas. Cuando las maletas estuvieron listas en la puerta de embarque del aeropuerto, me prometió volver cada año a Cartagena; volvería por mí y por ella. Buscamos esconder las lágrimas entre las manos, pero el abrazo nos dijo adiós. Ella no quiso hablar más y yo no quise preguntar nada; las palabras se habían acabado.

*

Las personas estaban entrando al teatro, pero yo preferí esperarla, presentía que estaba cerca. Creí verla entre quienes aún permanecían afuera y corrí sonriendo hacia la mujer que había visto. “Pensé que no ibas a volver,” le dije con un entusiasmo entrecortado.

Pero en lugar de Eliana, una mujer extraña giró su rostro y se alejó con un gesto confuso. Me quedé absorta, creía que Eliana había regresado, pero mis sentidos estaban jugando en mi contra. Estuve unos minutos frente a la entrada, tratando de contener las lágrimas.

¿Dónde estaría Eliana? ¿Por qué no había llegado? ¿Me había olvidado? La sed que tenía de ella me agobiaba más que el calor de la tarde. Al ver que todo estaba solo, entré al teatro a buscarla. Recorrí discretamente todo el lugar y me senté en el balcón del último piso a dejar que el tiempo pasara.

Al salir quise desesperadamente que una mano me agarrara del brazo y me invitara a caminar. Que una voz mencionara mi nombre. Que unos labios besaran mi mejilla. Pero nadie lo hizo.

Su recuerdo era como una ola de mar a la media noche: continua y fría. Quise quedarme frente al teatro a esperarla, pues no quería convertirla en un lunar. Sentía sus pasos por los alrededores, oía su voz que se multiplicaba, pero no la encontraba.

Me senté en las escaleras de las afueras del teatro cuando ya todos se habían ido. El evento había terminado, pero mi día no podía terminar sin ella. Una mujer que parecía vender jugos se acercó y me sonrió, y aunque parecía extraño, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentía que otro ser me brindaba paz. Me entregó una hoja de papel doblada, y se fue con un termo a medio colgar en sus hombros. No entendía aquel gesto.

Pero cuando abrí la hoja, encontré escrita una frase: *como el amanecer.* Las lágrimas empezaron a salir. Tres años no eran suficientes para esperarla. Eliana era una mujer que convertía las historias y los astros en lunares. Y yo ahora era su lunar.

Ella y José

Gleiber Sepúlveda

El autobús frenó de manera brusca después de esquivar una iguana que apareció en la carretera y ella que estaba recostada en el cristal de la ventana, tratando de disimular su congoja, se golpeó la cabeza. Mientras el vehículo arrancaba de nuevo vio otra iguana que posaba imponente en un árbol con una cola que casi le llegaba hasta el piso. Ella había visto muchos reptiles de esos, sin embargo, este le llamó la atención porque la miraba sin inmutarse, como cuando un humano mira absorto hacia el vacío. En ese instante se sintió desafiada por algo más que un animal e imaginó que las escamas eran cientos de ojos inquiriéndola y que en las espinas emergidas del lomo de la iguana formado hilera, se mostraba un camino interminable sembrado de aguijones. Con mucho miedo vio en el animal el signo de la muerte.

El autobús continuó y aparcó de manera sorpresiva en un pueblo llamado San Pelayo. Ella se asustó cuando un hombre descalzo y sin camisa avanzó rápidamente hasta llegar a su ventana.

–Mi seño, le tengo el aua de tamarindo pa' que se refrejke, ¡cipote mono ejte! –Dijo el vendendor.

–Gracias –respondió ella con rictus descortés.

Estaba molesta por la parada imprevista del autobús que según justificó el conductor fue debido a inconvenientes mecánicos. Después, sin embargo, entendió que debía asimilar la entrada al pueblo como parte del itinerario de un viaje con muchas señales de fuga.

Al descender del autobús sintió de inmediato el vapor emanado del suelo y un olor nauseabundo mezclado con aroma a pan dulce. Hilillos de sudor bajaban por su rostro hasta caer en la tierra seca. No se sentía bien, así que estaba a punto de volver al fresco del aire acondicionado, cuando las flores de un cañaguate llamaron su atención.

Ella era reconocida en la universidad por ser la docente que fundó y logró sostener durante años el vivero más grande de la región y cuya diversidad de especies lo convertía en el sitio indicado para prácticas de botánica. Mujer separada, agnóstica, apolítica, vegetariana y creyente en la medicina natural; así la veían los pocos amigos cercanos a ella. Estos mismos ignoraban la batalla diaria que ella enfrentaba para no dejar que la idea del miedo al abandono la sometiera. A veces perdía el round, entonces se trastornaba y lloraba inconsolable abrazando a su mascota en el piso alfombrado de su apartamento, para después terminar profundamente dormida con un frasco de pastillas para el insomnio al lado y acompañada de su fiel perro que esperaba con sueño débil a que su ama despertara.

Los estudiantes hacían bromas crueles sobre su afición por las plantas y la llamaban 'la loca del invernadero'. Según ellos, la profesora había acudido al reino vegetal para combatir digna y silenciosamente la soledad. No lograban entender el comportamiento de una mujer que, con cincuenta años, aún tenía

suficiente atractivo físico para no considerarse fea y desahuciada hasta el punto de estar dedicada obsesivamente a la conservación de silenes tomentosas y orquídeas fantasmas.

Caminó unos metros acompañada de un sol agreste y sintió que se desmayaba. Creyó que el cáncer la estaba acorralando contra la muerte tratando de arrebatarle días al pronóstico de expectativa de vida que dijo el médico. Tuvo que sentarse en una banca de la plaza y llamar a un vendedor para comprarle agua de tamarindo. El hombre cargaba dos canastos, uno de material de icopor y el otro de mimbre. Pidió un vaso de jugo y al instante percibió un aroma almibarado que salía de uno de los cestos.

–Disculpe, ¿cómo se llama lo que envuelve usted en esa hoja verde que huele a caramelo? –preguntó.

A esa hora la plaza se veía casi desierta. Unos niños interrumpieron la parsimonia del lugar corriendo con recipientes de plástico.

–Ecto mi seño es bollo de angelito enrrollao en bijao soasao. Te doy uno por do barras.

Poco le importó que el vendedor le hubiera observado el cabello. No se sentía ridícula por tinturarse el pelo con un tono estrafalario; horas antes de hacerlo, mientras fertilizaba una planta en el vivero, pensó que los colores vivos son afines a la muerte, así como el amarillo de las hojas yertas que caen de los bonsái o las flores violetas de los guayacanes durante su ciclo renovador.

El olor dulce, la forma y lo verdoso de esos envueltos que se apilaban en el canasto de mimbre, le trajeron a la mente la imagen de una dolma turca cubierta en hoja de parra. A este aperitivo le atribuiría durante toda su vida el ser la causa de la severa diarrea que la tuvo confinada un día y medio en el cuarto del hotel Amber. Aparte de la anécdota de la colitis y la remembranza del crucero en goleta por el mar Egeo, ese viaje al Mediterráneo le dio la confirmación de los recurrentes problemas conyugales que afrontaban sus padres y que después, acumulados, serían la justificación de la separación. Fue esa noche de insomnio y de retorcijones estomacales, cuando, sentada en el excusado, escuchó el estruendo originado a partir de una puerta cerrada con furia. Al oír esto, mordió con rabia

el papel higiénico y después lo rasgó en minúsculos pedazos. Sintió en ese instante que ella, toda, se iba por ese sanitario. Sabía que el estrépito de ese portazo descargaba la cólera contenida contra su padre y que el enojo de su madre duraba varios días.

El mareo le había pasado. Observó el árbol de cañaguate y el entorno, y se dio cuenta de la pobreza del lugar. Media hora después el autobús pitó para dar aviso de partida y ella fue la primera en subirse.

El conductor había retomado la ruta hacia Cartagena y en el sopor del recorrido ella tarareó una canción que transmitía cierta emisora con intermitente señal y que en su infancia escuchó cantar muchas veces a Antonio, su fallecido padre, cuando este aún no se había ido de la casa: "Yo quiero pegar un grito y no me dejan, yo quiero pegar un grito vagabundo".

¿Y qué diría mi madre si viera las descoloridas y sucias cortinas de este autobús? "Hija, qué cortinas tan inmundas e inservibles... ¿Por qué no viniste en avión? ¿Qué significa este tour por estos pueblos de mala muerte? Y mira esas sillas con esa cuerina rota y la espuma brotada. Está negra de mugre". Una sonrisa se anunció en su rostro al imaginar la situación.

Recordó el entusiasmo de su madre cuando todos los años cambiaba de persianas en la casa: veneciana, japonés, tipo blackout... Todas se instalaban en función de los contrastes, espacios y caprichos decorativos. No obstante, había algo más en esa cavilación. Su sistema nervioso no logró retener la emoción y por la corteza cerebral se deslizó la ira de manera vertiginosa: "estúpida afición por las cortinas", pensó.

Le fue imposible leer durante el recorrido. Iba incómoda pero no añoró la silla reclinable de los viajes aéreos de diez horas; excursiones lejanas aprovechadas para traer semillas y retoños exóticos de manera clandestina en su equipaje de mano y en los que la mayor parte del tiempo la pasaba leyendo y escuchando el tipo de música que desde joven la marcaría, sobre todo aquel compositor que en los espacios para disquisiciones intelectuales con sus colegas siempre sacaba a relucir diciendo con voz impostada: "Bach

072

es Bach". El encuentro con Bach se dio cuando el sonido dulce de la flauta, en armonía con una voz afilada de soprano, la despertó en una madrugada. Bajó las escaleras, llegó a la sala y vio a su papá dirigiendo una orquesta invisible con los ojos cerrados y los dedos índices simulando batutas. En el tocadiscos sonaba "La Pasión según San Mateo".

Mientras viajaba, se quedó mirando la extensa llanura en tono llamarada, la hilera de samanes al borde de la carretera tejiendo sombras y el masticar sincronizado de algunas vacas. Después recordó momentos felices de la infancia, como la actitud de los gansos bravucones de la finca persiguiendo forasteros, una imagen que la hacía reír en los momentos más solemnes de su vida. Sin embargo, ninguno de los recuerdos más alegres que con fuerza trataba de imponer en su mente se superponía a esa pesadumbre que la traía pensativa. Reproducía de manera exacta las palabras del doctor: "Usted va a recibir ayuda, no se preocupe. Estos casos son comunes y la probabilidad de vida crece cuando las personas no asumen esto como el fin del mundo". En ese momento se sintió partida en dos por un sable. Sí, se sintió afectada por el cómo y lo que dijo el médico, entonces observó un portarretratos que estaba puesto en el escritorio del consultorio y de manera espontánea lanzó una ligera declaración: "Qué saludable y joven se ve ella, ¿es su hija o su esposa, doctor?".

El autobús la llevó por fin al destino que le trazó el arrebato y ratificó que estaba en fuga. Meditó seriamente sobre la suerte de su perro bajo los cuidados de su madre y la suerte del vivero. Se consoló un poco al pensar que los pelos de Oliver causaban alergia en la mayoría de personas, pero no en su madre, y que esta se encargaría de él porque entre los dos siempre hubo una extraña afinidad.

Descendió del bus. La recibieron 95% de humedad y una fuerte brisa. El clima es el primer emisario que acoge al viajero, pensó.

***

–Hoy viajaremos al vientre. Es posible que le cause mucho dolor José, pero considero que es momento de hacerlo.

–Honestamente, Clara, hasta ahora me ha dolido menos de lo que esperaba. Cuando usted dijo que esto era un proceso doloroso y costoso pensé que iba a ser así; sin embargo, ahora digo que ni lo uno ni lo otro, todo lo paga mi seguro médico.

Ambos rieron. Siempre lo hacían antes de cada sesión. La risa era un protocolo de rigor porque ayudaba a allanar un poco lo difícil de cada sesión.

–¿Estás en el vientre, ¿qué ves? –dijo ella.

–Veo un niño, es una imagen oscura, presiento que está solo –respondió él.

–¿Qué está haciendo? Anímate a decirle algo –contestó Clara.

–El niño está tranquilo, doc, está quieto… No te sientas triste, aquí estoy para decirte que no estarás solo, serás un gran hombre; no estarás solo, pequeño –. José lloró por primera vez durante una terapia.

Él ignoraba que esa expedición al útero iba a traer consigo semejante quebrantamiento emocional; desconocía que un sicoanalista va a la placenta como el cirujano al nervio. El diván donde estaba acostado se volvió cuna, y Clara, esa mujer alta y robusta, desapareció del espacioso consultorio. Solo quedó José con su imaginación.

–Respira hondo José, te duele y creo que mucho, pero es necesario verbalizar y movilizar todo tu inconsciente y volverlo consciente para que te des cuenta de que no hay que rendirse. Hay razones para estar de pie; motivos para que salgas de acá y retomes el tratamiento, no te dejes vencer –. Esta vez Clara habló afectada.

Terminó la terapia y José salió optimista del consultorio de la sicoanalista . Ya no juzgaba tan a la ligera el por qué se le pagaba a alguien por estar sentado presenciando el desgarramiento del otro que está acostado en un sofá yaciendo en posición como si fuese a recibir un masaje capilar. La idea de no abandonar las terapias obedecía a que su ex esposa e hijas le insistieron tomar el paquete de las veinticinco sesiones incluidas en su seguro médico; ellas creían que era ayuda sicológica para lo que sigue después de subsanado un cáncer. Ignoraban que José había recaído. Las terapias también le servían para hablar con alguien acerca de sus temores

ocultos, por ejemplo, el haber sido abandonado por su madre biológica. La última conversación con Clara fue catártica hasta el punto de pensar que lo mejor era marcharse por unos días. Ya sabía que iba a enfrentar otra vez una dolorosa batalla contra la enfermedad a causa de la metástasis, así que decidió aprovechar la travesía vacacional de una de sus hijas para animarse a hacer su propio viaje.

Un par de horas después se dirigió a una agencia turística y compró un tiquete aéreo para ir a la ciudad donde hacía muchos años pasó su luna de miel y también donde estuvo embriagado durante una semana entera tratando de intoxicar a la bestia del divorcio con su sangre etílica. Al margen de los recuerdos, el mar le producía cierto hipnotismo. Observar el choque del agua con los espolones le permitía estar sereno, disfrutaba del sonido del mar. Un día mientras contemplaba el encuentro de las olas con un peñasco, en una playa del Pacífico, Sofía, la hija menor le dijo:

–Papá, pareces un bobo mirando esas piedras.

Al salir de la agencia llamó a la empresa prestadora de servicios de salud para aplazar los exámenes médicos de la semana siguiente. Postergó también las citas con Clara, y el sábado en la mañana se encontraba apostado en la silla de la ventana del avión observando la ciudad desde lo alto. Allá arriba no se ven las personas ni los animales, todo es inerte. Lo impresionó la arquitectura homogénea del sector norte de la ciudad desde una vista aérea. "En veintiocho años el pueblo se transformó en ciudad", pensó.

Recordó las tardes de domingo en las que novios y familias iban al sector del Aeropuerto a tomar sirope, comer mazorca asada y observar el despegue y el aterrizaje de los aviones. Una tarde de esos domingos, él y Consuelo fueron felices viendo volar aeronaves detrás de la malla que rodeaba la pista, a la vez que imaginaban estar en una de esas máquinas voladoras viajando a otros países. Era el tiempo en que José estudiaba ingeniería desarrollando simultáneamente su oficio de Policía; sin embargo, el destino lo vestiría de sargento.

Su relación con la milicia se remonta a cuando tenía 16 años y tuvo que formar una hilera con otros jóvenes organizada en orden

Fig. 152.—Banana or Plantain (*Musa paradisiaca*).

de estatura empezando por el más bajo y llegando al más alto. José estaba casi de último. El capitán gritó: "Todos en silencio, la doctora va a pasar por cada uno de ustedes haciendo el examen". De un cuarto salió una mujer con delantal blanco, ojos grandes, pecas y expidiendo una fragancia cítrica. Los nervios de aquellos adolescentes semidesnudos ya no eran por la obligación de prestar el servicio militar en el Ejército o la Policía, ahora el asunto pasaba por aquella mujer intimidante. Uno a uno, el guante de látex de la doctora buscaba una posible hernia.

José esperaba impaciente sentir la mano de ella. Faltaban cinco jóvenes en la fila para llegar a él, cuando de súbito se fue ensanchando su calzoncillo, faltándole tela para resguardar su enorme vergüenza. Pensó en cosas macabras, la muerte de su abuela y en cucarachas voladoras, pero no fue posible anular la señal de estimulación dada por el cerebro. "Bájese los pantaloncillos por favor", dijo la doctora. José agachó la cabeza mientras el sudor le resbalaba por las axilas; "Le dije que se los baje", insistió. Ella bajó la mirada y entonces le gritó: "No se preocupe soldado, dejemos así, sale apto. El Ejército necesita hombres con muchas hormonas".

Aquel incidente enlistó a José en el ejército y de paso le creó una fama de hombre bien dotado entre los demás compañeros. En el mes once de prestación del servicio militar padeció el desespero de observar la hinchazón de su testículo derecho con un dolor abdominal bajo y punzante, sin embargo, calló el resto de tiempo que le quedaba en el ejército y, al reincorporase a la vida civil, un médico le diagnosticó hernia escrotal.

«CUANDO ESTOY
EN SILENCIO
LA MENTE
ME GRITA»

No pudo seguir en la aventura miliciana a pesar de curarse definitivamente de la hernia. Un par de años después, ingresó por afinidad a la Policía. Allí intentó estudiar ingeniería mecánica, tal y como un día le prometió llorando a su abuela Bárbara, mientras ella moría lentamente en un hospital, víctima de un coma diabético. Tomándole la mano con fuerza le decía: "no te mueras abuelita, voy a ser un ingeniero, te lo juro... ¿Quién me hará los postres de maracuyá en mi cumpleaños? No te mueras". Solo hizo tres semestres, después desistió para siempre.

"Señores pasajeros vamos a entrar en una zona de turbulencia, por favor mantenga la calma y permanezca sentado en su...". La azafata no terminó la información.

Un recio movimiento sacudió el avión. A pesar de esto, José no se inmutó y continuó imaginando su pronta recuperación y también decidió que esta recaída en la enfermedad no la sabría su ex esposa Consuelo, ni tampoco las hijas.

Recordó que el viernes, la noche antes de viajar, Samanta lo llamó entusiasmada por el viaje que ella también iba a emprender, pero al Amazonas con un grupo de amigos:

–Hola pa, muchas gracias por el dinero. Te prometo traerte un regalo que te va a gustar.

Él le respondió que no se expusiera mucho al sol porque posiblemente le reaparecía la dermatitis y que luego de su regreso se pusiera al día con los asuntos académicos de la universidad. Y continuó evocando palabras: "Está bien pa, recuerda que te quiero mucho y que estoy feliz por tu mejoría. A final de año nos vamos de paseo, iremos solo tú y yo". Sintió que un hielo filoso resbalaba por su garganta y se derretía en su estómago.

Al llegar a Cartagena le agradó ver el mar desde el taxi y disfrutó sentir el encuentro de la brisa con su rostro. Apenas pudo compró, destapó y saboreó lentamente una cerveza fría que bebió a sorbos rápidos. En el hotel, uno de tarifa económica, pagó cuatro días de hospedaje por adelantado y sugirió que le dieran una habitación en el último piso; el botones le abrió la puerta de un dormitorio donde predominaba el color azul. Cerró la puerta, puso seguro y se explayó

en la cama con los brazos abiertos observando girar las aspas del ventilador anclado en el techo.

***

Ella se despierta temprano y con sofoco. Han pasado un par de días desde que llegó a Cartagena. Trata de mentalizarse en no ir a llorar como los días pasados a ese lugar solitario que por casualidad se encontró mientras caminaba por las calles. Pasa un largo rato en la ducha refrescándose y sale dispuesta a abrir la maleta para escoger el vestido de tiras y tela liviana con destape en la parte posterior que la hace sentir cómoda. Aplica bloqueador solar en su rostro, hombros y largas piernas. No utiliza maquillaje. Después, bajando en el ascensor, la irrita un hombre alto y bigotudo que exhala aire de manera fuerte por la nariz: a ella no le gusta sentir resoplidos nasales humanos. Disfruta el contacto con la brisa, el jadeo de Oliver y hasta el aire de los ventiladores, pero no la exhalación ruidosa de las personas. Ni ella misma dimensiona hasta qué punto esta excentricidad incidió en la separación de su compañero sentimental. Nunca supo qué pesó más de las tres cosas que odiaba en extremo de Roberto y la relación de estas a la hora de terminar una convivencia de dieciocho meses: el sexo monótono, la desmedida afición a los caballos o el incorregible resuello originado del rompimiento del tabique después de un codazo en un partido de fútbol. Este accidente lo dejó con la secuela de una recia respiración que la gente a menudo confundía con suspiros y que a ella le molestaba.

José se encuentra de pie mirándose en el espejo. Nota que ha perdido más peso, está demacrado y con la piel más flácida. "¿Estoy más delgado?... Puede que no sea tanto", piensa; luego se tranquiliza. Ha desaparecido, paulatinamente a través de los años y vertiginosamente en la enfermedad, ese atractivo físico que lo hizo tan codiciado entre las mujeres. Antes, los compañeros de trabajo sacaban usufructo de su estatura y corpulencia para tenerlo como herramienta persuasiva en aquellos casos policiales que exigían acciones temerarias. Sin embargo, José no era hombre de peleas, le gustaba plantear el recurso de la conciliación antes de utilizar la fuerza.

Ella va caminando sin prisa por la Primera de Badillo. Un vendedor de tintos le ofrece, según él, el café más sabroso del mundo; la convence y quiere entonces degustarlo. Es una bebida servida en un corto vaso de plástico, avara en café, sobrecargada de agua y además tibia. "El más insípido del mundo", susurró. Este desacierto gastronómico la conectó con el estribillo de la recordada tía Magnolia: "No tomes tanto café que se te van a manchar los dientes, mejor levántate temprano y sigue estudiando, no trasnoches. Tanto café te va a generar taquicardia". Después del divorcio de sus padres, la tía Magnolia le ofreció un sorpresivo amor maternal. Mientras la madre optó por el papel de ex esposa compungida refugiándose en el licor y desentendiéndose de la familia, Magnolia se entregó de lleno a ella haciéndola muy feliz, y cuando de manera imprevista la tía murió, se instauró en ella la idea de tener un enorme vivero.

Ahora ella se detiene a observar un cartel que anuncia la obra teatral "Casa de muñecas"; piensa que le haría bien verla otra vez, después de todo se trata de un viaje de liberación y Nora, la protagonista de la pieza teatral, fue durante mucho tiempo su personaje favorito. La sensación de fuga que ronda en su cabeza continúa; está huyendo y tres viajes ineludibles la acorralan: el que está haciendo en Cartagena, el que le dice su mamá que haga a otro país para iniciar tratamiento y el éxodo hacia la muerte.

–Don José, le sugiero nuestra cena de hoy: arroz negro preparado con tinta de calamar, langostinos, mejillones y almejas en salsa de ajo. Puede reservar de una vez –dice la mesera del hotel en el que se hospeda.

–Gracias, pero no creo que regrese temprano –responde.

Últimamente comía poco y bebía mucho. Sale del hotel, lo quebranta pensar que tiene que volver a comer con cubiertos de plástico para menguar el sabor a metal de los alimentos, lo aflige estar calvo y con vértigo, lo deprime la cura más que la enfermedad.

Ella continúa su recorrido en recta hasta llegar a la calle de don Sancho. Le llama la atención un bello balcón colorido lleno de enredaderas de jazmín y geranio. Adelante, una mierda de caballo obliga a los transeúntes a aguantar temporalmente la respiración. Le

parece repugnante ese olor (viene a su mente el hedor de la boñiga de caballo impregnada en la ropa de Roberto) y trata inútilmente de buscar un mejor aroma para camuflar la pestilencia. "La quimioterapia me hará oler todo a mierda en esta vida", piensa. Hace poco había leído en internet un artículo de la American Cancer Society sobre la afectación de los sentidos del gusto y el olfato en los pacientes con cáncer, y la dejó muy pensativa el hecho de tener que tomarse a corto plazo un té que no sabrá a té.

Va caminando y se detiene a mirar la hora en su reloj de mano para llegar a tiempo a la función. Se pregunta si fue buena idea el haber viajado allí teniendo en cuenta que, paralelo a su idea de destierro, se desarrolla en la ciudad un evento de literatura, cine y música. "Quizá algún conocido esté por ahí", dice entre dientes. Transita rápido por una calle bulliciosa donde dos sujetos furiosos discuten mientras un carro atravesado en la calle hace que el paso peatonal se dé en fila india. En ese momento una señora de cabello rizado se toma una fotografía con una niña que la acompaña; ella infiere que son hija y madre, no por los genes maternos dominantes heredados por la niña hechos evidentes en la nariz, boca y frente, sino porque se puede leer en ambas una relación de amor y subordinación donde la pequeña es la que manda.

Mientras ella continúa caminando, calcula que la mujer que acaba de ver tiene unos treinta años y que concibió a la hija teniendo cuando mucho veinte; precisamente la edad en la que descartó de tajo la idea de concebir un hijo. Entra al teatro y busca acomodarse en un palco del tercer piso.

José alcanza a verla de espalda en el paseo de la Merced. No puede ignorar ese tono de cabello encendido como el color de las veraniegas alzadas en las casas que ha visto antes. También nota en ella la piel tersa de sus hombros destapados y maculados por una constelación de pecas y lunares sin relieve. Y es que desde que era un adolescente, José se ha sentido atraído por las manchas similares a las de las cáscaras de los huevos de codorniz en los hombros y el pecho de las mujeres. Ella va a paso ligero, él intenta seguirla. Para lograrlo, sortea el tumulto originado por la impericia de un

(bottling company)
manufacturing plant)
(market plaza)
A. (bottling company)
S. A. (animal food)
DINGS
CIPALES
(college)
Bachillerato Femenino
(college)
de Cartagena (university)
TES
Alemania (Consulate of German)
Dinamarca (Consulate of Danish)
Equador (Consulate of Equador)
Finlandia (Consulate of Finland)
Francia (Consulate of France)
Grecia (Consulate of Greece)
Panama (Consulate of Panama)
Peru (Consulate of Peru)
Portugal (Consulate of Portugal)
Republica de Dominicana (Consulate
Republic)
Suecia (Consulate of Sweden)
Venezuela (Consulate of Venezuela)
DINGS
RINCIPALES
(womens jail)
(prison)
(main post office)
Policia (police department)
Policia (police station)
(courthouse)
(national police)
de Policia (police sub-station)
Aduana (customs terminal)
(clinic)
(maternity clinic)
del Niño
Bernarda
Bocagrande S. A. (hospital)
Clara
Universitario de Cartagena
(naval base)
(naval school)
(airport)
(fire house)
de Cartagena (radio station)
de Cartagena
(plant)
Puertos de Colombia
40
BAHÍA DE LAS ANIMAS
41
42
Laguna del Cabrero
Laguna de San Lázaro
Castillo de San Felipe de Barajas
CENTRO
SAN DIEGO
GETSEMANI
Iglesia Santo Domingo
Iglesia San Pedro Claver
TORICES
TEQUENDAMA
PIE DEL CERRO
MANGA
Universidad Tecnológica de Bolívar
Colegio Jorge Washington
BOCAGRANDE
CASTILLOGRANDE
Iglesia de Bocagrande
BARRIO CHINO
LA QUINTA
MANZANILLO
Isla del Diablo
Isla El Chivo
Manzanillo

conductor de automóvil que estuvo a punto de quedar encallado en la vía y esquiva una carreta de libros que sirve de biblioteca ambulante. Él no quiere hablarle, solo verla un poco más de cerca, hay algo en ella que le llama la atención. Llega hasta la puerta del Teatro Pedro de Heredia, allí la ve entrar; sube las escalinatas y se acerca a un letrero que dice: "Casa de muñecas de Henrik Ibsen. Versión y puesta en escena de Sergio del Paso". Medita la entrada al espectáculo, se siente inseguro, él no es de ese tipo de planes, da media vuelta y se marcha.

Adentro del teatro el acto ya ha empezado. Ella trata de escuchar el diálogo dramático de la escena entre Helmer y Nora pero hay algo más. Le molesta la división uniforme de los palcos que parecen ventanas y el tono rojo del recinto que predomina sobre los demás colores, el rojo favorito de su madre. La fastidia el contraste entre el jolgorio de la calle y la circunspección de los asistentes a la función, entonces decide pararse e irse.

Él ha llegado ahora al Portal de los Escribanos y se topa con una pareja de turistas que en un idioma diferente al español intentan desesperadamente neutralizar la pataleta de un niño que quiere entrar en una heladería; no entiende lo que escucha. Sonríe, y por lo que puede interpretar de la mímica de la escena, piensa que para esa clase de rabietas pueriles se batalla con la tolerancia que entrega el amor de familia. Convivir tantos años en un matriarcado y luego no pertenecer a él lo volvieron dócil. Minutos después llega al frente de una de las tantas edificaciones clásicas de la zona y se queda observándola. Escucha atentamente un guía de hablar refinado y vestimenta totalmente blanca que explica los detalles de la construcción de un edificio de cornisa café con varias molduras y fino terminado. Pese a estos detalles expuestos, José no ve más una fachada pomposa y si no es por el aviso grande instalado frente a él, no se da cuenta que ese lugar, actualmente un museo, fue antes una cárcel.

Ella a esa hora de la mañana después de intentar fallidamente ver teatro, se siente fresca. Detalla una gigante puerta esculpida en madera con una cruz de relieve y marco de minucioso grabado. Sigue la marcha y se cruza con un grupo de jóvenes con carnet y

expresión de felices discípulos. Todos observan meticulosamente el entorno de la calle del Sargento Mayor, anotando en sus libretas y tomando fotografías. Uno de ellos se queda observándola, ella también lo hace y no puede evitar la incomodidad. Se siente examinada a través de un microscopio y piensa que la mirada del joven traspasará su carne y advertirá su semblante de muerte, la huida, y todas sus encubiertas ganas de llorar. Desde niña tuvo la costumbre de sollozar silenciosamente y donde nadie la viera: cuando cayó de un caballo en la finca de sus padres y se rompió un diente, fue corriendo a berrear al establo o cuando murió su padre, absurdamente fue a llorarlo a un cine.

Él decide comprar un sombrero para resguardar su cabeza pelona. Hay millones de calvos en el mundo, sin embargo no lo abate el estar calvo, más bien lo molesta la sensación de su testa quemada por el sol. Expresa con una mueca su satisfacción por sacar provecho y haber ahorrado en la compra; el vendedor simultáneamente celebra con disimulo la ganancia derivada de esa venta. José pedía descuento a todo lo que iba a comprar, era de los que garantizaba el mercado para un mes y aseguraba los regalos de Navidad desde agosto tratando, según él, de aprovechar ofertas para ahorrar. Consuelo y las hijas le reprochaban esa tacañería que terminaba en extravagancia y preferían salir solas cada vez que iban de compras. Del divorcio le quedó el improvisado libro de contabilidad familiar que José leía de vez en cuando para poder remitir sus recuerdos a episodios específicos. Más adelante pasa por el lado de una señora que con dificultad intenta leer un aviso. "Ahí dice: calle de La Soledad", expresa él con tono compasivo. "Esta ciudad parece un laberinto, me pierdo, qué desespero por Dios", replica la señora visiblemente molesta. José voltea a la izquierda, se limpia el sudor con un pañuelo y se detiene a escuchar el toque de un saxofonista. Le parece curiosa esta muestra musical: un poco triste para el contexto de sol y playa porque él vino a contagiarse de alegría, vitalidad, consuelo. Sin embargo, le agrada la función callejera y se queda hasta que termine el acto. Aplaude, deposita un billete en el estuche del saxofón y se marcha.

José se encuentra ahora en la calle Santo Domingo y se hace a un lado para darle paso a un carruaje. El cochero aparca frente a la iglesia, abre la puerta, hace venia con su sombrero de copa alta y da la mano enguantada a la novia. Atravesando la plaza empedrada, viene una joven de vestido elegante que José supone ebria por el trastabilleo en su andar, pero luego rectifica la apreciación al descubrir que el caminar trastocado obedece a los tacones puntilla que se entierran entre las piedras cada vez que da un paso. En seguida lo sorprende la transparencia del vestido y la espalda destapada de una venerable anciana asistente a la boda. Escucha al fondo de la iglesia un cuarteto de violines tocando una canción; cuando suenan los primeros acordes, sale raudo de esa escena porque se siente perturbado. Cartagena le recuerda mucho a Consuelo.

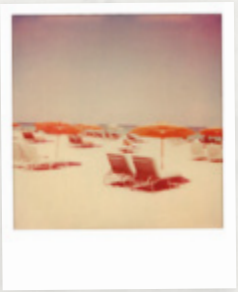
Ahora ella está en el callejón de los Estribos y ojea a través de la vitrina un maniquí que exhibe un vestido largo en gasa floral. Más adelante entra a un café y pide un capuchino en taza de cerámica que toma con agrado a sorbos; siente de pronto que hay más calma en ella. Cuando dos semanas atrás le diagnosticaron la enfermedad, inicialmente pensó en su pelo. Ni siquiera la incertidumbre de la muerte, su madre, o dejar el vivero, la impactaron tanto como la idea de estar calva, desprovista de su melena como consecuencia de la quimioterapia. Entonces, fue decidida a la peluquería y cambió el tono castaño claro que había llevado por cincuenta años, por uno inusual.

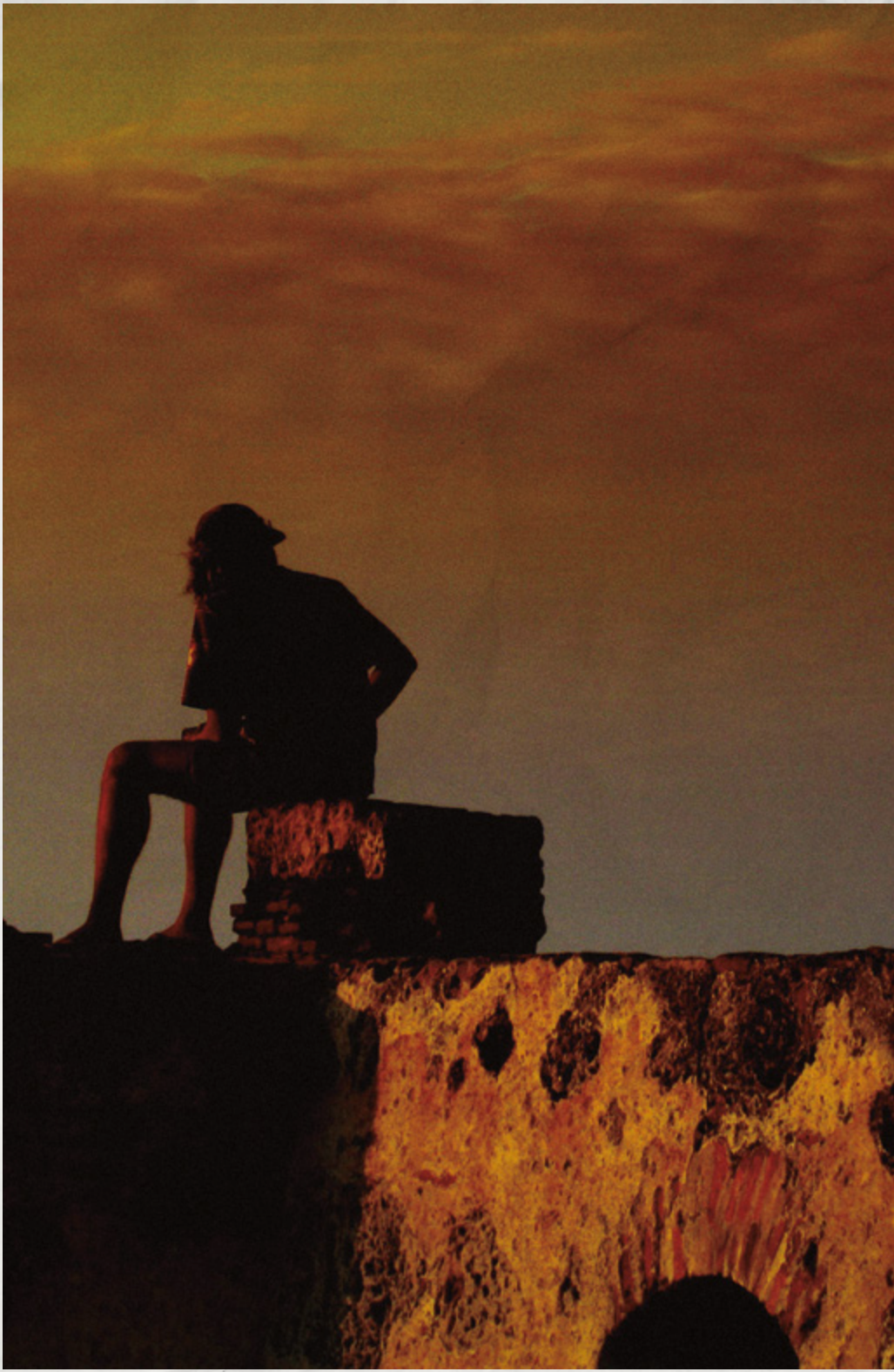
Él va por la calle Tejadillo y desde un balcón, una niña le agita la mano en señal de saludo, José se queda mirándola y solo atina a responderle con un gesto que expresa cordialidad, cierra los ojos, traga saliva y continúa. Una casa con pintura amarilla descascarada contrasta con la mayoría de las moradas color nácar del callejón. Hace un paneo con la mirada para hallar a un vendedor, lo ubica y se desplaza quince metros para comprar un par de cervezas. El sombrero lo lleva en la mano, la brisa está fuerte. Mientras bebe grandes sorbos, que saborea como si fuesen los últimos, ve que enfrente hay una pequeña ribera del mar. Atraviesa rápidamente la carretera, el agua choca duro contra los espolones; le agrada ese lugar solitario. Se sienta en un tronco de árbol cortado y yerto; llora. La niña que lo saludó tiene

el cabello tan claro como el de su hija. Llora y lo hace con las manos puestas en la cara, no quiere que lo vean.

Ella, que toda la mañana estuvo errante en las calles coloniales de la ciudad, quiere ahora ir a llorar, otra vez se siente afectada. Está muy cerca de ese lugar al que no quiere ir, sin embargo piensa que ese sitio la espera; se encuentra en la Tejadillo. Le gusta esa calle por el color blanco de las casas y los jardines aéreos que se izan desde los miradores, en especial una tupida buganvilla rebelde que, además de enseñorearse en un balcón, quiere prolongar su espectacular floración y tapizar la fachada. Busca la sombra en un árbol de laurel, camina otros metros. Compra una botella de agua, cruza la calzada y se dirige a su playa miniatura, aislada de gente al lado de la vía, donde estuvo los dos días anteriores. Al llegar ve a un hombre calvo y corpulento que está sentado en un leño seco y lo escucha gemir de manera desesperada; amaga marcharse pero no puede ignorar la situación. Entonces con sigilo se dirige al hombre y algo la impulsa a tocarle el hombro. José quita las manos de su rostro como si se hubiese quitado una máscara y nota que es ella. La mirada fija entre ambos se da al minuto uno de una hora rumorosa: la una de la tarde.

¡Es usted! dice él con la nariz roja y una estrecha sonrisa que rápidamente promete ensancharse.





Juan de la Costa

Luis Alberto Vega

Cuando entraron los guardias a la habitación, Juan de la Costa se encontraba trepado en una silla queriendo alcanzar la mirilla que daba a la Plaza Central. Horas antes, la gente había empezado a llegar en silenciosos grupos que luego se convirtieron en una turba estridente, una masa que clamaba al unísono el abatimiento del sublevado.

En ese momento en el que sintió el crepitar de los cerrojos no pudo evitar repasar algunos momentos en su memoria, quizás para encontrar en ellos la fuerza necesaria para dar marcha al intrincado mecanismo en el que se había convertido este asunto.

Sus recuerdos lo condujeron al día en el que lo buscaron para cruzar el muro. Pensó que este había sido un asunto olvidado, pero allí estaba esa imagen, más vívida que antes. Juan de la Costa, que hasta ese día nunca había estado del otro lado del muro, sintió cómo el corazón le latía fuerte. La mole de aspecto medieval que se erguía frente a sus ojos era más imponente de lo que había alcanzado a imaginar. Unos quince metros más cerca del cielo, calculó esa vez, y supo por qué el muro era visible desde tan lejos.

Para Juan de la Costa ese día marcó un antes y un después. El antes, con todos los rostros y situaciones, decidió olvidarlo,

enterrarlo. Ya no tenía sentido estar anclado a una existencia de faltas y carencias. Lo que el futuro le ofrecía era suficiente para borrar una vida de vacíos, que al cabo de unos días se convirtieron en abismos que él mismo llenó con toda suerte de banalidades y excesos.

Detrás del muro quedó toda la humanidad de Juan de la Costa. También su familia, sus hijos, su esposa. No se llevó nada más que sus documentos y lo que traía puesto. Al cruzar el muro no volvió a interesarse por nada del pasado. Quiso ser un nuevo hombre y quiso tener una nueva vida, aunque eso representara participar de crímenes y delitos. Juan de la Costa estaba dispuesto a cualquier cosa, porque en todo caso la moral que había aprendido ya no le servía de nada. El mundo que antes conoció estaba extinto. La civilización había caído. El planeta se había convertido en un gran desierto con pocos lugares verdaderamente habitables. Esto produjo que el desequilibrio entre las clases ya no fuera una zanja sino un gran abismo. Aquí no valía la moral o las buenas costumbres. La vida se había convertido en una continua guerra por la supervivencia y la llegada de los muros hizo que todo esto fuera más evidente. Los muros se construyeron con el supuesto propósito de preservar la civilización, por lo que todos los tesoros de la humanidad, todo el conocimiento, toda la tecnología y la industria se concentraron en estas megaciudades resguardadas. Al principio todos pensaron tener un lugar dentro de esta nueva civilización, pero pasó poco tiempo para que fuera evidente quiénes podían entrar. Al final de la construcción de las tres ciudades –en este país solo había tres– todos los científicos y los profesionales de todas las ramas fueron llamados y clasificados para vivir en alguna de estas urbes mientras que a los demás se les prometió que se iba a hacer todo para restaurar el planeta y que, como no había recursos suficientes, solo podrían entrar los que de alguna manera aportarían a la reconstrucción de un nuevo mundo, un discurso bastante patético y poco creíble.

Juan de la Costa fue llamado a la ciudad alfa (αcity), la más grande e importante, en donde estaba también la sede principal del gobierno. En poco tiempo se hizo indispensable para las

labores de revisión de la constitución, gracias a su experiencia y conocimiento, pero sobre todo por los pocos escrúpulos que tenía. El presidente, que no había sido depuesto en diez años, y que tampoco estaba dispuesto a serlo, necesitaba armas legales para construir lo que sus antecesores llamaron Resocialización del Mundo, un proyecto que en distintas fases devolvería la tierra a su estado normal. La primera parte de este proyecto, ya ejecutada, consistía en resguardar todos los saberes y conocimientos de la Humanidad. Las siguientes eran una mezcla de exterminio, destrucción y reconstrucción del mundo de extramuros, que empezaría por este país y que luego se iría expandiendo por todo el globo. Todo este plan era desconocido por la mayoría de la población e incluso Juan de la Costa ignoraba algunos aspectos hasta el día en el que le encomendaron deshacerse de un revoltoso de extramuros que pretendía derrocar el gobierno actual. Este suceso fue muy oportuno para los planes de Resocialización, ya que si se lograba demostrar legal y convincentemente que los de extramuros habían perdido toda su humanidad, el momento de la matanza sería más que justificado.

Cuando apresaron al revoltoso, Juan de la Costa salía del Edificio de Justicia. Al hombre lo traían esposado y custodiado. Juan de la Costa no pudo verle la cara, pero era evidente que traía la derrota en sus hombros. A la mañana siguiente se le imputarían los cargos, algo que iba a ser muy fácil pues todo estaba arreglado: falsas pruebas, estudios científicos e incluso falsos testigos si era necesario.

Al día siguiente la sesión acusatoria inició con puntualidad y sin ninguna novedad. Al revoltoso se le acusó de sedición, un delito que tan solo un par de semanas antes había sido clasificado como crimen de primer orden con condena a cadena perpetua o pena de muerte en los casos en los que se sumara el vandalismo. Los falsos testigos desfilaron por el estrado declarando que habían hecho parte del plan que El Revoltoso tenía para tomarse el poder a la fuerza y que este les había dado órdenes para que en pocos días ingresaran a las ciudades empleando todo tipo de violencia.

Después de todo el revuelo que estas declaraciones causaron en la sala, prosiguieron las pruebas físicas. Una grabación donde El Revoltoso explicaba el plan a otra persona fue escuchada con detenimiento y luego corroborada por expertos en fonética y acústica. También se presentaron fotografías y cartas con claros mensajes incitadores de la revolución. Todo apuntaba en contra de El Revoltoso. Sin embargo, Juan de la Costa, creyendo que ya este asunto no podía dar vuelta atrás, le permitió a El Revoltoso expresar algunas palabras en su defensa. Esto simplemente con el fin de hacer más creíble el juicio, ya que incluso se había obligado a El Revoltoso a declararse culpable con la amenaza de que si no lo hacía su familia sufriría las consecuencias.

El Revoltoso, que había estado todo el tiempo con la cabeza inclinada hacia la mesa, se levantó como si hubieran despertado a una bestia y dijo: "Si soy culpable de algo es de exigir mejores condiciones para los que vivimos en los suburbios de extramuros. Sepan todos que nos estamos muriendo de hambre y de sed, mientras ustedes se quedan con lo poco que hay. Su presidente quiere exterminarnos y construir una nueva civilización, pero tendrá que hacerlo sobre nuestros huesos porque pelearemos hasta el final".

El Revoltoso se detuvo. Fijó su mirada en Juan de la Costa y con tono desafiante dijo: "tu familia también va a pelear". Esto produjo un alboroto en la sala y en las afueras de El Edificio de Justicia. La conmoción fue tal que Juan de la Costa se vio obligado a aplazar la sesión para evitar disturbios y salvaguardar la vida del acusado. Aunque nadie entendía a qué se refería, el acto había sido tomado como una provocación.

Todos a lo largo del país habían visto la transmisión del juicio, por lo que la exaltación en ambos bandos era similar. En los habitantes de extramuros la declaración de El Revoltoso había encendido un espíritu revolucionario que había estado dormido por mucho tiempo, mientras que en los habitantes de las ciudades produjo una repulsión total, ya que siempre habían visto a los de extramuros como la plaga incivilizada que había acabado con el mundo.

Juan de la Costa salió por la puerta trasera. Las palabras del preso lo habían dejado pensativo. El Revoltoso había tocado una parte de su ser que se suponía que ya no existía. Siguió caminando hasta su apartamento, muy cerca de El Edificio de Justicia, cabizbajo y silencioso. Dentro de su cabeza se revolvían recuerdos que había enterrado e incluso seres que para él ya estaban muertos volvían a la vida. Sin duda El Revoltoso había descubierto una vieja herida que con el paso del tiempo no había cicatrizado. Al llegar a su apartamento, Juan de la Costa trató de endurecer su corazón y aplacar sus sentimientos, pero no pudo contenerlos por más que lo intentaba. Sentado en el borde de la cama, solo en una habitación que ahora parecía demasiado grande, sintió asco de su debilidad.

A la mañana siguiente, Juan de la Costa se despertó con el mismo remordimiento de la noche anterior, ni la fogosidad del whisky, que tomó toda la noche, ni la tranquilidad del sueño de un borracho pudieron borrar años de culpa reprimida. El Revoltoso le había recordado de manera vil que tenía familia y que la había dejado olvidada a merced de una vida injusta.

Al levantarse de la cama supo que tenía que hablar con El Revoltoso. Después de una ducha corta y un desayuno a medias se dirigió aprisa al Edificio de Justicia para entrevistarse con él. Al entrar al edificio fue inmediatamente al lugar en donde estaban las prisiones provisionales. Hizo una seña al guardián, que lo dejó solo con El Revoltoso, quien fue el primero en hablar.

–¡Miren quien se interesó en la escoria de extramuros!– Juan de la Costa lo miraba detenidamente, casi sin parpadear.

–En realidad no es usted quien me interesa. Déjeme informarle que es usted una simple pieza de ajedrez en nuestra Resocialización–.

–¿Nuestra? –agregó El revoltoso interrumpiendo súbitamente a Juan de la Costa–. Usted también es una ficha en el ajedrez.

Juan de la Costa hizo cara de no comprender.

–Su avaricia es tan grande que ni siquiera se ha dado cuenta de que el presidente lo está utilizando –continuó el preso.

–Usted no sabe nada.

–Sé más que usted –volvió a interrumpir–. Cuando usted me haya sacado del juego, automáticamente se volverá inservible para los propósitos de este gobierno.

–El mismo presidente me llamó para cumplir esta misión.

–Por supuesto, siempre hace falta un inescrupuloso para llevar a cabo toda barbarie y nadie mejor que usted, que se atrevió a abandonar a su familia, a su gente, a los suyos, y ahora pretende venir aquí para averiguar por ellos –la maniobra que había utilizado en el juicio había surtido efecto.

–¿Cómo sabe de ellos? –preguntó con sequedad.

–Los conozco muy bien.

–Pues no los necesito, aquí tengo todo –agregó fríamente Juan de la Costa.

–Ellos tampoco lo han necesitado. Además, pronto estarán muertos y usted será partícipe de su asesinato.

Juan de la Costa le dio la espalda a El Revoltoso. Ya había escuchado suficiente. De nuevo hizo un gesto y el guardián apareció en un instante. Juan de la Costa le ordenó azotar a El Revoltoso y se marchó en medio de los gritos.

Al salir de las prisiones se dirigió inmediatamente al despacho del presidente, y mientras esperaba a que lo atendiera, empezó a recordar a su familia. Ya no los necesitaba, como le había declarado a El Revoltoso, y tampoco podía volver a ellos, sus vidas y mundos se habían vuelto tan irreconciliables que uno nunca cabría dentro del otro, pero no podía olvidar la vida que vivió junto a ellos. Por eso estaba allí, para pedirle al presidente que le perdonara la vida a su familia e hiciera lo que quisiera con el resto, pero cuando por fin el presidente lo atendió y pudo escucharlo, se negó argumentando que su familia estaba perdida en la barbarie y que nada de lo que él hiciera podría devolverlos a la civilización. Aun más, si él estaba dispuesto a ir por ellos, bien podía hacerlo, a sabiendas de que iba en vano y con la posibilidad de morir en el exterminio.

–No sea tonto –le dijo el presidente–. Aquí lo tiene todo. Además, tiene usted que juzgar a ese revoltoso que quiso truncar

nuestros planes, querido compatriota. La resocialización del mundo está en sus manos.

Juan de la Costa no dijo nada y se marchó. Sabía que su familia iba a morir y él no iba a ser capaz de evitarlo.

Al salir del Palacio Presidencial, un grupo de guardias lo detuvo y, a pesar de que opuso resistencia, lo redujeron y lo esposaron.

–Soy juez y mañana debo enjuiciar a El Revoltoso –les dijo con tono exigente.

–Lo sabemos –respondió uno de los guardias–. El presidente quiere librarlo de que usted se arrepienta e intente algo estúpido.

Juan de la Costa, que ya se sabía traicionado y que empezaba a ver las palabras de El Revoltoso como ciertas, supo que debía hacer algo para cambiar la situación. No pretendía convertirse ahora en el héroe de su familia, además porque ya no existían los héroes sino solo las ratas, como él.

Los guardias lo llevaron a una habitación en el Palacio Presidencial, donde debería esperar hasta el día siguiente, cuando se daría la sentencia en contra de El Revoltoso. La sesión estaba programada para las diez de la mañana en la Plaza Central, en donde todos podrían observar el final de El Revoltoso.

Juan de la Costa sabía que solo tenía una opción de lograr que su familia sobreviviera a todo lo que le aguardaba. Tenía muy presente que los hechos sucedidos los últimos días habían aumentado las presiones entre los dos bandos, los de extramuros y los de las ciudades. Esa situación, aunque esperable para algunos, era su único as bajo la manga y estaba dispuesto a usarlo.

A la mañana siguiente, Juan de la Costa se levantó muy temprano, consciente de que este día iba a marcar su vida. Como le había dicho El Revoltoso antes: "él era una pieza más del ajedrez". Quizás lo habían considerado un simple peón pero sería él quien daría el jaque mate.

Al escuchar los cerrojos supo que había llegado el momento. Bajó de la silla y antes de salir tomó un objeto que lo esperaba encima de la mesa y se lo llevó al bolsillo de la chaqueta. Al salir miró

el reloj que llevaba en la mano derecha: cinco para las diez. Luego caminó por el largo pasillo en línea recta, interminable, que lo separaba del destino que le esperaba. Al caminar sentía como su corazón latía enérgico, con ritmo de guerra. Sus pies se sentían pesados como pies de elefante que se adherían al suelo. Miró de nuevo el reloj: las manecillas solo habían avanzado un poco, casi nada para pensar en un nuevo tiempo con exactitud. La luz del balcón todavía era muy tenue. Siguió avanzando.

Finalmente al salir al balcón observó que bajo sus pies una muchedumbre se agitaba con desesperación. El sudor que caía de su frente salpicó el papel en donde había escrito el veredicto para condenar a El Revoltoso. Gotas pesadas humedecieron el papel diluyendo la tinta y nublando lo escrito. Temió que su decisión fuera un error, otro con el que la vida podría recriminarle, pero ya no era posible detenerse. Mientras pensaba esto, la multitud se preparó para contemplar el espectáculo, frotando sus manos como a la espera de un suculento banquete.

En ese instante todas las miradas se posaron sobre Juan de la Costa y el aire se llenó de un silencio denso, apretado, compactado. Entonces, Juan de la Costa empezó a leer su veredicto. Su voz amplificada por la magia de la electrónica se expandió por toda la Plaza Central ejecutando un largo protocolo de derechos y deberes, de justificaciones interminables. Finalmente se detuvo para leer las últimas líneas. Tomó una bocanada de aire y dijo: "y de esta manera, encontrando al acusado culpable de sedición y vandalismo, se procede a ejecutarlo como dispone la ley".

Al instante se encendió un espectáculo de chispas y humo que se levantó sobre el muro. La electricidad que corrió por el cuerpo de El Revoltoso fue tan alta que en poco tiempo su piel empezó a ennegrecerse. El olor que emanaba de su cuerpo era insoportable. La turba empezó a disolverse una vez su sed fue saciada, sin darse cuenta del grito que se asomaba a lo lejos: "¡Lo mataron, lo mataron!". Los de extramuros estaban apiñados afuera de la ciudad, esperando una señal para iniciar la rebelión, y El Revoltoso había prometido dársela al tercer día de ser capturado.

De inmediato, un costado del muro comenzó a agitarse, a sacudirse con una fuerza espantosa. Grietas profundas se dibujaron a lo largo y ancho. Se escucharon gritos, arengas promoviendo una revolución, insultos que iban y venían. Mientras tanto, los de adentro corrían como gallinas sin dirección ni rumbo.

Juan de la Costa fue el único que permaneció en pie observando la escena hasta que segundos después fue alcanzado por un disparo, interrumpiendo la inercia en la que se había sumergido. Se llevó la mano al pecho, la sangre le brotaba a borbotones. Metió la otra mano dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó una foto de su familia, que guardaba desde el día en el que los abandonó. Con las últimas fuerzas que le quedaban, observó la caída del muro.

Perfiles

SELECCIONADOS 2015

Estefanía León Ortiz
Pontificia Universidad Javeriana
Nací el 5 de septiembre de 1991 en Bogotá, ciudad donde siempre he vivido. Actualmente, curso octavo semestre del programa de Estudios Literarios en la Pontificia Universidad Javeriana, haciendo énfasis en Escrituras Creativas, área en la que quiero especializarme una vez culminado mi pregrado. En el 2012, tuve la fortuna de ser una de los 35 ganadores de la versión 6a del Concurso Nacional de Cuento, patrocinado por RCN y el Ministerio de Educación Nacional, en homenaje a Rafael Pombo, quedando en la categoría C con mi cuento "Mi izquierda". Escribir, aparte de ser mi gran pasión, es el oficio al cual quiero dedicar mi vida y por el que me esfuerzo diariamente.

María Paula Maldonado
Universidad Central
Estudiante del pregrado en Creación Literaria de la Universidad Central. Apasionada por las letras y en general, por la creación artística, ávida de aprender y adquirir siempre nuevas experiencias, y con enormes intereses por promover la literatura y el arte de crear, sobre todo en niños. He trabajado en varias oportunidades en proyectos de literatura y experiencias artísticas para población infantil y adolescente y actualmente hago parte del comité editorial de la revista estudiantil de creación literaria Alapalabra de la Universidad Central, al Colectivo Cultural Gavia, de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, y al Colectivo artístico Nativos Creando. Disfruto compartir la palabra y el arte que se hace con las manos, con todos.

Lilian Fernanda Astorquiza Chacón
Universidad Central
Mi nombre es Lilian Fernanda Astorquiza Chacón. Soy licenciada en lenguas modernas de la universidad de La Salle. Finalicé la especialización en creación narrativa y actualmente curso tercer

semestre de maestría en Creación literaria en la universidad Central. Disfruto los libros y los llevo conmigo en mi labor docente para demostrar que la lectura y escritura también hacen parte del mágico mundo del aprendizaje, sin importar la edad en que se esté.

María Fernanda Fitzgerald
Universidad de los Andres
Soy estudiante de séptimo semestre de literatura en la Universidad de los Andes. Estoy iniciando mi proceso de tesis para terminar mi pregrado y espero poder continuar mis estudios centrándome en la escritura creativa. Toda mi vida he tenido un interés muy grande por la literatura, por analizarla, escribirla y conseguir que se complemente con otras artes como la música, la pintura y el cine. Aunque mi mayor interés está en escribir, también la educación me parece cautivante y espero algún día poder trabajar en ella, procurando conseguir cambios en un sistema que encuentro susceptible a muchas modificaciones. Espero adquirir con esta oportunidad una lectura más crítica sobre mis propios proyectos y que con esto los pueda enriquecer, para así continuar mi camino por la escritura creativa.

Luis Alberto Vega
Universidad de Cartagena
Desde pequeño mi mayor pasión fueron los libros, podía pasar horas y horas descubriendo los mundos tejidos entre sus páginas. Al crecer y al llegar las responsabilidades, hice de mi mayor pasión una profesión, por lo que actualmente curso octavo semestre de Lingüística y Literatura. A pesar de eso aún sigo jugándome la vida por los libros.

Omaira Sastoque
Uniamazonia
Estudiante de octavo semestre de Licenciatura en lengua castellana y literatura de la Universidad de la Amazonia, "Yo nací un día que Dios estuvo enfermo" retomo el verso de Vallejo en su poema Espergesia, porque es el epígrafe que me acompaña y desde que lo leí y no he dejado de susurrármelo a mí y a quienes habitan en mí. Con veintiún años de edad, abordo los pequeños espacios de la vida con sueños y poesía entre el morral. Mis inicios literarios no tienen un tiempo cronológico determinado, pero si un vago recuerdo del olor a libro de las Flores del Mal de Baudelaire: fue el preámbulo de las constantes muertes a punta de letras, poesía y una que otra lucidez repentina. Desde aquel entonces no hay tiempo, tampoco espera, pero sí mucha letra por tejer, versos por crear y mil muertes más por vivir.

Rachel Arias
Universidad Tecnológica de Pereira
Rachel Bernal Arias, estudiante de noveno semestre de la

Licenciatura en Español y Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira. Nacida de la ciudad de Bogotá el 14 de septiembre de 1989, actualmente residente en la ciudad de Pereira. Durante la carrera, ha participado en el encuentro de profesores de Español en el año 2012 y el Primer Encuentro de Estudiantes de Español y Literatura realizado en la Universidad Tecnológica de Pereira en el año 2013. La literatura ha formado parte inherente a su crecimiento personal, es por ello, que la estudiante considera un privilegio acercarse al mundo de las letras.

Gleiber Sepúlveda
Universidad Tecnológica de Pereira
Gleiber Sepúlveda nació en Pereira. Realizó estudios de Español y Literatura en la universidad Tecnológica de Pereira y durante su pregrado participó en diversos talleres de creación literaria. Ha incursionado en el género de las crónicas literarias, algunas de las cuales han sido publicadas en el periódico La Tarde de Pereira. También ha publicado algunos poemas, en especial en Telón de la red regional de estudiantes de literatura. Actualmente adelanta estudios de Maestría en Literatura en la Universidad Tecnológica de Pereira. Su trabajo de investigación gira en torno al fantasma como personaje en obras representativas de la literatura colombiana.

PADRINOS 2015

Amalia Andrade
Nació en Cali en 1985. Es periodista, ilustradora y fenómeno viral en las redes sociales.

Juan Esteban Constaín
Nació en Popayán en 1979. En 2004 publicó Los mártires, un libro de relatos sobre escritores; en 2007 su primera novela, El naufragio del imperio, y en 2010 ¡Calcio!

Jorge Franco
Nació en Medellín en 1962. Conocido principalmente por su novela Rosario Tijeras, llevada al cine con el mismo nombre y a la televisión como una serie de 60 capítulos.

Ricardo Silva
Ricardo Silva Romero (Bogotá,1975) es un escritor, periodista, guionista y crítico de cine colombiano.

Juan Gabriel Vásquez
En el año 2012 ganó en París el Premio Roger Caillois por el conjunto de su obra, otorgado anteriormente a escritores como Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Ricardo Piglia y Roberto Bolaño.

AUTORES 2015

Rhidian Brook
Escritor, guionista y presentador galés. Obtuvo el premio Somerset

Maugham, entre muchos otros, con su primera novela The Testimony of Talesin Jones (1996). Publicó Jesus and the Adman en 1999 y The Aftermath en 2013; esta última fue escogida por 18 editoriales para ser publicada. Locutor de In the Blood y basado en programa escribió More Than the Eyes can See: A Nine Month Journey into the AIDS Pandemic en 2007. Además fue el guionista de muchas de las producciones de BBC y BBC1.

Ed Vulliamy
Escritor y periodista británico; ha trabajado para The Guardian y The Observer. Además fue reportero para ITV Granada y recibió un premio de parte de la Royal Television Society en 1985. Reportó la guerra en Bosnia a mediados de 1990, los ataques del 9 de septiembre y fue unos de los primeros en campo en el inicio de la guerra en Iraq. Ha recibido premios como el Foreign Correspondent of the Year Award de ITV Granada, James Cameron Award y el Ryszard Kapuscinski Award por periodismo literario.

Taiye Selasi
Escritora y fotógrafa proveniente de Nigeria y Ghana. The LIP Magazine le publicó a Selasi Bye-Bye, Babar (Or: What is an Afropolitan?); escribió The Sex Lives of African Girls en 2006, Ghana Must Go en 2013, entre otros. Este último fue seleccionado como uno de los 10 mejores libros del 2013 por Wall Street Journal y The Economist. Además la autora hizo parte de los 20 mejores escritores jóvenes británicos de Granta en 2013 y de los 39 mejores escritores de origen subsahariano menores de 40 años.

SELECCIONADOS 2016

Jhon Fredy Guecha
Universidad Nacional de Colombia
Nací el 14 de enero de 1995 en Bogotá. Estudiante del pregrado en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia, al cual ingresé fascinado por el poder de la palabra y de la literatura. Entre mis intereses se encuentran el arte, la música, la ciencia, la narrativa latinoamericana contemporánea, la literatura y la cultura japonesas, los procesos editoriales y, muy personalmente, la escritura como medio de creación y arte en su máxima expresión.

Marcel Camilo Roa Rodríguez
Instituto Caro y Cuervo
Soy profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente, realizo estudios de maestría en Literatura y Cultura en el Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá. Me interesa la literatura colombiana y sus relaciones con otras literaturas. Leí una ponencia sobre la poesía de Jaime Gil de Biedma en el Coloquio internacional “El humor y

la ironía como armas de combate: decir la verdad, desviar la verdad. Literatura y prensa en España 1960-2010", en la Universidad de Pau (Francia). Mi tesis de maestría busca explicar la experiencia estética del dolor en dos novelas: Vista desde una acera, de Fernando Molano Vargas, y La luz difícil, de Tomás González. En los últimos semestres de mi pregrado fui asistente editorial de la revista Literatura: teoría, historia, crítica; soy coautor de algunos libros de texto de educación básica y media del área de literatura y lenguaje; actualmente, soy corrector de estilo y apoyo procesos de edición en algunas editoriales académicas.

Jimena Martínez Argüello
Universidad de los Andes
Soy estudiante de octavo semestre de Literatura de la Universidad de los Andes. Llegué a la Literatura por accidente y a la Edición también. A la literatura por una curiosidad que se convirtió en pasión y a la Edición por una electiva profesional de mi carrera. He aprendido a ver la edición como la manera de sacar a la luz una obra contando con los deseos del autor, pero sobre todo con las necesidades del lector. Durante mi pregrado me he acercado a este campo con la colaboración en la edición de algunas de las obras del autor colombiano R.H. Moreno Durán. Veo en la edición una rama muy interesante para encaminar mi vida profesional. Tengo facilidad en la corrección de estilo y Elipsis será una gran oportunidad para continuar con mi formación en el campo de la edición que he iniciado en la Universidad.

Miguel Ángel Pineda Cupa
Pontificia Universidad Javeriana
Estudiante de Comunicación Social de la Pontificia Universidad Javeriana, del énfasis Editorial. Dentro de sus intereses académicos está la investigación sobre la historia de la edición en Colombia, realizando su tesis de pregrado sobre la aparición y consolidación de la labor del editor colombiano a finales del siglo XIX. Actualmente es asistente editorial de la Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Santiago Ospina
Universidad de los Andes
Filósofo Summa cum laude de la Universidad de los Andes. Actualmente cursa una Maestría en Literatura en la misma universidad. Escribe poesía y es el director y cofundador de la revista de poesía virtual Otro páramo.

Créditos fotográficos: Portada y contraportada: Lane Pearman - Typewriter, 2012. Modificada. CC 2.0; p. 18: Mainstream, Aveda Corporation - Behind the Scenes with Aveda™ – Osklen SS14 – Mercedes-Benz Fashion Week New York Spring Summer 2014, 2013. Modificada. CC 2.0; p. 25: Laurie Avocado - Beauty salon, 2010. Modificada. CC 2.0; p. 31: Deborah Morrison - Baltimore fashion week, 2007. Modificada. CC 2.0; p. 32: Luz Adriana Villa - Love is in the air, love is everywere, 2008. Modificada. CC 2.0; p. 35: Bryan Brenneman - Love, kissing Couple, 2009. Modificada. CC 2.0; p. 38: Luz Adriana Villa - Cielo y Mar, 2011. Modificada. CC 2.0; p. 44: Frank Behrens - Clowns, 2011. Modificada. CC 2.0; p. 49: Sven - Clown in the Streets, 2012. Modificada. CC 2.0; p. 50: Marion Doss - Clown and Lady, from the scrapbook of Jessie and Sarah Vawter. Circa 1889-1897. A collection of cards, advertising cards, and images, 2008. Modificada. CC 2.0; p. 52: @withcuriosity - Rain drops, 2014. Modificada. CC 2.0; p. 59: simpleinsomnia - Two men and two women in clown costumes, 2016. Modificada. CC 2.0; p. 60: Ak~i - Typewriter, 2011. Modificada. CC 2.0; p. 65: Daniel Gonzalez Fuster - Cartagena beach, 2011. Modificada. CC 2.0; p. 76: Eddy Milfort - Getsemaní, Cartagena, 2013. Modificada. CC 2.0; p. 82: Sven Graeme - Oboe, 2016. Modificada. CC 2.0; p. 87: Juan Carlos Pachón - #ElCentroBTA Serie, 2015. Modificada. CC 2.0; p. 89: Richard Masoner / Cyclelicious - 1970s family photos. Polaroids found in the garage with my parents and brother Mark, 2016. Modificada. CC 2.0; p. 91: Luz Adriana Villa - b/w set, 2008. Modificada. CC 2.0; p. 93: Louise McLaren - Self, 2012. Modificada. CC 2.0; p. 94: John Vetterli - Stars, 2007. Modificada. CC 2.0; p, 98: Joe Ross - Getsemani Street Scene, Cartagena, Colombia, 2016. Modificada. CC 2.0; p. 109: Kevin Dooley - Street art, Cartagena, Bolivar, 2015. Modificada. CC 2.0; p. 117: Phillip Pessar - South Beach 'RoidWeek, 2014. Modificada. CC 2.0; p. 119: Luz Adriana Villa - Mirando, 2008. Modificada. CC 2.0; p. 123: Jo Naylor - Stone wall, 2013. Modificada. CC 2.0; p. 127: Andy Armstrong - Shop Fire, 2011. Modificada. CC 2.0; p. 129: Ben Seidelman - Solidarity, 2016. Modificada. CC 2.0.

elipsis

Elipsis es el programa del British Council Colombia que busca brindarles apoyo y nuevas oportunidades a jóvenes escritores colombianos. Cada año impar seleccionamos un pequeño grupo de estudiantes universitarios que aspiren a convertirse en escritores para que inicien un proceso creativo de dos años, en el que podrán aprender de la mano de talentosos autores británicos en talleres de escritura enmarcados por el Hay Festival Cartagena, ser acompañados en su proceso de escritura por un experto en escritura creativa y ser apadrinados por los más grandes nombres de la literatura colombiana. Cada año par seleccionamos otro pequeño grupo de estudiantes universitarios que aspiren a convertirse en editores, para que desarrollen el producto editorial de los textos terminados de los escritores participantes. El proceso culmina con la publicación de un volumen impreso y con el inicio de un nuevo ciclo de convocatorias para encontrar una nueva cohorte que emprenderá su ciclo de escritura durante los siguientes dos años.

BRITISH COUNCIL

elipsis